intervalo ALBUM



10

OBRAS COMPLETAS De:

Guy de Maupassant • Alberto Vacarezza
María Alicia Domínguez • Ina Dahl
Elizabeth Stantor • Camilo Castello Branco
Synnove Christensen • Francina Siquier
Luisa M. Linares • R. Pérez y Pérez

$28-



SUMARIO

LA DUQUESA Inés

POR R. PÉREZ Y PÉREZ

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE O. MORAGA






Inés, que siempre lo había deseado, aceptó casi contenta. Pero su alegría fue muy breve. Apenas despegaba el avión cuando cayó espantosamente a tierra, llevándose la vida de su marido.
Pasado el primer momento de dolor, Inés reaccionó valerosamente y fue a refugiarse junto a su tía Sinda, una madrileña hermana de su padre que puso a su disposición lo poco que tenía.
En realidad, su suegra la dejó prácticamente abandonada cuando se presentó en Ceuta con el sólo fin de llevarse el cadáver de su hijo. Inés, a quien el médico había ordenado guardar cama a fin de evitar una posible conmoción interna, la tuvo que dejar hacer.
Nunca más supo de su familia política y la asignación económica le fue cortada totalmente. Es decir, Jorge, el único hermano de Luis que se hallaba en el mar en el momento de la muerte de éste, le escribió una carta poniéndose a su disposición para lo que quisiera.
Una vez en Madrid, Inés decidió no ser una carga para su tía y, gracias al doctor Valverde y a unos vecinos del mismo departamento que apreciaban mucho a doña Sinda, consiguió varias clases de francés.
Pero naturalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir.Las antiguas relaciones de su marido se enteraron, pasmándose de que la madre del duque de Monrey dejara que la viuda de éste se viera en situación tan difícil como para tener que ganarse la vida. Como consecuencia de tales habladurías. . .
...Inés recibió cierto día la embajada del administrador de su suegra, asignándole una mensualidad bastante apreciable que ella rechazó.
¿Por qué ahora y no antes? Flora Monrey se había acordado demasiado tarde de que ella también llevaba su apellido. Fue preciso que Flora misma descendiera de su pedestal escribiéndole de su puño y letra una carta.
En ella le rogaba trasladarse al castillo de Monrey en calidad de hija. Rogaba en nombre de Luis y pedía a Inés que perdonara su omisión anterior en recuerdo de aquél.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos


El marino, por su parte, sin ninguna clase de presentimiento peligroso, se inclinó y le besó la mano.
Pocos días después el jardinero de Monrey enseñaba a Inés una rosa de un bellísimo color coral, explicándole que había conseguido aquel producto después de grandes trabajos y gracias a una fórmula que había traído el duque Luis.
Aún no tiene nombre, señora duquesa. Si el señor duque hubiera vivido, ya la hubiera bautizado a su placer. ¿Es maravillosa, verdad, Manuel?
Inés se volvió rápidamente y se encontró con que Jorge estaba a un paso escaso de ella y proseguía sonriente:
En recuerdo del señor duque difunto, voy a ponerle yo mismo el nombre que seguramente él le hubiera puesto.
La llamaremos "Duquesa Inés". Y se inclinó con tan natural y grave cortesía ante la joven viuda, que ésta no pudo menos que sentirse orgullosa y halagada por tan caballeresca distinción. Pero a la duquesa madre no pareció sentarle tan bien la galantería de su hijo.
En cambio Lina aplaudió la idea diciendo que la rosa no podía haber tenido un nombre mejor. Pero fuera de eso, la muchacha que desplegaba para Jorge . . .
. . . toda la gama de sus coqueterías, puso en adelante el mayor cuidado en rehuir su compañía, que por ot parte, conociendo los proyectos de su suegra, no hacía nada por imponerla. Flora advertía esta táctica de su nuera, y la agradecía.
Por fin un día que se hablaba de un paseo a caballo, comprendió que debía intervenir para que Inés, que no se movía del castillo, saliera un poco.
Podrían llevar también a Inés.



–Yo iré al pueblo y me llevaré también a "madame". No quiero que Inés se aburra en casa.
–Por mi gusto no se quedaría nunca en casa. Pero ella ha renegado de nuestra compañía.
A Lina no le hizo ninguna gracia la ocurrencia de su suegra. Poco después, subían en el automóvil para bajar al pueblo. Junto a ella y Jorge . . .
. . . cabalgaba la duquesa Inés en magnífico caballo. A lo largo del paseo dieron con una caravana de gitanos, y Lina, ya olvidada de su enojo, pidió a una mujer que les dijera la buenaventura.
Esta, de cabellos blancos y sueltos sobre sus hombros, no era una de aquellas gitanas sino más bien una pobre campesina transtornada. Por eso pidió a Lina que la dejara tranquila.
Lina, terca y voluntariosa como una niña, se burló:
¡Inés tiene miedo! Diga, buena mujer, adivine el porvenir de esta señora.
Señora, usted pasará, sin duda, días amargos, pero conocerá el amor. Usted amará a un hombre . . . Ya amó a otro.
Inés retrocedió con su caballo queriendo interrumpir a la mujer que recitaba sus palabras con una voz monótona y rostro de iluminada. Pero ella prosiguió sin inmutarse:
Sí, veo en la vida de usted un hombre. Lleva la misma sangre y el mismo nombre de otro a quien usted quiso mucho. Ese hombre la querrá con toda el alma; quizás la quiere ya . . ., y él mismo lo ignora.
Apenas pronunció la mujer estas palabras, cuando Inés espoleó a su montura que salió al galope y no paró hasta el castillo. Una vez allí, con pretexto de un fuerte dolor de cabeza, no asomó a la hora de la cena.
A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, comprobé por las ojeras de Lina que no había sido la única en pasar la noche preocupada. En cuanto a Jorge no se hizo visible hasta la hora del almuerzo.


Poco después, Jorge anunció que se iba a San Sebastián. La duquesa madre se sintió vivamente contrariada, pero se veía a las claras que su hijo había tomado su resolución y no había nada que hacer. Su aspecto era impenetrable.
Inés quizá vislumbró un destello de la verdad, pero vedose a sí misma el pensamiento. Y Jorge se marchó.
Mientras estuvo fuera, Inés trató de no pensar en él aunque le costaba mucho. Porque la verdad era que ni a sí misma se atrevía a confesarse.
En cuanto a Lina, a raiz de aquella marcha intempestiva, estaba tan contenta en su inconsciencia como si nada hubiera pasado. Y ¿es qué había pasado algo acaso? se decía Inés en determinados momentos. Luego, cuando por fin Jorge volvió para la época de las...
...cacerías en los bosques circundantes al castillo, y lo hizo rodeado de un círculo de amigos alegres y dicharacheros, llenando a Lina de atenciones y dedicándole a ella sólo un helado cumplimiento como si fuese para él la persona más lejana del mundo...
..Inés sintió que, sin saber por qué, algo se le apagaba dentro. Sin embargo, Jorge no pudo mantener mucho tiempo su careta, sobre todo al ver que uno de sus amigos, Quiquí Sorrosal, hacía la más asidua de las cortes a Inés.
En un aparte que tuvo lugar durante la velada que todas las noches se improvisaba en el castillo, ella, al observar tristeza en sus ojos, se conmovió súbitamente y le preguntó:
¿Te ocurre algo, Jorge? Has venido muy desmejorado de tu viaje a San Sebastián.
No me extraña, porque he pasado muy malos días... lejos de tí.
Esto último se le escapó a su pesar y enrojeció violentamente. Pero ya no había tirantez en su aspecto. Otra vez era el Jorge de antes.
¿Te has acordado mucho de mí?
Todo el tiempo



Inés se dio cuenta de su imprudencia al ver el júbilo reflejado en su mirada. Felizmente se acercaron algunos invitados y pudo alejarse para recobrar la calma. Pero al día siguiente, durante un paseo a una hostería cercana...
Después del almuerzo, Inés huyó de la algazara general y se retiró un tanto.
Jorge la sorprendió allí y se sentó tranquilamente junto a ella:
¡Qué siestecita, Inés!
¿Y Lina? ¿No debías estar con ella, Jorge?
Mira, Inés no nos engañemos más, a la que yo quiero es a tí, de modo que no me hables de lo que no me importa.
¡Oh, Jorge! Porque una loca fantasía te deja impresionar...
Inés trataba de reparar su imprudencia de la víspera, pero todo fue inútil.
No, Inés, ella sólo apresuró el descubrimiento de lo que yo ya tenía dentro de mi alma...
¿Y tu madre, Jorge? ¿Y Lina? ¿Has pensado en ella?
Como conjurada por un filtro mágico apareció en aquel momento la muchacha ante ellos. Inés se levantó instantáneamente.
¿Nos vamos ya?
Nos vamos, sí. A menos que prefieran ustedes pasar una noche idílica bajo ese árbol.
Ni una palabra más se cruzó. Jorge e Inés se miraron un instante al emprender la marcha. En los ojos de ella había angustia que él trató de disipar con una enérgica mirada en la que parecía recomendar serenidad. ¿Serenidad?
No sabía qué clase de serenidad o de valor hubiera sido capaz ella de tener, si a la vuelta del paseo no hubiera ocurrido una cosa espantosa. En el camino hacia el castillo habían de pasar a la orilla de un río.


De pronto oyeron unos gritos. Era un chiquillo que se ahogaba y, antes de que nadie pudiera evitarlo, Lina se lanzó con su caballo para salvarlo. Mas luego, una vez junto al niño, un remolino pareció envolver al grupo que no avanzaba hacia la orilla.
Mientras tanto, Jorge y Quiquí Sorrosal que se habían lanzado tras de ella, llegaron en su auxilio. Pasado el susto, todos felicitaron a Lina por su hazaña, pero Inés, muy pensativa, nada le dijo.
Luego...
No me has felicitado y tienes razón, porque mi abnegación de hoy no ha sido más que cobardía. Ni siquiera me importaba la suerte del niño.
Sentía, en cambio, lo fácil que hubiera sido dejar que nos llevara la corriente y acabar con todo. Si no hubieran venido los otros no sé qué hubiera ocurrido...
¿Es por Jorge? ¡Oh Lina! ¿Cómo puedes haber pensado eso? Me iré, Lina. Me iré de Monroy mañana mismo.
Profundamente creyente, Inés se asustó ante la desesperación de aquella alma tan débil, cuyos principios religiosos pocos sólidos vacilaban al primer choque de contrariedad, y temía lanzarla a la muerte y a la condenación eterna.
¿Ser ella la causa de una muerte así y morir a su vez de remordimiento? Y ante el horror que le causó tal suposición, hizo impulsivamente su promesa.
Pasó una noche espantosa, y cuando al día siguiente muy de madrugada partió antes de que los demás se levantaran, para evitar que Jorge entorpeciera su partida, se dio cuenta de que la promesa que había hecho a Lina, iba a ser terrible de cumplir.
En Madrid, la tía Sinda la acogió una vez más con cariño y algo de sorpresa. Luego, al ver como Inés languidecía, comprendió que algo grave había ocurrido en el castillo. Por otra parte, Flora, su suegra, siguió enviándole su generosa mensualidad.


A veces Inés se hacía la ilusión de que su suegra intervendría en su favor, y que, después de todo, Lina quizá se conformara y aquellas cosas espantosas que dijera no hubieran sido más que mentiras...
...forjadas para alejarla a ella a quien sabía compasiva. Entonces se rebelaba contra la egoísta que así luchaba por un amor que no le estaba dedicado. Pero,¿y si después de todo era cierto que aquella muchachita cometía una barbaridad?
En estos sombríos pensamientos fueron pasando los días para Ines que, desde luego, fue perdiendo la ilusión de que su suegra renunciara a...
...sus proyectos en favor de Lina, y una indignación sorda hacia aquella mujer de ideas fijas le hizo afianzarse en su aislamiento
Como ella lo esperara, Jorge la siguió a Madrid...
...a fin de pedirle una explicación que nadie le daba en el castillo. Inés se negó a recibirle. Y fue inútil que insistiera hasta el momento en que,llamado a bordo de su buque,tuvo que partir sin verla.
Inés sabía que aquel viaje debía ser bastante largo y respiró aliviada. Estaba cansada de luchar. Medio año más tarde supo por los periódicos que se había concertado la boda de Lina y Jorge.
Naturalmente hubo que asistir a la boda para evitar habladurías, ya que no hubiera podido excusarse tratándose de la nuera de Flora. Y aunque llevaba meses tratando de forrarse de indiferencia...
...sintió un sobresalto en el corazón al ver a Jorge que se mostró con ella con una cortesía distante en los breves momentos qu se hallaron juntos. En cuanto a Lina, saltaba a su alrededor como un pájaro dichoso llenándola de besos.
La pobre Inés casi sonreía al observar su dicha. ¡Si por lo menos supiera hacer feliz a Jorge!, pensaba en su melancolía. Habiendo renunciado a todo para ella, sólo se consolaba al pensar en una posible felicidad para su hermano.


Así trataba de pensar en él. Como se piensa en un hermano muy querido. Cuando partieron los novios e invitados, Flora, que aunque no se lo confesaba había aprendido a admirar a esta extraordinaria nuera suya, y pese a...
...si misma había comenzado a encariñarse con ella, le rogó que se quedara a acompañarla siquiera un tiempo. Sorprendida, Inés aceptó prometiéndose marchar en cuanto se hablara de la vuelta de los novios.
Flora, por su parte, había adoptado una nueva actitud desde la boda de su hijo y asombraba a Inés por la humildad que la misma entrañaba, preguntándole frecuentemente:
¡Lo hará feliz, Inés? ¿Lo hará feliz? ¿No me habré equivocado?
Inés callaba pensando que, en todo caso, si se había equivocado ya era tarde. Y se decía que la locura y la obcecación de las gentes en el mundo, generalmente, sólo cedía cuando ya era demasiado tarde.
Ella misma, ¿habría hecho bien al cederle el campo a aquella Lina tan cabeza de chorlito? En fin, ahora ya está hecho, y cómo yo no debo permitirme ni siquiera este pensamiento, lo mejor es que levante el campo de una vez para cambiar de ambiente.
Poco después, estaba nuevamente en Madrid. Aquel año lo pasó relativamente distraída gracias a Quiquí Sorrosal que no se convencía de que ella no fuera nunca a hacerle caso.
Además, Quiquí le había caído muy en gracia a doña Sinda, y con el pretexto de llevar caramelos y bombones a la señora, no había forma de echarle de la casa.
En este cielo relativamente despojado de nubes, cayó como una bomba la noticia de que Lina había muerto al nacer su primer hijo. Con un telegrama que era un grito de angustia, Flora rogaba a Inés que no la abandonara en aquel trance.
Inés voló a Monroy sin pensarlo dos veces. ¿Por quién iba a Monroy? se preguntaba a sí misma durante el viaje. ¿Por Flora que tanto le había hecho sufrir en su vida, por el niño cuyo desamparo maternal le conmovería, o por Jorge?
Ni ella misma lo sabía. Sólo sabía que debía ir y fue. A su llegada, Jorge no estaba en el castillo, pues había ido con el cadáver de Lina a Coria, donde las Navas de Robleda tenían su panteón.

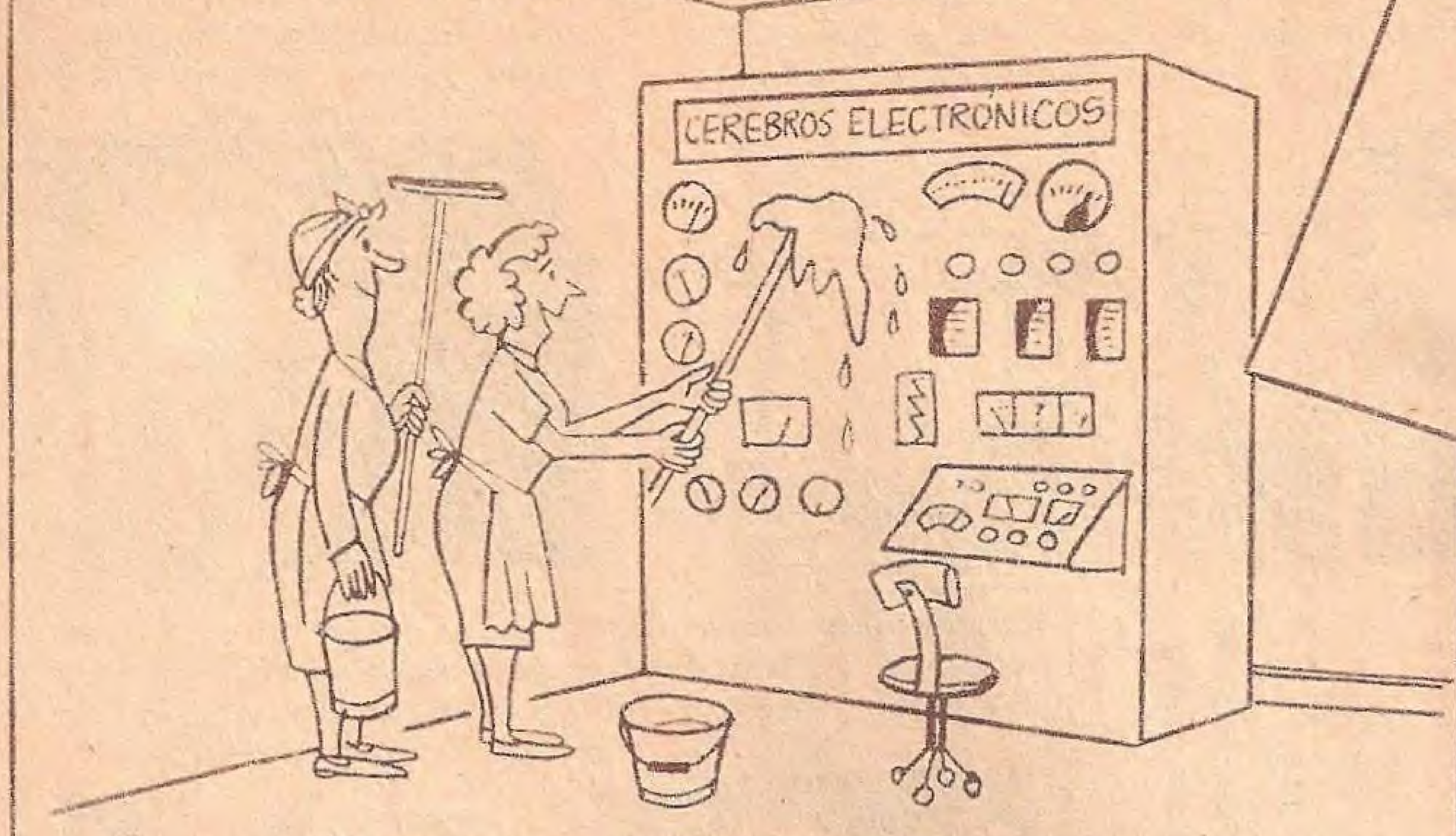

Lina había pedido ser enterrada en el mismo sitio donde estaba su madre. Flora comentó:
Ella veneraba su recuerdo como un culto, quizá porque no la conoció. Murió siendo ella muy pequeña.
Inés recordó con verdadera compasión a Lina, pensando que la pobre había carecido, en su infancia, de una madre. Quizá aquello explicara muchas de sus excentricidades y defectos. Murmuró:
¿Y el niño? Quisiera verlo.
"Madame", que estaba presente, se levantó a una seña de Flora y volvió al poco tiempo con su desmedrada criatura que se perdía envuelta en ricos pañales.
Inés sintió una piedad intensa por el pobre niño y le tendió los brazos.
El pequeñín fue más suyo que de nadie. Toda su vida se concentró en aquel pequeño ser. A veces, cuando dormía, la duquesa madre lo contemplaba embelezada.
Y casi siempre, al salir de tales arrobamientos, su palabra traicionaba su pensamiento:
(¡Si pudiéramos sacarlo a flote!)
Se diría que sí, porque engordaba y comenzaba a reirse y a fijarse en las cosas. Jorge, que casi no lo vio con los trajines de la muerte de Lina, se había quedado en Madrid arreglando ciertos asuntos de la herencia.
Según decía Flora, se iba a llevar una sorpresa cuando lo viera, porque el chico había cambiado totalmente de aspecto, aunque bien claro se veía que siempre sería pequeño y esmirriado. A Inés le preocupaba la venida de Jorge.
¿Qué actitud debía adoptar? Después de pensarlo mucho decidió que su postura se inspiraría en la de él. Es decir, bailaría al son que le tocaran.
Y llegó Jorge. No estaba neurasténico, ni muerto de pena como correspondía a un viudo inconsolable; pero su aspecto era un poco grave y estaba de acuerdo con su traje de luto. Al ver a Inés no hizo ningún gesto de incomodidad.
Ya sé por mamá que tengo que agradecerte el magnífico aspecto del bebé, de quien, según dice, no te separas.


Luego, todo ofreció en el castillo el mismo aspecto de hacía dos años, sólo que ahora no estaba Lina para fumar cigarrillos. Si no fuese por el niño que dormía en su cuna, se hubiera dicho que todo había sido un sueño.
El trato de Jorge, un poco embarazado en los primeros días, se normalizó luego volviendo a ser natural y cariñoso como si jamás hubiesen mediado entre ellos nada más que una buena amistad.
Pero pasó el tiempo y Jorge tuvo que partir en misión diplomática. Y luego de varios meses, recibió Inés una carta en la que aquél le decía que necesitaba rehacer su vida, y que sabía que nadie como ella para el caso.
Si una vez él se casó con otra, ello sólo se debió a su rechazo. Le rogaba ahora que lo pensara bien, pues, a breve plazo, estaría nuevamente en Monroy y le solicitaría su respuesta.
Inés no sabía a qué santo encomendarse para disimular su nerviosidad. Suponía que Flora sabía que ella había recibido carta de su hijo, y suponía que se imaginaría de lo que se trataba, aunque a decir verdad, al trato de Jorge con...
...ella había sido tan natural durante su estancia en el castillo, que no había por qué imaginar nada. Pero, ¿había otra explicación para aquella carta de Jorge a su cuñada?
Pensó que aquel proyecto de su hijo con respecto a su deseo de convertirla en su mujer, molestaría todavía a Flora como lo había molestado cuando se casó con Luis.
Aquel temor la detenía y seguía sin decirle nada. Era cierto que Flora se había humanizado mucho y que quizá incluso ahora deseara el casamiento a causa del niño.
Inés se sentía paralizada en su presencia cuando se trataba de hablarle de sus sentimientos o de los de su hijo. Cuando éste llegó lo hizo por sorpresa y tropezó con él una tarde a la salida de la pequeña capilla del castillo.
Sin duda la había estado esperando al saber que se encontraba allí. Inés, sobresaltada por el brusco encuentro, se detuvo.
Buenas tardes, Inés.
Buenas tardes, Jorge.

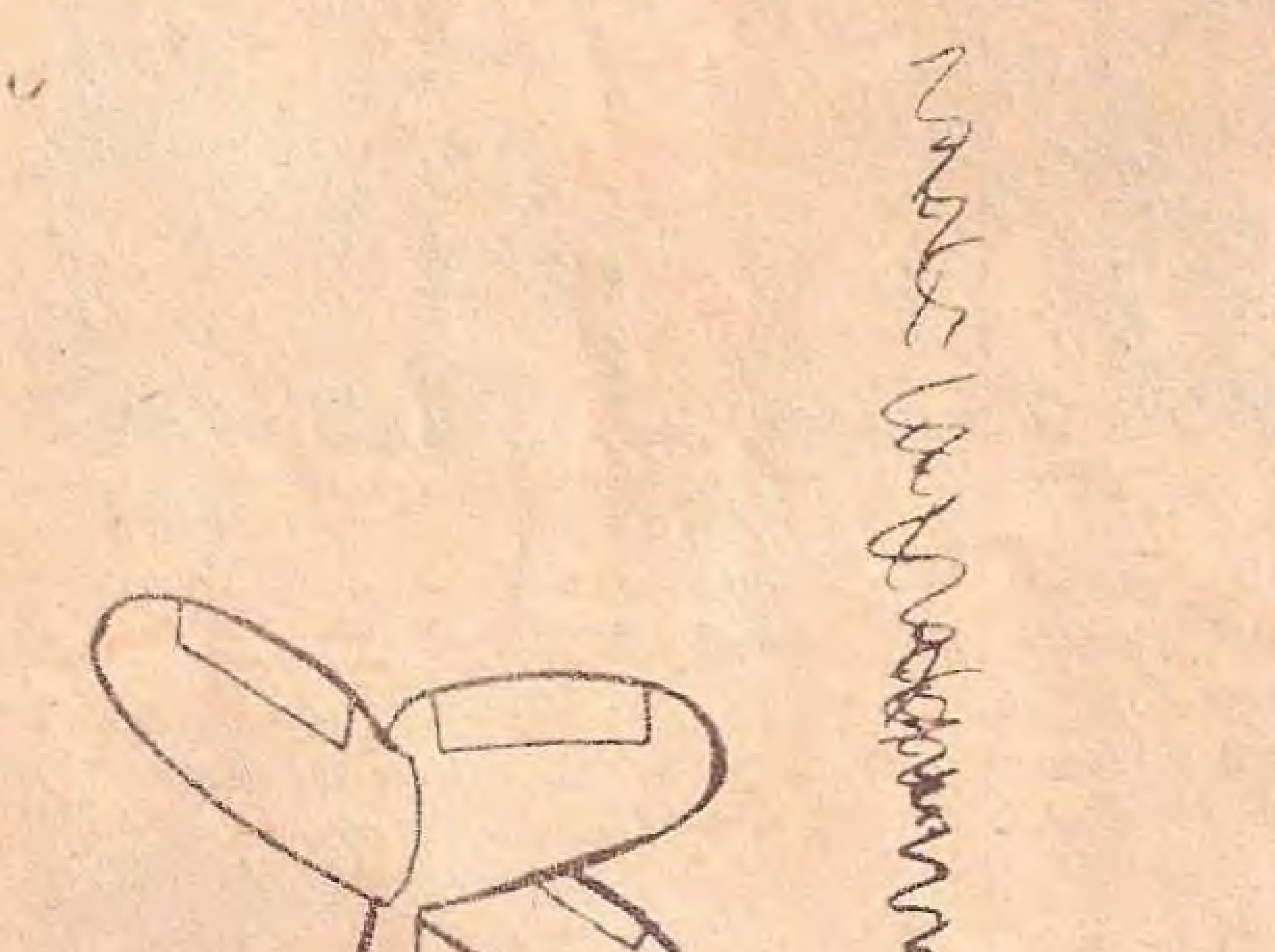

¿Recibiste mi carta?
Inés palideció ante la pregunta concreta y la mirada analizadora:
Sí...
¿La has leído? Supongo que merecerá respuesta...
Y de pronto Inés se decidió, diciendo todo aquello que llevaba dentro hacía varios días.
Sí..., la merece, pero que yo perdone a tu madre su desprecio y malquerencia primeros, no quiere decir que no tema el tener que sufrir de nuevo humillaciones.
Yo no creo que mi madre tenga nada que oponer "ahora" a nuestro matrimonio.
Yo tampoco. Pero no basta que a tí o a mí nos lo parezcan.
Yo no me expongo a otro calvario, ni te expongo a tí a sufrir lo que sufrió Luis, aunque quería desimularlo.
¿Tú crees que si entonces hubiese sospechado yo la malquerencia de tu madre me hubiese casado? Pues lo mismo te digo ahora. No me casaré contigo si antes tu madre no me demuestra que me quiere para esposa tuya.
—No es orgullo, es que tengo miedo, Jorge. Y yo no entro en Monroy si no es por la puerta principal y sabiendo que tu madre me aguarda con los brazos abiertos. Por imposición tuya solamente no. No me lo pidas, Jorge.
Está bien, Inés. Hablaré con mi madre hoy mismo y... que Dios obre.
Cuando Inés quedó sola, tenía el corazón oprimido. Pensaba que si la duquesa no accedía a las pretenciones de su hijo, por dignidad se imponía su ausencia del castillo.
"¿Habló con ella? ¿Tuvo tiempo de hacerlo antes de que el niño enfermara y todos anduvieran de cabeza en el castillo?"Inés no lo sabía y la verdad era que mientras duró la enfermedad, sólo se preocupó, como los demás, del pequeño.
Luego cuando Dios se lo llevó de una meningitis, comenzó a pensar de nuevo en su propio asunto. Muerto el niño, su candidatura no tendría tan buena acogida ante Flora. Jorge volvía a quedar en las condiciones en que se hallaba antes de casarse con Lina.


Es decir, libre para elegir la novia más pretensiósa que hubiera rechazado, probablemente, el tener que encargarse del hijo de la otra. Pero Inés estaba deshecha por la muerte del pequeño y por tanta tristeza en torno.
Ya no quería luchar, y se entregaba a la voluntad de Dios. Mientras tanto, una sombra de duelo flotaba sobre el castillo, y Jorge, incapaz de resistir el ambiente, salía todas las mañanas en automóvil diciendo que se iba por ocho días.
Pero al anochecer volvía invariablemente, sin valor para distanciarse de Monroy. ¿Qué le ataba, el dolor o el amor; la muerte o la vida? Inés, más triste que nadie, pensaba que esta vez perdía definitivamente a Jorge.
Viudo volvía a ser un partido envidiable, y la casa de Monroy podía esperar un entronque brillante. ¿Qué sería de ella? ¿Cómo sería posible que Flora consintiera en el matrimonio de Jorge con ella?
Pasaron días tremendos para todos: Jorge, hundido en su melancolía y Flora materialmente hecha un trapo, física y moralmente. Pero por fin se acercaba la primavera, y con su llegada, Inés recibió una visita en su cuarto.
Se trataba de su suegra que llegaba con cierto empaque solenme. Le preguntó si le podía conceder un momento de atención como si estuviera pidiendo audiencia, e Inés se asombró de verla en sus habitaciones y le acercó una silla.
¡Si se tratara de aquello! Hacía un momento que se habían separado en el comedor luego de tomar el desayuno. Jorge la miraba insistentemente, pero ello no había podido descifrar su mirada.
¡Estaba tan lejos de su pensamiento que durante esos días se estuvieran ocupando de ella! Y sin embargo así fue.
Inés, he venido a solicitar tu mano para mi hijo.
Me veré no sólo muy honrada sino completamente feliz, si te dignas borrar para siempre el recuerdo de pasados agravios y me das el derecho de llamarte por segunda vez, y ahora con todo mi amor, "hija mía".
Sin saber cómo, Inés se encontró entre los brazos de Flora y divisó a Jorge, pálido e impresionado, en espera de una mirada suya. Y cuando más tarde paseaba con él por la terraza del castillo, hubo un momento en que, estrechándose las manos, se decían ambos con los ojos: "Pero, ¿es posible que se pueda ser tan feliz en este mundo?"
FIN

GOTITAS DE ALEGRÍA



—Nunca creí que alguna vez llegara a lavar cerebros.



—Así que usted estaba tan aburrido aquí que necesitaba a alguien con quien conversar, ¿eh?



—Es nuestra segunda tentativa.

El Comendador

POR C. CASTELLO BRANCO

ADAPTACIÓN

Camilo Castello Branco célebre escritor portugués del siglo pasado, nació en Lisboa, en 1825. Por propia decisión, puso fin a su vida en 1890. Ha sido llamado **O mestre da lingua portuguesa**. La pieza que publicamos hoy, pertenece a su libro **Contos do Minho** (Cuentos del Miño).














La criatura sobrevivió, creció y se tornó robusta y alegre. Entre los siete y ocho años aprendió a leer, y en las horas libres llenaba la rueca u ovillaba las madejas, pues la tía Bernabé tejía ahora para ella y para ese hijo que le había mandado Dios, y que su matrimonio nunca le había dado. Muy pronto, Melchor ganó las simpatías del vecindario, que conocía su historia, pero se cuidaba muy bien de narrársela. El gran cariño que el muchacho demostraba por su madre adoptiva y el modo en que la cuidaba y mimaba, suscitaban los elogios de todo el mundo. Una tarde, la tía Bernabé...
... llegaba a su casa de entregar un tejido, cuando vio a Melchor jugar con una niña. La tía se acercó rápidamente...
¿Qué haces, Bernabé?... ¿Por qué no estás en casa?
Esta niña es muy buena y ha jugado conmigo, madre. Se llama María.
La niña había quedado inmóvil, sonriendo, sus ojos azules muy abiertos. La tía fue a decir algo, pero en eso apareció, al extremo de la calle, un campesino, con todo el aspecto del labriego rico, y se acercó, a grandes trancos...
¡María!... ¿Qué haces con ese desarrapado? ¡Pronto, ven aquí!
La niña vaciló un instante, pero obedeció, de pronto, corriendo en dirección a quien la llamaba. La tía Bernabé tomó de una mano a Melchor y se lo llevó. El niño volvió la cabeza...
¿Quién es ese hombre malo, madre?
No es un hombre malo. Es Silvestre Ruivo, el padre de María. No debes jugar con las niñas ricas, Melchor.
Melchor frunció el ceño y no dijo nada, mas se veía que no estaba dispuesto a obedecer en esto a su madre. El había oído hablar de Silvestre Ruivo, y lo había visto, alguna vez. Sabía que era el campesino más rico del lugar. Tenía tres hermanos clérigos, famosos por haber participado en las guerrillas de la usurpación y luego en las matanzas de Braga. Pasó el tiempo, y la tía Bernabé no volvió a acordarse de aquella niña. Pero Melchor sí se acordaba.
Muchas veces recordó aquellos ojos azules, que, en su imaginación infantil, y algo inclinada a la fantasía, fueron comparados sucesivamente con los de una princesa, un hada y una reina. Volvió a verla, muchas veces, a la entrada de la iglesia. Y la pequeña le sonreía siempre graciosamente, aunque a hurtadillas. Melchor fue creciendo, y a los dieciocho años era un mozo de buena planta, ni feo ni lindo, pero...
... agradable por la tierna solicitud que demostraba en todo momento por su madre adoptiva. Una tarde en que la tía Bernabé tejía en su rueca, Melchor se animó a hablarle de algo que lo atormentaba hacía tiempo.
Tú no me has dicho nunca, madre, quiénes fueron en realidad mis padres. ¿Es que no lo sabes?
No lo sé, Melchor. Pero ¿qué te importa eso? Dios quiso que tu madre fuera yo.
Y doy gracias a Dios por ese don que me ha hecho, madre. Pero me gustaría saber...


Y el muchacho quedó en suspenso, los ojos soñadores. La tía Bernabé no le había ocultado nunca que ella era su madre adoptiva, pero siempre había eludido hablarle directamente del modo y las circunstancias en que lo conoció. El caso es que hasta las manos de Bernabé habían llegado algunas novelas, que le había prestado el maestro, y él soñaba. ¿No sería acaso un príncipe? ¿Quizá el hijo de un comendador?
Y veía en su imaginación a una gran señora, que descendía de una carroza ante esa pobre cabaña, para reclamarlo a él, a Melchor, que en seguida sabría que una serie de poderosas razones habían obligado, contra su voluntad, a esa pobre madre a abandonarlo, aunque no dejaba de experimentar la molesta sensación de que era bien difícil que existiera alguna razón capaz de justificar a su madre por lo que había hecho.
Sin embargo, esa época fue la más feliz para Melchor. Cuando sus tareas le dejaban un rato libre, partía solo, al bosque, acompañado de su perro, y sin olvidar colocarse al cinto la pistola que le regaló la tía Bernabé, y que ésta heredó de su difunto marido, el tejedor. En esos paseos, solía pasar muy cerca de la finca de los Ruivo, con la oculta esperanza de ver a María, convertida ya en una gallarda moza.
Esa tarde, Melchor llegó, como otras veces, hasta la finca de los Ruivo. Cediendo a una violenta tentación, se internó en el parque de la finca, para tenderse bajo un árbol. Estaba allí, los ojos semicerrados, cuando oyó crujir una ramillas en el suelo. Abrió los ojos, y una verdadera aparición lo dejó deslumbrado.
Rojo de vergüenza, se enderezó, hasta ponerse de pie. María, frente a él, sonreía, no sin cierto temor.
¿Qué haces aquí, Melchor?
Pasaba por el bosque. Habría venido a verte, si no fuera porque recuerdo muy bien el modo en que te retó tu padre.
¡Ah!... ¡Dices eso por aquella vez, cuando éramos niños! Pero te he saludado siempre, ¿no es así?
Así es, María. Y guardo gratitud por cada uno de tus saludos.
Melchor se sintió de pronto lleno de coraje y dió un paso...
¿Sabes una cosa, María? ¡Si tú quisieras, sería capaz de ser hasta comendador!

Seré lo que tú quieras, ya verás. Pero me gustaría volver a verte.
María calló un momento. Fue a responder, mas de pronto volvió el rostro hacia la finca, como alarmada.
¡Te veré el jueves! ¡En la encina grande del bosque, a la oración!
Y, antes de que Melchor pudiera responder una palabra, salió velozmente, a la carrera. Melchor pensó que había temido ser descubierta, y, ocultándose entre los árboles, salió del bosque. Una vez fuera, echó a andar, casi frenéticamente, al azar. Las palabras de María repiqueteaban en sus oídos. ¡El jueves! ¡El jueves! Melchor sentía al fin de un modo claro, inequívoco, el llamado febril del amor.
Aquel jueves, Melchor acudió a la cita. Debió esperar largo rato, pero, al fin, apareció María. Llegaba muy agitada, pues disponía de escaso tiempo. Esa tarde había hecho una excursión con sus hermanas y unas amigas, y se había escapado un momento para verlo. Muy pronto se oyeron las risas de las muchachas, y Melchor debió huir.
Pero volvieron a verse, en varias oportunidades, y no pasó mucho, por cierto, hasta que Melchor confesó a María su amor. Esta no tuvo necesidad de responderle, pues la respuesta la obtuvo Melchor por sí mismo. En un arrebato, la atrajo hacia sí y la besó. María, en seguida, dijo que serían desdichados, pues su padre se opondría a que ella se casara con él, un huérfano sin ninguna dote.
Estaban al pie de aquella misma encina donde se citaron por primera vez. Melchor miró a María a los ojos...
Si tú me quieres, todo saldrá bien. Hablaré al cura para que nos ayude.
No conoces a mi padre, Melchor. Y mis tíos también se opondrán.
Esa misma noche, Melchor confesó todo al viejo cura, el mismo que lo había bautizado. El sacerdote movió la cabeza, apenado.
Estás loco, Melchor. ¡Un campesino rico, dejar que su hija se case con un expósito! ¿No te das cuenta?
Pero ¿acaso no soy joven, padre? ¿No tengo una buena cabeza y dos buenos brazos?
El cura suspiró ante la ingenuidad del muchacho. Lo aconsejó, le pidió que se apartara de María. Los tres clérigos, tíos de la muchacha, eran muy influyentes...
Te harán enrolar de soldado. Tú no tienes dinero para pagar, como los campesinos ricos, tu licenciamiento.
No creo que la gente sea tan mala, señor cura. Silvestre Ruivo no me hará perseguir.
Pero bien pronto el candor del joven debía sufrir un rudo contraste. En los días siguientes, no pudo ver a María. Tuvo la certeza de que algo ocurría, cuando una mañana, en la iglesia, la joven, que parecía demacrada y triste, le hizo imperceptible seña. Notó, además, que Silvestre Ruivo lo miraba con ira. Se las arregló, sin embargo, para pasar junto a María, en el momento en que ella...


. . . se arrodillaba ante la pila bendita. y susurró. . .
Iré esta noche a tu parque, luego de la cena. Espérame.
Esa noche, Melchor se deslizó al parque de Ruivo y se puso a esperar en el sitio en que vió a María la primera vez. Al fin oyó ruido de pasos. Se volvió, pensando que era María, pero una voz de hombre estalló colérica. . .
¿Quién anda ahí?
Melchor retrocedió unos pasos. Era Silvestre Ruivo. Llevaba un grueso bastón, que enarboló en el aire. . .
¡Eres tú, miserable expósito!. . .
¡Deténgase, Ruivo!
Silvestre oyó el ruido del gatillo de la pistola que Melchor llevaba a la cintura y se detuvo. . .
¿Qué buscas en esta casa? ¿Llenar de vergüenza a una de mis hijas?
No, maese Ruivo. Soy hombre de bien y quiero con santa intención a su hija. Hablé con el cura. . .
Pero Melchor no pudo seguir adelante. Silvestre volvió a levantar el garrote y a precipitarse hacia él. Melchor levantó entonces un brazo, y sin perder la serenidad. . .
Maese Ruivo. no me pegue. Mire que no podría soportarlo, y, aunque me cueste podría dispararle.
El frío tono del muchacho, la resolución que se advertía en su voz, parecieron detener a Ruivo. Agitando el bastón en el aire, amenazó a Melchor. . .
¡Me la pagarás, tunante!
Le volvió las espaldas. y se alejó a grandes trancos. Melchor emprendió a su vez el regreso, con la muerte en el alma. No había duda: alguien, que los habría visto juntos a él y a María, había revelado el secreto. Tenía razón el cura, y él era un cándido al suponer que Ruivo iba a darle su hija. Pero lo que más deprimía su espíritu era la idea de que María había obedecido a su padre, de que lo había abandonado.
Esa noche, en su camastro, no pudo dormir. Al alba, se levantó junto con la tía Bernabé.
¿Por qué has madrugado tanto? Yo iré al mercado. Dejaré allí en venta unos tejidos.
Puedo ir yo, madre. ¿Por qué has de ir siempre tú?
Pero la tía Bernabé se mantenía firme en esto. Sólo ella sabía obtener el precio que deseaba. Melchor no servía para comerciante. Se fue, al fin. Melchor salió a la puerta de su choza y vio cómo se enrojecía en el horizonte el primer fuego del alba. Sí, lo repudiaban porque no era nadie, nada más que un expósito. El había soñado que un día sus padres aparecerían, como en los cuentos de hadas. Pero, estaba visto, la vida no era un cuento de hadas.


Todo ese día, Melchor lo pasó entregado a sus negros pensamientos, haciendo su trabajo como en sueños. Regresó del mercado la tía Bernabé, y notó en seguida el semblante apesadumbrado del muchacho. Pero, aunque lo llenó a preguntas, no logró sacarle una sola palabra. Por la noche, Melchor, como si necesitara la compañía de aquellos lugares en que otrora fué tan feliz, se encaminó hacia la encina grande del bosque...
...y, al llegar, debió llevarse las manos al pecho, pues la emoción lo había dejado sin habla. Allí, esperándolo, estaba María. Al verlo, corrió hacia él...
¡Melchor! ¡El corazón me decía que vendrías!
¡Vida mía!... ¿Qué locura has hecho? ¿Qué es esto?
María, muy llena de coraje, le dijo entonces que había sido duramente reprendida por su padre...
Me han encerrado a pan y agua, pero he podido escapar por la ventana...
¿Cómo has venido aquí? ¿Y si no me hubieras hallado? ¿Qué habrías hecho, sola, de noche?
El temor de estas posibilidades aturdía a Melchor de sólo pensarlas. María dijo que su corazón le había afirmado que él vendría.
Y has venido, ya ves. Mi padre dice que te hará enrolar de soldado...
Y, aproximándose a él, en un rasgo magnífico de sacrificio...
¡No lo harán! ¡Huiremos juntos! ¡Si no puedo ser tu mujer ante los hombres, lo seré ante Dios!
El pobre Melchor en vano discutió, rogó, luchando con su propia dicha, al oír tales palabras. Las palabras fueron suprimidas por los besos. Y, dos horas después, ambos se encaminaban hacia el pueblo a pedido de María, a casa del cura. —Tendrá que casarnos—dijo María—, pues nos hemos casado ante los ojos de Dios. Ya casado, no podrá enrolarte. Llegaron así al pueblo.
Al desembocar en la calle que daba a la iglesia, Melchor vió avanzar a una patrulla y detuvo a María...
Apártate. ¡Si vienen en mi busca, no deben verte!
María se resistió. En ese momento, el sargento que comandaba la patrulla dio un grito...
¡Alto! ¡Melchor Bernabé, te he visto!
Melchor echó mano a la pistola que llevaba al cinto. Pero temió por María. Volviéndose hacia ella...
¡Ve a tu casa, te lo ordeno! ¡No deben verte! ¡Haz lo que te digo!
La muchacha intentó resistirse, pero la voz imperiosa del joven la doblegó. Llorando, se aferró a su brazo...
¡Te esperaré, Melchor! ¡Te esperaré toda la vida!


Melchor impulsó hacia atrás a María, sorprendido de que los soldados no indagaran sobre ella, y avanzó. María se quedó mirándolo, y vió que los soldados formaban en torno de Melchor y se alejaban, en la noche. Estuvo largo rato así, hasta que se perdieron de vista. Luego recordó la orden de Melchor, y se fue, lentamente, a su casa, sin importarle que la vieran.
Cuando la tía Bernabé supo que se habían llevado a Melchor para que cumpliese el servicio militar, creyó volverse loca. Acudió al cura, y éste la enteró de lo ocurrido, pues ya la historia, que además María no había querido ocultar, se había difundido por el pueblo. La tía Bernabé pensó entonces en vender su casa y pagar para librarlo, y así se lo dijo al cura.
Pero éste, moviendo la cabeza...
Ya imaginarás que los Ruivo han ido a Famaliçao y han hecho enrolar al muchacho. Se las arreglarán para que no lo suelten.
No puede ser, señor cura. Venderé mi casa, y sacaré doscientos veintenes. Y me iré a Famaliçao.
Tercamente, la animosa anciana se puso en campaña. Había sabido que Silvestre Ruivo tenía encerrada a su muchacha, esta vez bien cuidada, para que no escapara. Una beata de una parroquia lejana deseaba esa choza, para estar cerca de la iglesia de Santa María del Abad, cuyo párroco era su confesor. Aconsejada por él —lo que le valió algunas calumnias de parte de los Ruivo—, la compró en doscientos veintenes.
Al llegar a Famalicao con el dinero, la tía Bernabé supo que a Melchor lo habían enviado a Braga, al cuartel del Populo. Resolvió entonces pedir consejo a su cuñado, un excelente hombre que vivía en Villa del Conde. Fue a verlo, y, cuando supo lo ocurrido, se ofreció para iniciar los requerimientos, y alojó en su casa a la cuñada. Pero, como profetizó el cura, estos fueron desatendidos.
En vano anduvo el buen hombre entre abogados y funcionarios. Bien pronto comprendió que sobre el muchacho pesaba la venganza del labriego, y que todo sería inútil. Cuando tuvo esta certeza, concibió su propio plan. El había sido marinero, hasta hacía poco, y tenía muchas amistades en los barcos. Convencido de que sólo cabía una solución para el muchacho, le dijo...
... a su cuñada: —Melchor saldrá de aquí a quince días para el Brasil. Tú le pagas el pasaje, y lo demás corre de mi cuenta.
En cuanto pase la barra, será libre.
Pero ¿no volveré a verlo?
Los ojos de la tía Bernabé estaban llenos de lágrimas. —Y ¿qué prefieres? —preguntó el cuñado—. ¿Verlo aquí de soldado y que lo maten a palos?
¡En el Brasil podrá labrarse un porvenir! ¡Tú te quedas conmigo, y basta! Tendrás de comer y un jergón donde dormir.


En marzo de 1852, la Concepción se hizo a la mar desde Villa del Conde. Entre sus pasajeros iba el desertor. Allí se llamaba José da Silva Guimaraes. A medida que el barco se alejaba, los ojos del mozo se llenaban de lágrimas. En la terraza del Castillo, la tía Bernabé, viendo desaparecer a lo lejos las velas de la Concepción, también lloraba. Tuvieron que llevarla en brazos hasta la casa de su cuñado.
Cuando la policía, poco después, se presentó en el concejo de Famaliçao procurando saber el paradero de la tía Bernabé, la pobre vieja entregaba su alma a Dios en la casa de su cuñado, en Villa del Conde. En ese momento, en una de las habitaciones altas de la finca de los Ruivo, la bonita María lloraba estrujando un papel entre sus manos. El cuñado de la tía Bernabé se las había arreglado para hacerle llegar una carta...
...que Melchor le había escrito "Volveré —decía esa carta—. Volveré siendo alguien. Espérame." Y, en sus sollozos, María repetía:
Te esperaré, Melchor. ¡Juro que te esperaré!
Ya se sabe que el tiempo no se detiene. Tampoco se detuvo en la aldea a la partida de Melchor. Pasó un año, y otro, y otro. Nunca se veía a María por las calles. Sólo en la misa del alba velada, cuando acudía a la iglesia. Decían que el padre la tenía encerrada, pero también que vivía encerrada por su propia voluntad. Sus hermanas se casaron y salieron de la casa. Mas ella quedó allí, en la gran habitación de la planta alta. Y así ocurrió con otros años, hasta que se cumplieron ocho de la partida de Melchor.
Una tarde de 1860, los parroquianos del mejor hotel de Famaliçao vieron, muy excitados, que un poderoso caballero, escoltado por criados negros y blancos, llegaba hasta el mostrador. Todos trataron de aguzar los oídos para oír el nombre del que, al instante, imaginaron como un magnate brasileño.
¿Su nombre, estimado señor?
José da Silva Guimaraes. Comendador.
Las reverencias del conserje revelaban bien a las claras la impresión que le producía este nombre. Ya los diarios de Porto habían anunciado la llegada de uno de los más fuertes financieros de Pelotas, Estado del Brasil. Llevaba bigote tupido, patillas a la inglesa, cabello espeso levantado en rulos, que le encuadraban la frente. Bajo este rostro tan aderezado, habría podido adivinarse el mismo rostro enérgico del otrora incauto Melchor.
Al tercer día de hospedarse en Famaliçao, los huéspedes del hotel vieron al comendador partir a caballo. Uno de ellos, bien informado, expresó al otro...
Va a la aldea vecina. Quiere ver la iglesia de Santa María del Abad.
Mientras tanto, el comendador cabalgaba, escoltado por dos criados. El día anterior, había estado en la feria, donde Silvestre López, llamado Ruivo, vendía las yuntas de bueyes para exportación. Se había acercado, mostrando interés. Muy excitado, Silvestre Ruivo se había deshecho en atenciones.

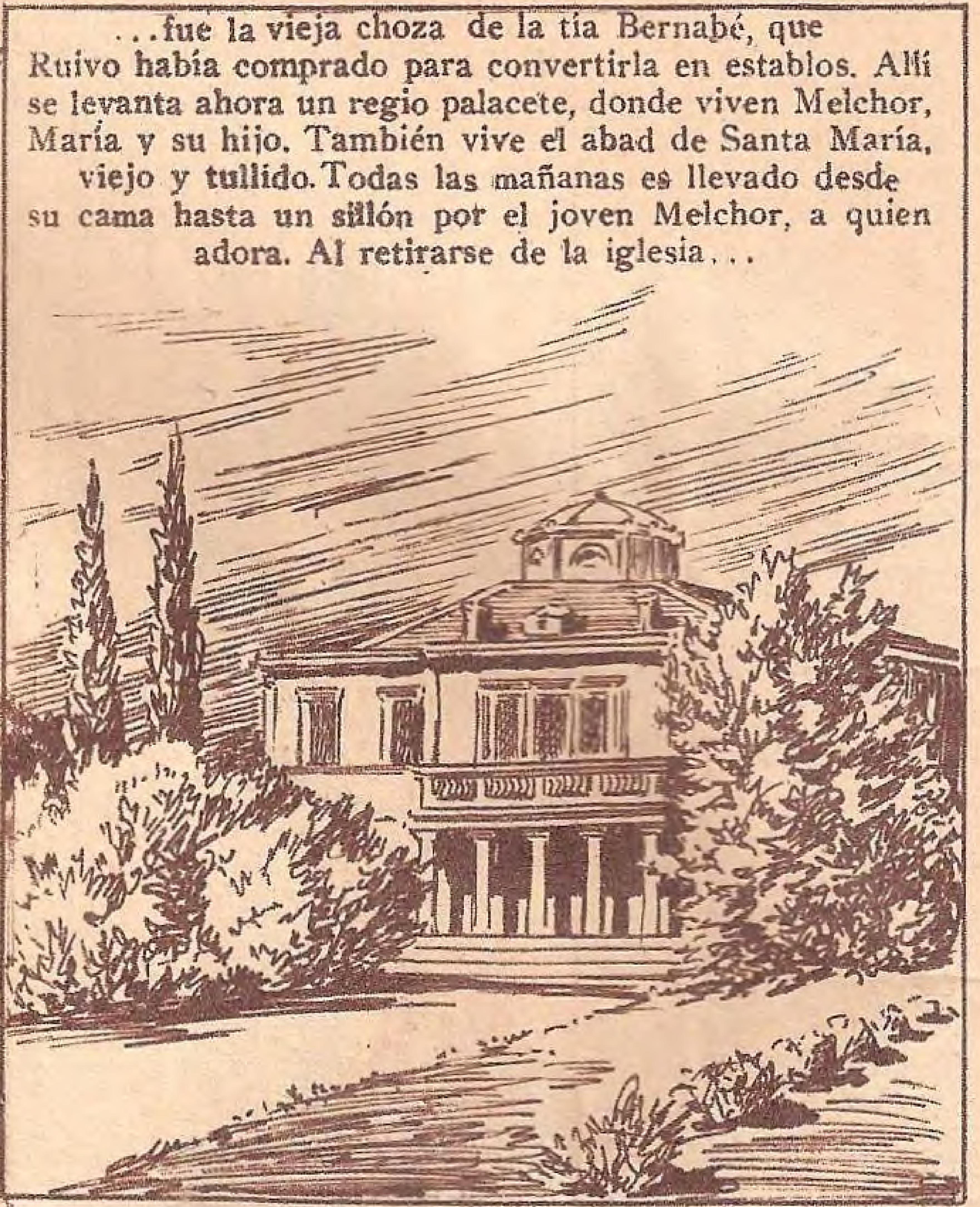


“El omendador” es la Entrega 103 de «Grandes Obras de la Literatura“ - Columberos


Bento López completó su frase con un gesto vago, como si deseara no insistir en el asunto. Ruivo empezó entonces a hablar de sus ganados, y Melchor no tuvo oportunidad de insistir. Luego de la cena, pasaron a una gran galería, donde los criados sirvieron café y licores. Allí, Melchor preguntó al abad si podía verlo al día siguiente, pues deseaba visitar unas sepulturas célebres de Santa María del Abad. El aceptó gustoso, y la velada concluyó agradablemente.
Al día siguiente, el abad enseñaba a Melchor las viejas sepulturas...
Son las mismas de las que habla el romance de Santa María del Abad.
¡Dios mío! ¡Cuántas historias verdaderas debe conocer el atrio de esta iglesia!
El anciano sonrió, haciendo un gesto afirmativo.–Pero creo– siguió Melchor–que usted mismo debe conocer infinidad de historias, ya no del pasado, sino del presente. El abad asintió...
Ya podéis imaginarlo. He estado cuarenta y cuatro años al frente de esta parroquia.
Por ejemplo, ayer, en la mesa, se habló de una historia de amor de esa dama, la hija de Ruivo...
El abad hizo un ademán, como si ese recuerdo lo encolerizara.–No veo por qué no he de contársela–dijo–.Todo el pueblo la sabe. Y como Melchor se mostró muy interesado, el abad le relató todo lo ocurrido ocho años antes. Habían llegado a casa del abad, donde éste invitó a Melchor a compartir su almuerzo. El aceptó, y, durante la comida, rogó al abad que prosiguiera con su relato.
Ya le dije, señor comendador, que la desdichada muchacha quedó encerrada en su alcoba, tanto por propia decisión como por orden del padre... Pero bien pronto supe que había algo más grave. María juró que se había casado ante Dios con el expósito...
¡Cómo!... ¿Querrá usted decir...?
El abad asintió. María tuvo un niño, y la cólera de Silvestre Ruivo fue desmesurada. En vano intercedió el abad. Al fin logró que le fuera entregado ese niño, del cual Ruivo no quería hacerse cargo. El abad lo había confiado a una buena mujer, que murió pocos años más tarde. Era la feligresa que había comprado la casa de la pobre tía Bernabé. Así, el destino quiso que la criatura se criara en el mismo sitio que su padre... Actualmente, Ruivo ha comprado esa choza y la ha convertido en un establo.
Al llegar aquí, el abad advirtió que el comendador se había puesto intensamente pálido. Lo vió levantarse de su asiento, casi temblando...
¿Y ese niño?... ¿Qué se ha hecho de él? ¿Vive aún?
Sí... Pero, ¡por Dios, señor comendador! ¿Qué le ocurre a usted?
Me ha emocionado su historia, señor abad. ¡Ha procedido usted como un hombre honrado y un digno ministro de Dios!
¡Cumplí con mi deber, señor! Nada más que eso. Bien: al morir mi feligresa, traje al niño y lo mandé a la escuela. Allí lo tengo aún...
Melchor tomó las manos del cura, en un impulso, y se las llevó a los labios.
¡Lo tiene usted aún! Dios lo premiará.


Esta vez, el viejo abad se quedó mirando fijamente al comendador, esforzando sus ojos miopes, como si tratara de descifrar un jeroglífico. Y Melchor...
Me gustaría ver a ese niño, señor abad, y a su madre. ¿Cree usted que podría hacerlo?
El abad guardó silencio durante un minuto. Luego dijo:-El niño vendrá el lunes de la escuela. Ese día...,
...confesaré a la madre. Melchor, que así hemos llamado al niño, por su padre, me ayudará en la misa. Puede venir usted.
Faltaba una semana para ese lunes. Melchor viajó, al día siguiente, a Braga y tuvo una entrevista con el arzobispo. Luego regresó a la aldea y visitó a Silvestre Ruivo. Concretó con él una importante compra de ganado y dejó iniciados otros negocios. El labriego no cabía en sí de felicidad, pues jamás nadie se había interesado de ese modo por su hacienda.
Llegó al fin el lunes. Al amanecer, Melchor se encaminó a la iglesia. Sabía que María acudía a esa hora. Al llegar, vio a un niño, en el umbral, y a una mujer que avanzaba. Melchor debió apoyarse contra una columna para no desfallecer. La mujer alzó al niño y lo besó. Melchor podía oir su voz. ¡Era aquella misma voz adorada de María!
¿Has rezado ya, Melchor?
He rezado solo, madrecita. El señor cura no ha entrado aún.
La mujer apretaba tiernamente al niño contra su pecho. Melchor oyó nuevamente sus voces.
¿Y has pedido a Dios como siempre, Melchor?
Sí, madrecita. He rogado a Dios que ayude a mi padre, y que un día venga aquí, a buscarnos.
Melchor sintió que no le era posible soportar más esa tentación de estrechar a María en sus brazos, de besar a su hijo. Casi desvanecido de emoción, se apoyó en la columna...
¡Dios existe! ¡Dios existe!
Sintió entonces que una mano se apoyaba en su brazo y se volvió. Tras la columna, acababa de aparecer el viejo abad, quien lo atrajo hacia sí..
¿Y has dudado alguna vez de que Dios existe, hijo mío? Ven conmigo. Verás a tu mujer y a tu hijo.
Apenas si Melchor pudo entender que el abad había descubierto su secreto. María, al volverse y ver a ese hombre que el abad traía de una mano, lo reconoció al instante...
¡Melchor!
Era bella aún, y el sufrimiento la había impregnado de una dignidad casi sublime. Melchor la estrechó en sus brazos. En seguida, María, mirando a su hijo, que contemplaba la escena con los ojos muy abiertos...
¡Arrodíllate, Melchor! Tu ruego ha sido escuchado. Tu padre ha vuelto.
La misma codicia que un día obligó a Silvestre Ruivo a negar su hija a Melchor, le hizo ahora entregársela alegremente, como si él también hubiera sido beneficiado por el milagro. Las bodas de Melchor y María se efectuaron ese mismo día, pues Melchor tenía una autorización en regla del arzobispo para celebrar el matrimonio sin previa lectura de amonestaciones. La única dote que Melchor exigió para su mujer...




...fue la vieja choza de la tía Bernabé, que Ruivo había comprado para convertirla en establos. Allí se levanta ahora un regio palacete, donde viven Melchor, María y su hijo. También vive el abad de Santa María, viejo y tullido. Todas las mañanas es llevado desde su cama hasta un sillón por el joven Melchor, a quien adora. Al retirarse de la iglesia...


...por invalidez, Melchor, María y su hijo fueron a rogarle que viviera con ellos. El viejo abad dejó que unas lágrimas corrieran por sus ojos, y dijo:
Yo os bauticé, yo os casé. Dios quiere premiarme ahora haciendo que vosotros me cerréis los ojos. A El debemos los cuatro nuestra felicidad.
FIN

Vacaciones en la playa

Por ALFREDO FERRONI



¡CÓMO EXTRAÑA LA OFICINA!

¡JA, JA, JA, LOS ASUSTÉ, ¿EH?

–¡YO TE HABÍA PREVENIDO QUE EL AGUA ESTABA DEMASIADO FRÍA PARA BAÑARSE!

–¡YA LO SÉ!... OTRA VEZ TU MUJER TRAJO QUINCE VALIJAS Y SE OLVIDÓ TU TRAJE DE BAÑO...

SIN ESTRELLAS EN LA NOCHE

POR FRANCINA SIQUIER



Difícil tarea iniciar un relato, siendo su principal protagonista el Destino, tan caprichoso y fantástico, que se complace a veces en la simplicidad, y en otras ocasiones desencadenando tragedias. Hilos invisibles mueven los seres humanos en el gran teatro del mundo y un aterrador interrogante los marca a su nacimiento.

DIBUJOS DE HAUPT




Bárbara Kruschner ofreció su mano en la que brillaba una esmeralda, para el beso respetuoso de Karl. En su rostro impasible, únicamente sus ojos evidenciaban su agitación anterior.
No tengo todavía diagnóstico definitivo.
Esta noche, doctor, mi esposo debe emprender un largo viaje. Únicamente si "algo" definitivo puede ocurrirme, ya usted me entiende, tendré que hablarle de cierto hecho que de otro modo debe seguir ignorando. Por ello, le ruego...
Karl frunció el ceño, y Bárbara, intuyendo sus pensamientos, se inclinó hacia él.
Puede hablar tranquilo. Sé controlar mis nervios y créame que sólo por una causa muy importante le pido el verdadero diagnóstico de mi enfermedad.
Preferiría esperar las radiografías, pero, en fin, hay un tumor en el seno frontal, que una vez sepamos su zona de extensión, deberá ser extirpado.
El único signo visible de emoción fue el temblor de las arterias en el cuello, luego...
Evidentemente, ello implica un peligro mortal.
No puedo prometerle que no habrá riesgos...
¿Quiere consultar con su esposo?.. ¿Puedo hacer algo por usted?
Era el momento supremo, en el cual se convierte el médico en una especie de sacerdote.
Si mi vida no corriera peligro, todo podría seguir igual, pero ahora... Preciso será someter a un hombre a una prueba muy dura. Según sea su reacción, la muerte posible no podrá importarme.
Su entereza no puede flaquear por la debilidad de otros.
Las vidas ajenas influyen siempre en la propia, doctor. Usted lo sabe mejor que nadie...
Se había marchado con su secreto y Karl pensó, sin duda, estaba relacionado con el triángulo infernal en el que se debaten muchos matrimonios. Prendió un cigarrillo y otra vez miró la fotografía puesta ante él. Minutos después...
Que pase el próximo paciente, Sabrina.
Señor Marlowe, puede pasar.
Quisiera seguir contemplándola. Y no necesita ruborizarse. Si pienso algo malo no lo digo, porque me doy cuenta que su corazón y sus sentimientos están bien controlados bajo su almidonado uniforme.
Le ruego...
¿Sólo le importa su trabajo? ¿Acaso no es usted un ser humano? ¿O es que nadie le ha dicho que es encantadora?


Bueno, yo...
¡Oh, ya sé! Sin haberle dicho nada se siente mortalmente ofendida. Es la clase de chica que me indigna y que considero maravillosa.
Bárbara Kruschner permaneció un instante silenciosa y luego, tomada la decisión definitiva, ordenó al chofer:
Antes de ir a casa, lléveme al lugar de siempre.
Cuando Christian entró en el despacho, la incógnita que se abría ante él, le inquietaba tanto, como el diagnóstico que pidiera Bárbara Kruschner y que se repetía una y otra vez. Dos nuevos pacientes saludaron a Sabrina.
El era un hombrecillo de pequeños ojos cansados, nariz grotesca, expresión sumisa y humilde atuendo. Ella, en cambio, era una muchacha hermosa y desafiante.
Buenas tardes, miss Blower. Buenas tardes, señor...
Me imagino que es usted el señor Martino, recomendado del doctor Nagler. Tendrá que esperar, pues la señorita tiene hora convenida.
Tomen asiento, por favor.
Gracias, señorita. Sí, por supuesto, esperaré todo el tiempo preciso.
No estaba habituado al trato deferente, sino a pasar ignorado en todas partes. Y también el lugar lo intimidaba. Jamás, por sí mismo, hubiera consultado un médico como aquél.
De manera que hoy me visitas como paciente...
Bueno, sólo quiero consultarte una pequeña molestia...
Has hecho bien. Ahora te examinaré.
¿Cómo está Deborah? Hace siglos que no la veo.
Los músculos de Karl se contrajeron y su mirada se dirigió nuevamente hacia aquél rostro de mujer que sonreía.
Deborah está perfectamente, gracias.
También Christian contempló la fotografía.
Tiene una sonrisa maravillosa. La dedicación a tus pacientes te impide estar junto a tu mujer, gozar de la vida... Por eso no te envidio. ¿Qué sacas con tener una esposa tan bella?
Sí, creo que tú elegiste el camino más cómodo, habiendo triunfado igual. Ya planeabas eso cuando estudiábamos en el liceo. Pero yo me sentiría egoísta dedicándome a vivir mi propia vida.


En fin, veamos ahora la causa de esa amarilla, tu voz ronca y el ligero temblor de las manos.
Te advierto que no estoy dispuesto a que me asustes con nombres complicados.
Toda su arrogancia parecía abandonarle. Tenía miedo de lo que pudiera escuchar.
Te advierto también, que no quiero investigar mi caso. Me pongo en tus manos. Procura que pueda seguir viviendo como hasta aquí.
La alfombra roja contrastaba con los grandes viejos zapatos de Pietro, que contemplaba obsesionado los arabescos dorados, hasta que entre ellos se perfiló el rostro de su hija Angela.
Se hizo tan real aquella imagen, que casi percibió la voz.
Estoy cansada de vivir en la pobreza, de comer en la cocina, de fregar platos y limpiar todo el día. Quiero tener una casa decente, muebles sólidos, una alfombra roja...
¿Pero cuándo podré obtenerlo? No dejas que me case. Cada discusión la terminas con promesas que nunca cumples...
John no tiene nada seguro. ¿Cómo puede darte él lo que pides? Yo pienso...
Los ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas y la madre intervino, dura, agresiva.
Piensas mucho. Llevas más de 20 años trabajando en esa casa ¿y qué has logrado? Nada. Yo también soñaba como Angela con una alfombra roja, con una vida tranquila.
Mary, te ruego...
Y he tenido que pasar hambre y privaciones a tu lado. Verme humillada por todos. Ser la última que atienden en las tiendas. Deja que se case con John y no sueñes más.
Si me dan la bonificación que espero, Angela podrá tener sus muebles.
Nunca llegará. Como las anteriores. John es fuerte, trabajaremos los dos.
Y el pequeño Sergio, como siempre, terminó de herirle.
John no es un enclenque como papá, por eso no trabajará nunca en una oficina, por un sueldo de hambre.
Un dolor agudo en el pecho le volvió a la realidad. Estaba lejos de ellos, en el consultorio de un médico famoso. ¿Qué ocurriría si su enfermedad fuera grave? Nada podría hacer ya por Angela, por los suyos... Y apretó los puños para no llorar, como tantas veces hiciera en su vida.


La voz dulce de Sabrina fue una caricia para él.
¿Se siente mal, señor? ¿Puedo ofrecerle algo?
¡Oh no, señorita! Usted es demasiado gentil conmigo.
El auto se había detenido frente a una casa de aspecto humilde.
Puede irse. Si el señor ha llegado, dígale que fuí a hacer unas compras.
Está bien, señora.
Bárbara Kruschner abrió con su propia llave la puerta de aquella casa. Y ya en el hall...
No la esperábamos tan pronto. Richard ha salido.
Un cambio se había operado en el rostro de Bárbara, que, sonriendo, oprimió un libro que viera sobre la mesa contra su pecho.
Esperaré, hoy con más razón que nunca.
Mientras...
Es más serio de lo que creía. El corazón está dilatado y los pulmones saturados de tabaco. Hay que hacer análisis. Y por lo pronto dejar la vida que tanto amas, para seguir un riguroso tratamiento.
Intentas asustarme. Como médico y como amigo y en ésta última condición, eres capaz de aconsejarme un casamiento, una existencia reposada, etc., etc.
No es broma, Christian. Tu vida peligra si no obedeces mis indicaciones.
El rostro de Christian se cubrió de palidez. Sus puños se crisparon y fue en ese momento cuando...
Disculpe, doctor. Han llegado las radiografías de la señora Kruschner.
Bien, Sabrina. Anote al señor la dirección del lugar al que debe ir para las radiografías y análisis.
La joven captó las emociones que se reflejaban en el semblante de Christian y con dulzura se dirigió a él:
¿Tiene la bondad de acompañarme, señor Marlowe?
Adios, Christian. Te avisaré para que vuelvas. No acostumbro a ser tan brusco, pero te aprecio demasiado para no decirte la verdad y más sabiendo que sabrás soportarla.


Abatido por el choque brutal e inesperado, Christian continuaba silencioso.
Aquí tiene las indicaciones, señor Marlowe. Le hablaré para notificarle qué día debe volver. Y si necesitara algo...
Es usted muy amable como enfermera, pero no es la eficiencia ni la compasión lo que me interesan de usted. Si Karl, bueno, si el doctor Hansen cree que voy a cambiar mi manera de vivir, stá equivocado. Buenas tardes, señorita.
Evelyn Blower no escuchó las palabras de Christia ni se fijó en su alterado semblante, ya que sus pensamientos la mantenían lejos de allí. Todo lo ocurrido la tarde anterior volvió a su mente, llenándola de angustia.
Karl había rogado a Sabrina que esperara diez minutos para introducir al próximo paciente.
No sabía que estuvieras ahí, Michel. Te agradezco que hayas ido a visitarla.
El matiz de su voz era apagada.
¿Puedes pasarme con Deborah? Me imagino que estará muy entretenida con tu compañía, pero quiero preguntarle algo.
En la sala de espera, Evelyn recordaba. La escena había sido difícil, porque ella había tenido que tomar la iniciativa.
¡Por favor, Harry, bailemos un poco! ¡Si vieras cuánto deseo ser feliz unas horas y olvidarme de todo!
—Lo comprendo. Estamos en una situación terrible.
Nosotros la hacemos mas complicada. Tu indecisión para enfrentar las cosas, arruina hasta estos momentos, en que estamos solos y podríamos ser dichosos.
¡Y yo necesito tanto ser feliz! ¿Te das cuenta Harry de cuán vacía ha estado mi vida? No, tú no puedes comprenderlo. Nunca te fijaste en nada, ni siquiera en que yo existía. Bailemos, te lo ruego. Quiero estar en tus brazos.
Procuró desplegar todo su seducción, hasta que él...
¡Me siento con fuerzas para enfrentarlo todo! Y tú, realmente, mereces ser feliz.
Se sentía embriagada por el triunfo inminente, y entonces, como le había sucedido varias veces en las últimas semanas, todo comenzó a girar y un sudor frío la invadió.
¿Te ocurre algo? Estás muy pálida.


Es mi estado nervioso. Consultaré al doctor Hansen mañana. ¡Si te decidieras a hablarle a Sheila!
Lo haré. ¡Te lo prometo!
Había vencido, pero no podía gozar del momento por su malestar. ¿Y si tuviera alguna enfermedad grave? Sería como un castigo. No ya por quitarle el novio a otra, sino porque esa "otra" era su hermana.
Entretanto...
Había sido larga la espera de Bárbara pero ya el hombrecito corría radiante a sus brazos.
¡Mamá! ¡Mamita!
¡Richard querido!
Me entretuve jugando. ¡Si hubiera sabido que estabas aquí!
No me importa. Ahora tendré que irme, pero esta noche volveré para quedarme a tu lado hasta que me vaya para emprender un viaje.
Estaba decidida a enfrentar a su esposo y no seguir escondiendo aquél hijo. A vivir junto a él las horas que Dios le concediera, fueran muchas o pocas, abandonando si preciso fuera, la casa lujosa, las joyas, la fortuna de Iván Kruschner, y por ello...
Iván, tengo que hablar contigo.
Y así, mientras Bárbara enfrentaba a su esposo, Evelyn sentía fija en ella la mirada escrutadora del médico que la conocía desde tiempo atrás.
Su tensión emocional es manifiesta.
Usted sabe que las cosas no han sido fáciles para mí. Poseo una fortuna pero Sheila, cinco años menor que yo, ha conseguido siempre arrebatarme todo.
¿Está segura de que es así? Tal vez lo imagina usted, Evelyn.
La mano de Karl se posó con suave firmeza en el hombro de la muchacha tan necesitada de ayuda espiritual.
No debe abandonarse a sentimientos mezquinos ni torturarse, provocando su desdicha y la de otros. Es inteligente y hermosa...
...y resulta lamentable que se obsesione creyendo descubrir en los otros un antagonismo que quizá sólo existe en su interior. Procure encontrarse a sí misma y hallar una senda de paz. Es la mejor receta que puedo darle.
"Como médico y como amigo..." siguió hablando tratando de encontrar las palabras precisas. Y cuando Evelyn se hubo marchado, penetró en el despacho el último paciente de la tarde.
Pase, señor Martino.


La timidez del hombrecito era evidente y la sonrisa de Karl se hizo más acogedora.
¿Ha tenido usted que esperar mucho?
¡Por favor, no tiene importancia, doctor!
Moría la tarde multicolor y maravillosa. Moría en las calles, asida a los árboles, a la tersura de los cristales, llevándose muchas ilusiones, pero dejando una esperanza de amanecer. Una tarde más para muchos, aunque decisiva para unos pocos. Evelyn debía encontrar una nueva senda, y...
...Pietro Martino tomar una decisión; Christian Marlowe debía encarar su cobardía y Bárbara Kruschner...
¿Por qué no hablaste antes? ¿Por qué?
Porque si bien tú conocías mi desdichado romance con Roger y pese a todo me hiciste tu esposa, me sentí incapaz de echar otra carga sobre tus hombros. Por amor a mí olvidaste mi pasado, pero el niño al que no podías querer, te lo recordaría.
En compensación a tu bondad, yo quería hacerte feliz y decidí verlo crecer a escondidas, aunque con ello se desgarrara mi corazón de madre.
¿Y ese secreto tan celosamente guardado durante años lo descubres ahora? ¿Qué te ha impulsado a ello?
No podía usar su enfermedad ni el peligro que la operación significaba, para influenciar en aquél hombre una respuesta favorable. Vencida, inclinó la cabeza.
No puedo continuar viviendo sin tenerlo a mi lado. Y estoy dispuesta a marcharme si lo deseas así.
¡No sabes lo que dices! Tus palabras me hieren tanto como tu conducta. ¡Y yo que creía conocer todos los secretos de tu alma, todos tus pensamientos!
Señor, un llamado urgente.
La doncella había interrumpido la drámatica escena.
Otro día de labor había terminado para Sabrina aunque no para el doctor Hansen que en la soledad de su despacho se había quedado a tomar unas notas. A lo lejos vio perderse en la bruma la figura del hombrecillo.
Pero Karl Hansen no escribía. Sus ojos estaban fijos en el rincón más oscuro de su despacho, creyendo aún ver a Pietro Martino y escuchar su voz. Un cuerpo marcado por la muerte y una voz firme y segura.
Creo que no volveré por aquí. Y deseo decirle que ha sido usted muy amable.


El hombre tímido e insignificante, había tenido su momento de grandeza ante el diagnóstico definitivo de su enfermedad que no le dejaba ninguna esperanza. El peso de todo un pasado de humillación y censuras era ya muy leve. Y al caminar sonreía...
(Yo sé, Dios mío, que vas a ayudarme...)
Las luces del bar atrajeron la mirada de Sabrina y entonces lo vio. Un impulso incontenible, la obligó a acercarse.
Señor Marlowe...
En sus ojos había infinita tristeza, pero trató de hallar el tono de siempre.
¡Hola! ¡Está usted más linda sin el uniforme! ¿Puedo invitarla?
Quisiera hablarle...
La voz gangosa y la mirada turbia evidenciaban el estado de Christian.
¡Oh, perfectamente! La escucho. ¿Whisky? ¿Algún licor?
Nada, gracias. Lo que voy a decirle, no creo le agrade mucho.
¡Es usted un cobarde, señor Marlowe!
Era duro escuchar aquello y saber que era verdad. Y le costó ímprobo esfuerzo mostrar algo de su antigua arrogancia.
¡Muy interesante su opinión! ¿Podría ser un poco más explícita?
Rojas las mejillas por la turbación que experimentaba, pero decidida, Sabrina dijo a Christian Marlowe cuanto pensaba de él.
Mientras Iván parecía anonadado.
De manera que ella...
Deseaba encarar el riesgo de la operación durante su ausencia. Su estado es grave. He estudiado las últimas radiografías, pero queda una esperanza.
Comprendo, doctor. Pasaré mañana a hablar con usted porque, por supuesto, suspendo mi viaje.
Eso esperaba que hiciera. Ella es fuerte, serena, pero le necesita.


Lentamente, Iván se acercó a Bárbara. Nunca le había parecido tan hermosa ni la había querido tanto.
¡Querida, querida mía!
Hoy he sabido de la existencia de dos seres maravillosos. La de un niño cuya presencia tanta falta hace en esta casa, y la de una mujer que ha sufrido sola, luchando por dos amores igualmente arraigados en su corazón.
Iván...
Yo estaré a tu lado, con tus manos entre las mías y una misma oración en los labios para pedir a Dios que no nos separé tan pronto. Y yo sé que EL escuchará.
Sabrina sabía que sus palabras le habían herido cruelmente, pero le había dolido esa reacción cobarde al conocer el peligro que le amenazaba.
Yo pensaba que era usted un hombre que sabía luchar.
Me creía fuerte. Consideraba que mi cuerpo jamás podría ser vencido.
El doctor Hansen le dio una posibilidad. Debe usted cambiar de vida y yo esperaba eso de usted, no lo que ha hecho.
No es tan fácil como parece, y menos cuando uno se da cuenta repentinamente de lo solo que está. ¿Encerrarse con esta soledad mía? No, Sabrina, no puedo ni quiero cambiar de vida, ¡cuán sencillo parece!
Pero no lo es, para quien hasta ahora absorbió la vida por todos sus poros. ¿Podría usted cambiar? ¿Podría usted seguirme esta noche, beber, bailar, hacer mil locuras, dejar en fin de ser la eficiente y recatada enfermera del doctor Hansen?
Hubo un silencio tenso y Sabrina supo con cuanto afán él esperaba su contestación clara y sincera.
Podría, y ni siquiera por algo propio, sino para no dejarle en su soledad ni en su dolor.
¿Y por mí, que nada represento en su vida, arriesgaría hasta su reputación?
Es usted un caballero, no creo que me lleve a ningún lugar inadecuado, pero si preciso fuera, iría también. Me sé íntegra y fuerte.
Está bien. Me ha desafiado y voy a ponerla a prueba.
Los dedos de Christian en el brazo de la muchacha parecían tenazas de hierro, pero ella no se quejó.


La niebla azulada flotaba por las calles de Londres. Al salir del bar, sintió nuevamente frío, aunque la presión de la mano de él era algo candente en su brazo. Y un poco al azar, emprendieron su camino en la noche.
También caminaba otro hombre, indiferente por vez primera a la hora. Fuerte, seguro tranquilo...
(Pronto podré darte lo prometido, Angela. Treinta años de oscuro trabajo han permitido el pago de ese seguro que te permitirá casarte...)
(...que hará que tu madre obtenga algo de lo mucho que ha deseado y que dará oportunidad a tu hermano de estudiar. No es una fortuna, por supuesto, pero es mucho más de lo que esperabais todos. Por eso estoy contento. Me duele dejaros, pero Dios lo ha dispuesto así.)
(Jamás ha hecho mal a nadie y tampoco he sabido de ambiciones ni odios. Creo por ello que puedo hacer un pedido. ¡Quisiera que todo fuera tan rápido, que a nadie causara molestias! Y perdóname, Señor, si ésto no es de tu agrado.)
Karl apretó el acelerador. Su tarea había terminado, pero pensaba aún en quienes, al salir de su consultorio, se habían enfrentado con el destino. Era un trance duro y lamentable no poder ayudarles en esas horas de soledad y congoja.
No saber siquiera a veces como se resolvían muchas incógnitas. Así, ignoraba que en ese instante, una muchacha corría para alcanzar un tren.
¡Cuidado, señorita!
Alcanzó el estribo y unos brazos la izaron. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, absorbiendo la última visión de Londres.
¿Se ha hecho daño?
No, gracias. Si no hubiera sido por usted...
De perder ese tren, quizá no hubiera tomado otro pasado el ímpetu de su primera decisión. La ciudad iba quedando atrás, junto con un pasado de inútiles sufrimientos y odios. Harry comprendería que sólo había estado deslumbrado y en cuanto a Sheila, ignoraría siempre lo que había estado a punto de ocurrir.
Las lágrimas resbalaban suavemente por su rostro. No se renuncia a algo sin sacrificio, y además, ¿qué seguridad tenía de que esa nueva Evelyn a la que había dado vida sería feliz?
¿Le ocurre algo, señorita?


¡Cuán dulce fue para ella esa solicitud del desconocido!
Recuerdos de un pasado definitivamente cerrado para mí.
Esas lágrimas son entonces la lluvia que borrará las huellas.
¡Si eso fuera cierto!
Lo será. Además, este vagón va a París y en esa ciudad está ya la primavera. Podría decirle muchas cosas acerca de ella, pero París mismo se las dirá.
Marlowe se sentía intimidado. La limpidez de aquellas pupilas que enfrentaron "su" mundo desvanecían su entusiasmo.
No le agrada esto, ¿verdad?
Importa poco que me agrade.
Karl estrechó la mano de su amigo Michel.
Me alegra encontrarte todavía aquí. ¿Cenarás con nosotros?
Lo siento, pero debo marcharme. ¡Ah, recibí un llamado para tí!
¿Dejó el nombre?
Bueno, era del hospital Queen Mary. Habían llevado a un hombre encontrado muerto en la calle de un síncope cardíaco y llevaba unas indicaciones tuyas. Quieren saber más datos. Un tal Pietro Martino.
Apretó los puños impotente. Una vez más la Muerte reía ante él. Pero al recordar al hombrecillo, pensó que quizá aquello había sido lo mejor.
Hablaré en seguida
Karl, eres tú, ¿verdad?
Sí, querida.
Entretanto, Christian y Sabrina...
¡Vamos! ¿Para qué seguir con esta comedia? Usted no se divierte. Quizá otro día podamos ir a bailar. Hoy creo que ya tengo bastante.
Eso es lo que esperaba que dijera. Y por supuesto, en otra oportunidad, cuando usted haya seguido su plan de curación, aceptaré sus invitaciones.
¿Es cierto eso, Sabrina? ¿Está segura de no desperdiciarme? Usted es maravillosa y yo me he portado como un bruto.


Ella puso un dedo sobre sus labios y sonrió.
No, se ha portado como un niño, nada más. Y yo por un instante olvidé que el hombre más fuerte es en el fondo eso: un niño. Creo que ambos debemos arrepentirnos de lo que hemos dicho.
Entonces, si le prometo comenzar mañana mismo con el plan de vida de Karl, ¿podré verla?
Por supuesto. No debería hacerlo, pero sin ayuda yo también soy algo débil.
En tanto, Karl ha sorprendido a su esposa con un beso.
¡Por fin has llegado, Karl!
También para mí ha sido largo el día. Pero no te quejes, has tenido a Michel toda la tarde.
Ha sido una tarde maravillosa. Michel ha tocado el piano más de dos horas, y hemos charlado de montones de cosas, pero no he dejado de pensar en tí.
Después de la cena, como cada noche, pasearon por el pequeño jardín.
¿Brilla la luna esta noche, Karl?
Sí, mi querida. Ya no hay niebla y todo el cielo parece de plata.
Pese a su dominio, la amargura había asomado a su voz. Porque si Karl Hansen podía curar a muchos, nada podía hacer por su propia esposa, que en un lamentable accidente del auto que él mismo conducía, perdió por completo la vista.
¡Qué noche hermosa! Es casi como si ya estuviéramos en primavera...
¡Esa primavera cuyos colores y matices nunca más podría contemplar! El rostro de Karl se hizo duro, porque le resultaba todavía difícil aceptar la prueba. Pero como siempre, pensó que su pena no podría ser nunca como la de ella y la besó.
Vamos a la sala, Deborah. Tengo que contarte todo lo que ha ocurrido hoy.
En las noches de Deborah nunca más habría estrellas, pero Karl había llegado a saber que todo esplendor estaba dentro del alma de aquella maravillosa criatura que había aceptado su cruz sin una protesta, sin una lágrima. Y en ella encontraba fuerzas el hombre para seguir su camino de lucha y de fe.
FIN



—Será mejor que se entregue; ya tengo a su cómplice.



—¿Dónde habré puesto el pececillo mientras limpiaba la pecera?



—No, yo no boxeo, pero no te imaginas cuántas mujeres se fijan en mí cuando los llevo por la calle.

CASI SIEMPRE TE ADORO

por LUISA M. LINARES


ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ÁNGEL BORISOFF



Fernanda García y Ferris de Torren era, en opinión de muchos de los habitantes del pueblo de Ensenadas, la chica más difícil de casar en varias millas a la redonda. Y ella lo sabía. Ya en dos ocasiones había tenido sendas desiluciones con dos...




...una caparazón de barco en el antiguo astillero, que en sus tiempos había hecho la fortuna de los Ferris de Torren.
Pienso restaurar el barco en cuanto me sea posible.
Te será difícil. Te aconsejé que no emplearas tus últimas pesetas en adquirir aquella ruina.
Nada de ruina. Es una ganga. Mi amigo "El Pirata" me lo cedió por nada.
Tus amigos te ceden por nada las cosas que no les sirven. Esta camioneta, por ejemplo...
Los Ferris de Torren siempre tuvieron un coche en sus cocheras y un barco en sus astilleros.
"Nuestras cocheras" son un cobertizo que cualquier día se derrumbará, sepultándonos.
Y respecto a los astilleros, más vale no hablar. Pero me daré por contenta si podemos restaurar ese dichoso "Barlovento" y conseguimos revenderlo con alguna ganancia.
La muchacha, con sus escasos veintidos años, se desesperaba por dar a su vida y a la de su bienhechor...
...un cierto margen de tranquilidad y seguridad. Y he aquí que al llegar aquella mañana a la redacción, se encontró con un paquete y una carta para el último señor de Ferris de Torren, de su editor.
Viene dirigida, por supuesto, a nombre de "Amelita". Esas recetas culinarias son la única cosa realmente formilable que ha hecho en su vida.
Podía haberla firmado con su verdadero nombre. No podía impregnarlo con aroma de guisos, por bien condimentados que estuvieran.
Mientras así hablaba, Nan abría la carta dirigida a su tío, mientras el director que la conocía desde niña le preguntaba:
¿Cómo? ¿Es que no respetas su correspondencia privada?
Nadie abriría sus cartas si yo no lo hiciera. Las deja olvidadas, sin abrir, como señales en los libros.


El editor ruega a "tía Amelita" que vaya la antes posible a Málaga para hablarle de un asunto de gran interés.
¿Será posible que al fin nos pase algo bueno?
DIRECTOR
¿Por qué no? Creo que debes ir mañana mismo a Málaga para averiguar de qué se trata. Si van a soltar dinero, conviene que lo recibas tú.
De no haber hecho publicar diariamente en el periódico las recetas de cocina de "tía Amelita", no las hubiera podido leer casualmente la esposa del editor...
...de Ensenadas, ni hubiera podido recortarlas y ensayarlas en su casa, surgiendo de este modo la oportunidad de reunirlas en un volumen editado por su marido.
Abrió el paquete febrilmente, y...
¡Ah! ¡Qué preciosidad! ¡Y con láminas en colores! Mi tío se hinchará como un globo.
Al volver a su casa, Nan se detuvo en el astillero. Varado en seco, entre unas rocas, había un pequeño barco de carga despintado y maltrecho. A bordo, un hombrecillo desgarbado agitó los brazos con grandes aspavientos.
¿Sabes lo que me dijo, Nan? "Cierra la boca, Puñaladas". ¿De dónde quiere que saque una plancha metálica de seis y medio por tres? Y entonces yo le dije:
Muy bien, señor barón, más, para pintar el barco, necesito brocha y pintura.
No sé qué sería de mí sin tu ayuda, Puñaladas. Eres un genio y estamos abusando de que tienes un corazón muy grande.
¡Si yo no me quejo! Lo único que pido es que me den elementos para trabajar.


He pagado una cantidad de mi bolsillo a guisa de señal. Pero para recogerla hay que pagar el resto. ¡Y yo no tengo un céntimo ahorrado, baronesita!
No hagas caso de las cosas que dice mi tío cuando se enfada.
No me gusta darme humos, baronesita, pero si no fuera por mí, y por ti, claro está. Sobre todo por ti que eres una santa.
Cuando nuestra chica bajaba al día siguiente del taxi que había tomado en la terminal de los ómnibus que llegaban de Ensenadas, y...
...se halló en el corazón de Málaga frente al edificio de la Editorial que había publicado las recetas de "Tía Amelita"...
...estaba tan nerviosa que tiró en el portal el cambio que le entregara el taxista. Las monedas rodaron en varias direcciones y se agachó a recogerlas.
Permítame ayudarla.
Juntos subieron en el ascensor, y juntos lo abandonaron en el mismo piso. La doble puerta de cristales exhibía el rótulo de...
..."Ediciones A.S.I.A." Su compañero de ascensor empujó aquella puerta, y luego se alejó por un amplio pasillo, dejándola sola en el vestíbulo.
Nan ignoraba a cuál puerta debería llamar. Por suerte, la llegada de un botones la sacó de dudas.
¿Puedo servirla en algo, señorita?
Estoy citada con el señor Aparicio.
¿A quién debo anunciar?
Soy... soy Fernanda García. Es decir. Soy "Tía Amelita", la autora del libro de cocina.
El botones no pareció inmutarse por su personalidad. Estaba sin duda acostumbrado a tratar con genios literarios mucho más importantes.
Tenga la bondad de esperar. El señor Aparicio está en conferencia.
Nan tomó asiento en un mullido sofá. Se alegraba de poder descansar un poco y recobrar ánimos antes de la entrevista. No estaba acostumbrada a celebrar visitas de negocios. Aquella sería la primera, y se sentía nerviosa.


Tenía que afrontar aquella responsabilidad, porque su tío, caprichosamente, tal vez porque habiendo discutido con Puñaladas y Nan se había puesto de parte de éste último, decidió con indiferencia implacable, negarse...
...a revelar al editor su auténtica personalidad. En vista de ello, Nan, con heroica resolución, echó sobre sus juveniles hombros la personalidad de "Tía Amelita", dispuesta a no perder lo que podría ser un manantial de ganancias.
Don Miguel, el director del periódico y doña Niní, la maestra de Ensenadas que finalizadas las clases en la escuela les daba una manito en la redacción, habían apoyado aquella decisión, y con sus mejores augurios y bendiciones partió de Ensenadas.
Ya en el ómnibus oía el tableteo de las máquinas de escribir. Sacó un papel y comenzó a echar cuentas anotando todo lo que haría si tenía la suerte de que el editor le pagase.
Necesitaban ante todo comprar pintura para el barco, la plancha metálica, pagar el sueldo de la cocinera, liquidar la inagotable factura del fontanero, remediar al pobre Puñaladas...
Naturalmente, eran indispensables millones de cosas más, que prefería no anotar. Desalentada, se revolvió en el asiento. Ni con diez libros de cocina resolvería la situación
¿Haciendo cuentas?
La voz que habló a su lado era la del joven que la había ayudado a recoger las monedas: su compañero de ascensor. Nan enrojeció guardando el papel precipitadamente.
¿Puedo hacerle compañía? Yo soy Rafael Soto, para servirla.
¿Cómo está usted, tía Amelita?
Fernanda García, para ser exacta. Bien. ¿Y usted?
Rafael Soto bromeó inclinándose hacia ella:
¿No se ofenderá si le digo que es usted un pequeño monstruo?
¿Monstruo? ¿Por qué?
¿Es posible que haya inventado usted solita todas esas recetas extraordinarias? Habrá pasado horas y horas ente el fogón.


—Bueno..., algunas recetas son especie de herencia sagrada transmitida de generación en generación. Ya sabe. Los buenos guisos cuyos secretos pasan de madres a hijas.
Quisiera que llegásemos a ser muy amigos para que un día me invitase a cenar.
Imaginaba a tía Amelita como a una sexagenaria de cabellos blancos y me encuentro con usted. Se van a llevar una sorpresa.
Nan habíaselo imaginado alto, serio y severo. Pero el hombre que se adelantaba a recibirla era bajito, grueso y jovial.
¿Tía Amelita? Su libro es el mejor recetario de cocina que se ha publicado en Europa.
—Y creo ser un conocedor en la materia. ¿Sabe usted, señorita, que está hablando con el vicepresidente del club internacional "Mesa Selecta? Aquí en Málaga he fundado con mi amigo Pipo el "Sibarita Club".
Al decir eso se volvió hacia un señor alto y bien vestido que la saludó muy cortesmente. Estaban ya instalados en la oficina del señor Aparicio que prosiguió:
¿Ha oído hablar del Congreso Gastronómico Mundial? ¿No? ¿Es posible?
Se trata de un concurso internacional de cocina. Cada delegación va seleccionando a los finalistas de su propio país, para presentarlos el mes próximo en el torneo final que tendrá lugar en Francia.
- Nuestros enemigos son los franceses, y queremos presentarles unos contrincantes de altura. Para seleccionar a nuestros embajadores gastronómicos en París hemos celebrado ya diversos banquetes en diferentes regiones españolas, dando a cada cual su calificación oportuna.
Pero aún tenemos que celebrar una última comida en Málaga, y su editor y yo deseamos ofrecerle a usted esa gran ocasión de lucir sus habilidades.
De puro sorprendida, Nan apenas podía hablar.
¿A mí? ¿Ofrecerme qué?... ¿Una comida en ese Congreso? No entiendo...
Sencillamente, la invitamos a que se encargue de preparar la Vigésima Cena de nuestro Concurso de Selección Nacional.

Pero en el peor de los casos, esta selección nacional le supondría ya un cuantioso premio en metálico, y constituiría, además, una publicidad soberbia para el libro. -¿Qué dice usted a esto?
Hizo un gesto elegante con las manos, como si pusiera a sus pies un extraordinario lote de dinero, éxitos y gloria. Nan empezó a sentirse aquejada de raros temblores.
Dinero... Claro que me gustaría ganarlo... Me... me encantaría.
En caso de aceptar, él tendría que actuar de ayudante. ¿Cuándo tendrá lugar esa cena?
Debe decidirse, ya que se nos ha ocurrido la idea con retraso.
El banquete está fijado para pasado mañana por la noche. ¿Podría darnos la respuesta esta misma noche?
Nan estaba aturdida y deseando salir al aire libre para pensar con un poco de calma. Pero por lo visto no podría hacerlo todavía por un rato, por lo menos en soledad. La voz de Rafael Soto decía a su lado:
La llevaré en mi coche hasta la estación del ómnibus.
Y esa noche en casa de los Ferris del Torren...
Bien, ¿qué te dijo ese pirata?
Nan no se hizo de rogar y narró la historia de aquella tarde, con todo lujo de detalles. Cuando concluyó, su tío se estaba acariciando la barbilla.
Con que pasado mañana en el "Sibarita Club", ¿eh? Perfectamente.
Llama a Mágala y dile a tu grupo de majaderos que aceptas el encargo y que tu tío te acompañará como ayudante. ¿No te hace gracia, Fernanda?
De pronto se interrumpió...
Hablaré yo mismo con esos señores. Será mejor. Pide esa conferencia, sobrina.
Sin saber si alegrarse o echarse a temblar por el triunfo logrado, Nan se acercó al aparato. Poco después decía:
Están al habla
Con gesto altivo, el barón tomó el auricular.
Habla el barón de Ferris de Torren. ¿Cómo? ¿No sabe usted quién soy?
-Yo sí sé quién es usted, mi editor. Porque yo soy prácticamente tía Amelita o sea el barón de Ferris de Torren, tío y verdugo del ratón asustado que los visitó esta tarde. Nos encargaremos de la cena del "Sibarita Club".


Ya verá cómo nos divertiremos juntos en París. Sí, perfectamente. Volveré a llamarle dentro de media hora para facilitarle el menú.
También haré una nota indicando cuanto necesito. Sí, telefonearé más tarde. No, no dejaré de hacerlo. Hasta luego, señor Aparicio.
No dejó de llamar, en efecto. El barón de Ferris de Torren se apoderó del teléfono y mantuvo en perpetuo estado de alarma a la telefonista de Ensenadas. A las dos de la madrugada, la resistencia física de dicha señorita sufrió un colapso...
...e inició una corta, pero agria disputa con el barón de Ferris, preguntando quien iba a pagar las innumerables conferencias de aquella noche.
A la mañana siguiente, Nan echaba ojeadas hacia el mar y la playa. De pronto, aquel panorama desapareció de sus ojos obstruidos por la figura de su tío.
¡Hola! Me temo, sobrina, que tendrás que echar un vistazo a la camioneta.
Nan alzó los ojos con inquietud e iba a preguntarle si ya la había destrozado definitivamente, cuando su tío desapareció.
Al ver a doña Niní, de quien había sido antiguo novio...
...y con la cual no se hablaba hacía cerca de veinticinco años a raiz del modo como la dejó de la noche a la mañana, desapareciendo del pueblo durante cinco años, el barón se sintió nervioso.
¿No saludas a doña Niní?
¿Doña Niní? No me dijiste que estaba contigo en el periódico...
Sólo hace dos días. Doña Niní, supongo que conoce usted a tío.
Sí, nos conocemos de antes. ¿Cómo está "usted", barón?


El barón tosió tratando de recuperar su aplomo.
Perfectamente, gracias. ¿De modo que ahora es periodista? Parece que no nos contentamos con ser maestra de escuela.
Me aburro sin hacer nada...
No soy de esas personas perezosas, capaces de vagabundear sin rumbo fijo.
El barón carraspeó ante aquel ataque que le estaba claramente dirigido. Nan, en cambio, se revolvió en la silla de puro regocijo
Por otra parte conservo los mismos defectos y virtudes...
..."de la época en que usted me llamaba "Sabihonda."
No hable de las épocas pasadas como si ahora fuese usted una vieja. Continúa muy bien.
El barón se dulcificó visiblemente, sobre todo, cuando la maestra le contestó a la galantería suya con otra gentileza.
Gracias. Tampoco usted se conserva mal...
Mientras tanto, silenciosamente, Nan salía de la oficina soñando con que, si ella no se casaba nunca, quizá todavía doña Niní fuera capaz de cargar con su tío. Y casado con aquella mujer tan sensata, aún podía el barón mejorar un poco.
REDAC
Con tales ilusiones llegó hasta la camioneta abandonada. Y estaba inclinada sobre el motor de la misma cuando oyó una voz a su espalda que la hizo sobresaltarse.
¿Qué tal, tía Amelita?...
—Bueno..., no se enfade si me he presentado sin avisar. ¿La he asustado? ¿O acaso ya no se acuerda de quién soy?
Soy Rafael Soto y vengo en misión oficial. Acabo de llegar portador de un pliego con instrucciones.
¿Cómo está usted?
Nan había por fin recuperado la voz para contestar el saludo. Pero íntimamente estaba maldiciendo los viejos pantalones que llevaba puestos y su pelo recogido en dos trenzas absurdas.
¿Me pregunta cómo estoy? Desilusionado. Vine todo el camino pensando en su recibimiento, y lo único que consigo es un frío: "cómo está usted".


¡Ah, eso sí, también ver dos deliciosas trencitas con lazos azules...
No las mencione... Las odio.
Quizá usted no lo comprenda..., pero esas trencitas me encantan.
Repentinamente Nan había decidido dejar a un lado sus complejos. En el fondo estaba contenta de ver allí a Rafael
Quizá no ha sido correcto presentarme aquí sin previo aviso, más, para evitar otra orgía telefónica como la de anoche, convencí a mi padrastro, quiero decir al señor Aparicio.
Le aconsejé que sería más práctico traer personalmente las últimas instrucciones. Su tío debe de ser un hobre extraordinario. Antes de regresar me gustaría mucho saludarle.
-No creo posible que lo vea usted hoy. Mi tío está reanudando un viejo flirt.
Adivino que proyecta usted casar a su querido tío.
Por favor, oriénteme un poco. ¿De dónde surge ese impulso maravilloso que hace brotar la chispa?
Quisiera saberlo yo también para precaverme del encanto de ciertas trencitas.
-Estoy hablando tremendamente en serio.
Y yo también, por supuesto.
Sin darse cuenta empezaron a caminar uno junto al otro, y poco después la muchacha se halló frente al portalón de la finca de los Ferris de Torren.
Quizá el deseo subconsciente de que el joven conociera lo que ella tanto amaba la había conducido hasta allí. En tono pomposo pero al mismo tiempo como si se burlara de sí misma anunció:
He aquí nuestras tierras. ¿Le gustaría visitarlas?
En realidad la llamamos "finca" por la fuerza de la costumbre, pero yo la adoro.
Habían dejado atrás el portalón y caminaban bajo las palmeras que sombreaban el sendero interior. Pasaron junto a la huerta un poco abandonada.


Esta tarde tendré que regarla. Tengo mucho trabajo acumulado y no alcanzo a todo.
—Mire. Aquel es el Torreón de Aníbal. Tiene un gran valor histórico. Hemos empezado a explotarlo, cobrando la entrada a los turistas. Dice el tío que tenemos que aprender de los italianos, que cobran un dineral.
—Pero no tema, usted no viene como turista sino como amigo.
Honradísimo de que me incluya usted entre sus amigos, "tía Amelita"
Pasaron junto a una acequia deteniéndose finalmente ante la casa. Entraron y Rafael comprobó que, a pesar del estado ruinoso del escaso mobiliario, la casa tenía un encanto singular.
Sus gruesos muros, la admirable escalera de madera labrada que conducía al primer piso... Todo ello era magnífico y melancólico por el estado en que se hallaba.
Salgamos de nuevo al sol, ¿quiere? Aquí hace siempre frío.
Salieron al aire libre, y Nan lo condujo hacia una pequeña playa particular.
La llamamos "El Astillero" en recuerdo de pasadas grandezas. Ahora estamos reparando ese barco para revenderlo. Pero las reparaciones son costosas, y...
Dejó la frase en el aire y alzó hacia él sus ingenuos ojos.
Es necesario ganar ese concurso, ¿comprende?
Lo ganará. Merece usted ganarlo.
Tras aquellas visitas al hogar de la muchacha, le parecía conocerla mucho mejor. Adivinaba la dura lucha contra las circunstancias adversas y admiraba su valor. De buena gana hubiera puesto a sus pies todos los premios gastronómicos de la tierra.
Miró una vez más a la esbelta muchacha que caminaba junto a él y pensó que no podía catalogarla entre las demás muchachas conocidas hasta entonces.



La atmósfera de la casona, el ruinoso torreón, el barco encallado en la playa y la orgullosa propietaria que se debatía entre tan extraños elementos, parecíanle algo gratamente irreal.
Ya sé que todo esto no muy corriente. Pero aguarde a conocer a mi tío. Lo quiero con todo mi corazón.
Es usted una muchacha maravillosa.
A la mañana siguiente, Nan se entregó, febril, para aplacar sus nervios. El barón le había dicho al marcharse temprano, que no lo esperara a almorzar.
Le encargó que ella partiera en el ómnibus a primera hora de la tarde y que no se preocupara de nada más. Ellos ganarían el premio. Nan se recostó un rato después de almorzar, quedándose dormida. Una hora más tarde la despertó el timbre del teléfono. Era Rafael que había decidido ir a recogerla en auto.
El propio presidente del "Sibarita Club" la recibió en la puerta. Ni siquiera había tenido el valor de preguntar si el barón la esperaba ya en la cocina. Tenía un funesto presentimiento.
En espera de su tío, Nan miró alrededor y se preguntó qué estaba haciendo allí rodeada de fogones eléctricos, pirámides de huevos, montañas de ostras, frutas exóticas y cestos.
De pronto, cuando ya estaba al borde de la desesperación, descubrió un teléfono adosado a una de las paredes del "office". Febrilmente pidió hablar con Ensenadas.
En su casa no contestaba nadie y en vista de ello llamó al periódico. Le contestó Niní.
Veré si logro dar con él. No desesperes. En cuanto sepa algo, te llamaré. Dame tu número.
Nan se lo dio y aguardó anhelante. Consultó el gran reloj de pared cuyo sonoro tictac la hipnotizaba. Si doña Niní conseguía dar pronto con su tío, todavía llegaría a tiempo.



Más tarde el barón vivió horas de apoteosis en la cocina del "Sibarita Club". Estaba libre bajo fianza, y con el limpio mandil se sentía encantado manejando cremas, pastas y especias sin aturdirse.


Habíase transformado en la eficiencia en persona. Ni siquiera admitía la ayuda de su sobrina que, sentada en una banqueta, comenzaba amodorrarse. De pronto la sobresaltó la voz de su tío gritando:
¡A ver si se llevan este pato de una vez!
Y como nadie viniera para llevárselo, agarró él mismo la bandeja y...“¡Señores míos! Hay que probar esto en el acto, antes de que se malogre mi creación!”
De pronto llegó a oídos de Nan el eco de una nutrida salva de aplausos. Empezó a vislumbrar un porvenir más rosado.
La amistad con aquellos señores le abriría nuevas perspectivas. Y quizá doña Nini consiguiera al fin pescarle, colaborando en su redención. Al abrirse la puerta, creyendo que era el barón que volvía, se abalanzó diciendo:
¡Tío..., tío..., te adoro, es decir, casi siempre te adoro!
Sólo cuando era tarde comprendió que se trataba de Rafael y no del barón.
Vamos, vamos, “Trencitas”, siento no poder recibirle en mis brazos porque no se dirigía a ellos, pero...
...habiendo conseguido salvar este plato de su entusiasmo, y como supongo que no habrá cenado, se lo ofrezco rencorosamente.
Pero.... esa es su cena...
–No importa. Previendo lo que iba a suceder, me he servido doble ración. Al barón le he cedido mi asiento en el comedor. Se puede decir que ya es el ganador del premio. ¡Ah, y yo también te adoro! No lo puedo remediar.
FIN

HUMORADAS



—En esta cabaña encontrará usted descanso y paz.



—¿Cuando entenderás que el encargado de las ventas aquí soy yo?



—Imagínate la diferencia que hay entre una ametralladora y un rifle; la primera es algo así como tu madre cuando habla, y el segundo algo así como cuando hablo yo.

LA FAMILIA LINDEMAN

Por SYNNOVE CHRISTENSEN

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE VICENTE LE VOCI

La autora de esta bella novela fue laureada con el "Gran Premio de la Literatura Escandinava". Hay en el relato una suma de valores artísticos y de matices humanos, interesantísima. El carácter de Anne Lindeman resulta inolvidable por su arrogancia, su singularidad y su fuerza.






Anne se enfureció: — ¡Nunca, abuelita! ¡Aunque sea usted rica, prefiero vivir en la pobreza, pero en mi hogar con las chicas y mi padre!
Por un rato las miradas de la niña y de la anciana se cruzaron como dos aceros. Y la anciana reconoció su propia fibra en la chiquilina que se erguía frente a ella, acostumbrada a mandar.
Cuando llegaron los miembros de la familia Kileman, Anne vio que sin excepción parecían despreciar a su padre. Eran muy ricos, terratenientes, burgueses, vestidos con lujo ostentoso, pelucas blancas y encajes en las mangas.
Sólo el sacerdote, hermano de la abuela, el Padre Kileman, trató con afecto al viudo en la cena de aquella noche, que para la jovencita resultó horrible. No pudo pasar bocado y tenía frente a sí, el rostro de cera de su padre.
Le pareció a Anne muy aguda e inteligente, que aquella familia orgullosa profería conceptos despectivos contra Lindeman y el arte en general.
Fue una noche larga, dolorosa... Trine y Anne Bi dormían cuando Anne se despidió con un beso de su padre: —No te aflijas, pronto estaremos lejos de aquí.
Se durmió llorando mientras rezaba por la madre, ya bajo tierra del cementerio. A la madrugada la despertó la voz enronquecida del padre:
Vamos, vamos, Anne, Gorsgstad está ardiendo. Tus hermanitas están a salvo.
Aquella tragedia completó la angustia de Anne, cuando tendida bajo los árboles vio el incendio de la que fuera magnífica propiedad y orgullo de los Kileman.
¿Y abuelita? ¿Dónde está?
No tardó en poder acercarse a la anciana que yacía sobre la hierba, asistida por varias personas. La anciana abrió los ojos, había padecido profundas quemaduras. El sacerdote la confortaba, de rodillas, Anne corrió desesperada.
"¡Abuelita, abuelita!" Y tomó una de las manos heridas para besarla. Entonces advirtió la mirada inteligente y tierna de la moribunda, exclusivamente dirigida a ella, su nieta mayor.
Y la que fuera sostén y columna de una fuerte familia, pareció querer legar su destino a la muchachita. Hubiera querido decirle...
...muchas cosas. Sus ojos expresaron honda ternura; luego se desprendió de la cruz de oro que llevaba al cuello y la tendió a Anne. Fue el último esfuerzo...
Ha muerto, Dios la reciba.


Anne besó la cruz y el sacerdote Kileman, buscando el broche de la cadena de oro, la puso al cuello de la niña y le dijo con extrañada entonación:
Llevarás una pesada cruz, pequeña. Que el Cielo te ayude.
Gorsgstad se había esfumado con el humo del incendio. Anne habló a su padre.
Dependemos de tu esfuerzo. Ya no tenemos dinero alguno. Pintarás mucho, ¿verdad?
No puedo, no quiero, no deseo nada después de la muerte de tu madre.
Pero Anne insistió: —Es preciso que te recobres aunque más no sea por las chicas. Volveremos a casa, papá. Allí todo está como cuando mamá vivía.
Bien; haré lo que quieras, hijita. Dios me dé fuerzas.
Llegaron a la antigua casa que ocuparan antes de ir a la posesión de la abuela. Era una sólida construcción; en sus habitaciones sobraba de todo: muebles, ropas, objetos de arte. Ese había sido el mundo de la difunta Elizabeth.
Kari, la nodriza de Anne, recibió a las huérfanas con su cariño activo de siempre. Y al ver la diligencia con que la mayor disponía las cosas del hogar, dijo:
Comprendo que sustituirás a tu buena madre. He de ayudarte como pueda.
Trine y Anne Bi corrieron por los jardines mientras su hermana y Kari adiestraban a la servidumbre. La despensa estaba repleta de comestibles.
En los armarios había sobra de ropa blanca y de vestidos. Sin embargo...
Papá me prometió pintar para que tuviésemos dinero.
La fiel Kari dirigió una mirada de inquietud y tristeza a la jovencita. —Si has de sustituir en todo a tu madre, es necesario que aprendas a conocer a tu papá, y...
...a disculpar sus errores..., como ella lo hizo siempre, porque lo quería.
Anne sintió oprimido el corazón. No tardó en verificar que las palabras de Kari habían sido proféticas. Quince días después de la instalación en su casa...
Papá no aparece desde ayer tarde, Kari, ¿lo has visto?
La mujer guardó silencio; más tarde, cuando estaban solas dijo a Anne: —El señor Lindeman debe estar en la taberna, como antes. Yo te previne, Anne; él es así. Tu madre lo sabía y nunca lo juzgó mal, lo mandaba a buscar, lo perdonaba... Debes hacer lo mismo.
Pero a la jovencita le costó mucho dar aquel paso. En ese momento sentía rencor hacia su padre, que fresco aún el dolor de su duelo, tenía valor para abandonar la casa y beber en una taberna vergonzosa. Llamó al hermano de Kari, el jardinero.
Buscaremos al señor donde se encuentre. Acompáñame, Kari.
Como usted mande, señorita.




Fue algo muy duro para el tierno corazón de la niña, ver a su padre a quien admiraba frente a una mesa llena de botellas vacías, ausente la mirada, muy pálido, ebrio.
Padre, vamos a casa. Prepararé una habitación para que pintes.
Reprimía su dolor y su repulsión ante el hombre vencido que la miró con ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, mientras le decía: —La pequeña Anne Lindeman se asemeja a su santa madre. Dios bendiga a ambas. Pero este pecador no tiene remedio.
Los fuertes brazos de Karl llevaron al pintor hasta el coche que esperaba a la puerta de la taberna. Anne pudo ver los ojos burlones, las sonrisas de los parroquianos y la expresión despectiva de algunas personas que pasaban por la calle.
"¡Qué verguenza!" Comprendió que por culpa de su padre, ella y sus hermanas serían objeto de desprecio y hasta de irrisión. ¡Entonces, la dura, la orgullosa abuela Kileman tenía razón cuando subestimaba al padre como toda la familia!
Y sin embargo, era un hombre bueno en el fondo y genial como artista. Ya en casa hizo preparar el baño para Jacobo. Y cuando le hubo alcanzado su hermosa peluca blanca y la chorrera de encajes, lo besó en ambas mejillas: —Estás muy guapo, papá.
Hans Jacobo Lindeman volvió a pintar con entusiasmo, sentía remordimientos. En esos días recibieron una invitación de una señora muy rica de la ciudad.
¡Papá, papá podremos ir a un baile! La señora Gron pide que vayas tú y lleves la cítara.
El pintor miró a su hija, severamente: —No puedo tocar ni cantar. Mi duelo es demasiado reciente. Ustedes sí, han de asistir a esa reunión. Es preciso que tengan ambiente social en esta ciudad donde mi conducta puede perjudicarlas.
Kari buscó en los cofres de la señora Lindeman preciosos vestidos para las niñas. Anne llevó uno de gasa y moaré rosa viejo; Trine fue vestida de azul y Anne Bi de tul blanco.
Jacobo dio a su hija mayor un aderezo de turquesas que fuera de la madre y collarcitos de granate a las menores.
Estaban realmente hermosas cuando salieron bajo sus capas de terciopelo, acompañadas del padre con levita de raso estampado y encaje de color marfil.
¡Ni que fuesen mis amos a un baile de la corte real!
Estás fantásticamente bonita—dijo a Anne la señora Gron, que era robusta y con ojos bondadosos, celestes. "Creo que serás la reina de la fiesta".
No hay mucha competencia —pensó la niña— mirando a las numerosas damas casi viejas que, muy enjoyadas, llenaban los salones. Lindeman brindaba rodeado de hombres.


Estaba la fiesta en su apogeo cuando llegó el hermano de la dueña de casa, un marino mercante de estampa recia, cuya voz y risotadas se oyeron en la puerta.
¡Anders, te creí en Holanda! ¡Bienvenido!
El lobo de mar pidió perdón por su tosca indumentaria. Y cuando la hermana le presentó a Anne, pareció conmovido. Lo más notable de su rostro grueso y tosco eran los ojos de un azul puro como los de la señora Gron, luminosos de bondad.
Las fuertes mandíbulas le afeaban la cara, pero había en él un aura de salud, de fuerza y de alegría que encantaron a muchos de los invitados.
¡Viva el capitán Anders Oleson!
En el transcurso de la noche, el marino pareció estrechar amistad con Lindeman brindándole numerosos jarros de ginebra. Luego dejó de beber para admirar como las tres niñas del pintor bailaban el minúe. Las aplaudió ruidosamente.
Desde esa noche, la visita del lobo de mar se hizo frecuente en casa de Lindeman.
Y una vez invitó a todos a viajar en su barco y conocer su hogar de la isla. La travesía fue encantadora. La enorme mansión impresionó de modo raro a Anne.
Se veía riqueza y abandono en todas partes. Los muebles dorados tenían una capa de tierra, las cortinas y tapices necesitaban limpieza, lo mismo que los pisos. Huertos y jardines estaban en estado agreste de absoluto olvido.
Fue sincera y dijo al capitán: –Esto es como un tesoro que se brinda a las polillas. El hombrote rió con su vozarrón profundo: —Tienes razón, pequeña hada rubia. Soy muy rico, pero desde que me quedé viudo las sirvientas lo arruinan todo.
Anne advirtió el abandono, casi la suciedad de las mujeres que sirvieron la mesa; estaban desgreñadas y hacían las cosas de mal humor. La chica pensó: —Ya las enseñaría a cumplir lo suyo. Kari me ayudaría en todo esto.
Lindeman se dedicó a visitar largamente la espléndida bodega de su amigo; las niñas menores corrieron por los senderos del jardín y Anne quedó con su huésped a solas, sentados ambos a la entrada de la casa; Anders fumaba su pipa.
Sus ojos de mirada suave y algo triste miraron pensativos a la niña. Iba a decirle algo, pero en ese momento vieron acercarse al pintor, vacilante:
¡He bebido una cuba de tu vino blanco, viejo lobo! ¡Es superior!
Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas y las mejillas le ardieron, rojas de vergüenza.
No se aflija, querida niña. Yo comprendo...


Vio Anne como el capitán trataba a su padre con amable condescendencia y de qué modo procuró que las niñas no advirtiesen el estado del pintor.
Vayan a ver cómo funciona el gran reloj del comedor; hay un desfile de campesinos.
En ese momento, Anne sintió la necesidad de un apoyo en su vida difícil. Enrojeció ante ese pensamiento no solo de miedo sino también casi de repulsión. Había interpretado las miradas y los silencios del marino como lo que encubrían: amor.
Aquella noche durmió mal, despertándose bañada en angustiosa transpiración. Había soñado que se casaba con el grueso lobo de mar para salvar de la miseria y del descrédito a su padre y a sus hermanitas. Trine y Anne Bi debían casarse un día...
Era ella quien sutituiría a la madre muerta. Entonces, ¿por qué no aceptar el sacrificio de su propia suerte en aras de una boda conveniente?
Abuela Kileman era capaz de un sacrificio por la familia. Me parezco a ella.
Oleson tardó unos días en hablar con el padre de Anne pidiéndole su mano. El artista se puso furioso; entonces el capitán con mucha calma lo puso al tanto de la situación.
Anne acepta ser su esposa, transformar la vida de su marido, con tal de que éste a su vez le prometiera no desamparar nunca a sus hermanas.
Fue algo muy sincero, pero carente de tacto por parte de Oleson confesar aquello al padre de las niñas. Este pareció anonadadao. Esa noche bebió más de la cuenta. Al otro día habló con su hija mayor: —No sabes lo que te propones:...
...Anders es viejo para ti,además se trata de un hombre rudo, feo, basto. El matrimonio es algo muy serio...
..."y para toda la vida." Anne estaba muy pálida, pero sostuvo la mirada de su padre al contestar: "El capitán es un hombre bueno y fuerte. Nosotras necesitamos quien nos apoye..., porque tú..., papá..."
Y se interrumpió, llorando.
Yo soy un bohemio y un ebrio consuetudinario. Es verdad. Dios me perdone.
También él lloró entonces. Y ambos se abrazaron en silencio. La boda se llevó a cabo con todo esplendor. Lindeman dio a su hija todo el suntuoso ajuar y las joyas de su esposa.
Hubo bailes por tres días, fogatas, bebidas para los campesinos y los marineros de la isla donde vivía el capitán y a donde se trasladó Anne, acompañada de Kari y sus hermanas. El padre fue a vivir a una casita en el bosque.
Al poco tiempo, Anders Oleson tuvo que hacerse al mar con sus rudos marinos. Sabía que su joven mujer le tenía gratitud y afecto, pero que era imposible que lo amase. Estaba, sin embargo, contento de haberse casado con ella.


La casona abandonada se había transformado con la presencia de la joven señora. Impuso un trabajo metódico a la servidumbre, la uniformó. Daba ella misma el ejemplo con sus hermanas levantándose temprano. La granja, la huerta y el jardín, prosperaron.
Cuando Oleson regresó de su largo viaje con un rico cargamento y muchos regalos se sorprendió ante el lujo y la comodidad que había en su casa.
Eres un hada, querida Anne. ¡Bendita sea la hora que me casé contigo!
Para acallar su melancolía y la oscura sensación de su fracaso sentimental, Anne trabajaba mucho y de diversas maneras. Un día ad-
virtió que la pequeña capilla del lugar tenía las paredes muy viejas y agrietadas. En el acto concibió una idea:
"Iré a buscar a papá y a proponerle que restaure esto y pinte hermosas imágenes." Como Oleson salía de viaje, la muchacha se fue con Kari al antiguo pueblo donde estaba la casa paterna. Lindeman la había vendido y vivía en la casita del bosque.
Costó mucho trabajo convencer al padre de que se radicara en la isla con su yerno y sus hijas. Anne fingió admirablemente que le hacía falta su presencia:
Anders navega la mitad del año, papá. Y estamos muy solas...
Lindeman había envejecido mucho, pero conservaba su modo atildado de vestir. Llevó colores y pinceles cuando Anne le dijo: —La capilla de la isla espera tu arte cristiano, querido papá.
Trine y Anne Bi, tanto como la fiel Kari, celebraron mucho que Hans Jacobo se hubiera resuelto a vivir con ellas.
Anne veía muchas veces la mirada triste de su padre, cuando iba a llevarle una merienda a la iglesia donde pintaba subido a los andamios, hechos por su pericia: —Baja, baja del cielo a comer, papá.
¿Cómo podía ella pensar en todo y en todos, olvidándose de su propia dicha? Y Lindeman, casado por amor, nunca jamás consolado de la pérdida de su Elizabeth, sufría por su bella hija que no conocería el sentimiento más bello de la vida. La admiraba mucho, viéndola en todo: caritativa con los pobres, madre de las...
...hermanitas, providencia de los enfermos, alma y nervio de la mansión de Oleson. Cuando llegó el viejo marino más pesado y rojo que al marcharse, debido quizá a los múltiples esfuerzos realizados, Anne cayó muy enferma:
Kari y las hermanas, lo mismo que otras mujeres del pueblo y de la servidumbre, procuraban aliviarla de su mal y realizaban las tareas que antes hiciera ella.
Está muy blanca: no tiene sangre. Y ha quedado en los huesos.
Fue entonces cuando Lindeman propuso a su yerno que dejase ir a la esposa con su tía de Cristianía, Gertrudis, que era también su madrina y estaba casada con un industrial poderoso de la ciudad. Hans Jacobo acompañaría a su hija.


"Luego regresaré para concluir la pintura de la Iglesia y vigilar el hogar, mientras tú navegas, Anders." El marino que estaba muy inquieto por la salud de su mujer accedió de buen grado. Colmó de ropas finas y joyas las maletas de Anne.
Le dio bastante dinero y la besó llorando: —Que vuelvas sana, querida mía. Anne quiso que su fiel Kari cuidase de las hermanas y de la casa.
Pero al alejarse en el buque que la llevaba con su padre, no pudo menos de pensar en que hacía mucha falta a las niñas. Lo dijo al padre con amarga sonrisa: —Por lo menos, papá...
..."no quiero morirme hasta que Trine y Anne Bi sean felices." Lindeman no respondió. En lo más hondo de su alma sentía dolor y remordimiento. Si él hubiese sido un hombre valeroso y trabajador...
Anne pudo también aspirar a la dicha y al amor.
Tía Gertrudis, una gruesa y alegre mujer, recibió con mucho cariño a su sobrina y a su hermano, brindándoles las habitaciones más lindas de su palacete. Berg, el marido, se mostró igualmente cordial y generoso. A los días, se marchó Lindeman.
"Te confío a mi hija, que es también tu ahijada, Gretrudis; puedes imaginarte que su vida íntima no es feliz. Está casada con un hombre viejo, basto, aunque muy bueno.
Se sacrificó por sus hermanas..., por mí que no valgo nada."
El cariño de tía Gertrudis se manifestó en muchas cosas: desde el halago con que servía a la joven su desayuno sabroso en la cama, hasta los regalos que le hacía.
Te encargué un maravilloso vestido de seda azul para el gran baile de primavera.
El vestido llegó bordado con zafiros en el descote y con su correspondiente aderezo de las mismas piedras que realzaban la belleza rubia y delicada de Anne. Ella pudo olvidar sus desilusiones y su enorme responsabilidad.
Los Berg eran poderosos y respetadísimos. Para cumplimentar a la visitante, dieron fiestas las principales familias. Pronto, en la ciudad, Anne fue llamada "la dama de azul" alusión al primer vestido de baile con que se lució en Cristianía.
Fue en una de esas fiestas donde un sueco, el joven Olson Largerfeldt, la sacó a bailar tantas veces que al final debió rebusarse, gravemente.
Estoy cansada, señor.
La contemplaba con muda admiración. Desde esa noche se convirtió en una especie de sombra de Anne. La mañana que le envió un canasto de rosas, ella experimentó una sensación parecida al miedo y a la felicidad.
Esperó a verle otra vez para decirle, sin apartar sus ojos de aquella profunda mirada gris y noble: —Estoy casada con un hombre muy bueno, señor Largerfeldt.
No debí venir sin él. Pero he estado muy enferma... Además mi esposo es marino.


"Y sus obligaciones le llevaron lejos; mi padre me acompañó a Cristianía". El no dejaba de contemplarla mientras hablaba, y sus ojos revelaron sincera admiración. —Es usted muy semejante a una niña, la niña de algún romance de leyenda.
Me causa profundo, irreparable dolor, saberla casada. Porque...
Prefiero que no hablemos, señor Olson.
Tengo que decírselo: nunca amé hasta hoy. Perdóneme, si se lo confieso.
Desde ese día, Anne perdió la paz relativa en que estaba viviendo, mecida por bailes, halagos y reuniones. Ahora temía y ansiaba la hermosa presencia de Olson. Las opiniones sobre el joven diplomático sueco eran contradictorias.
Algunos veían en él a un espía secreto de Suecia. Tía Gertrudis observaba a su ahijada con semblante preocupado.
Una tarde, mientras ambas bordaban, encaró el penoso asunto: —Anne querida, veo que estás hechizada por ese joven. Ni él ni ningún otro valen la pena de una lágrima tuya..., porque eres una mujer casada, respetable.
La muchacha levantó la cabeza vivamente: su natural fogozo se evidenció en la confidencia: —Tía, hasta hoy nunca sentí la angustia y la dicha que proporciona oir una voz, estrechar una mano. Si ésto es amor, que Dios me perdone. Pero no temas.
"Jamás autorizaré la menor esperanza a Largerfeldt ni a nadie". La voz se le quebró y empezó a llorar. Su tía, acariciándola, la consoló:—Recibí carta de Hans Jacobo. Tu padre viene a buscarte, querida. Todo concluye, pues. Y es mejor así.
Lo vio en una última fiesta más suntuosa y bella que todas las anteriores. Le pareció un príncipe con su traje lujoso, su ademán contenido, su sonrisa suave, sus modos aristocráticos.
Pero solamente le habló de amor con la mirada. Bailaron y salieron a la terraza para ver la luna sobre los jardines.
El le puso la manteleta de encajes sobre los hombros cuando la tía y el señor Berg se la llevaron; los acompañó hasta el carruaje y se inclinó a despedirse.
Ya en la casa y frente a su tocador, mientras se quitaba las joyas, Anne rompió a llorar. Gertrudis llegó oportunamente para oir a la muchacha, implorante:
"No me condenes por estas lágrimas. Lo único que me queda para sostenerme el resto de mi vida, es este recuerdo". Al otro día llegó Lindeman. Anne sospechó que su hermana le había escrito para que viniera a llevársela. Sonrió con amargura.


Habían hecho muy mal si dudaron de su fortaleza. Ella recordaba de pronto la sonrisa difícil de la abuela Kileman, sobre el césped, muriéndose, mientras su posesión era presa de las llamas. Era su descendiente y sabría siempre ser digna.
Las hermanitas, Kari y la servidumbre, la recibieron muy felices con música, bailes y una exquisita cena. Anne retomó sus obligaciones con frialdad y eficacia.
Has cambiado, Anne, a veces pareces de piedra.
Surgió de pronto un conflicto: Trine se había enamorado de un mozo muy rico, Lars Frederick, el cual también la amaba mucho, pero estaba dominado por sus padres.
Ellos quieren que salga a navegar antes de casarme y me consideran pobre.
El orgullo de la hija de Lindeman se rebeló, fuerte, indomable. —Ya arreglaré yo las cuentas con esos Frederick. Son ricos de verdad, pero tú tendrás tu buena dote. Oleson me lo prometió, cuando nos casamos.
Lars, un mozo débil, muy rubio, no agradó a Anne; pero amaba a su hermanita y ella a él. Eran jóvenes y tenían mucho camino de juventud que andar. ¡Dichosos de ellos! El capitán Anders llegó en esos días. El corazón de Anne se contrajo al verlo.
Parecía hinchado por la bebida, rojo como un crustáceo. Por inevitable asociación de ideas, evocó la figura cortés y gentil del caballero sueco. Pero luego la rechazó para saludar a su marido y besarlo en ambas mejillas.
Esa tarde, sentada en el brazo del sillón que él ocupaba frente a la estufa, mientras fumaba y bebía ginebra, le habló de la boda y de la dote de Trine. Era preciso mostrarse cautelosa, llena de cariño y hábilmente femenina.
Triunfó como siempre que luchaba por los demás."¿Qué se han creído esos Frederick, enriquecidos con sobras de pescado descompuesto?"
Ya verán si mi cuñada es rica o no.
Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas; besó a su esposo. Aquel corazón de oro, no admitía quizá comparaciones con el otro, el del perdido sueño imposible...
Anne misma fue a invitar a los Frederick para invitarlos a su casa. Tuvo lugar una fiesta que hizo época. Y cuando se trató de la dote de Trine, los futuros suegros quedaron sorprendidos por su magnitud.
El casamiento se celebró con mucho boato. Anne encargó su vestido a la capital, lo mismo que todo el ajuar de la hermana y de Anne Bi.
Pero cuando mediaba la fiesta, sintió de pronto un enorme cansancio. Los rostros juveniles de la novia y de su esposo resplandecían de felicidad... Algo que ella, Anne, jamás conocería.


La consoló admirar el templo enriquecido por las pinturas místicas donde Lindeman había revelado su talento más puro y que todos hallaron maravillosas.
(Que Dios me tenga en cuenta esto que hice en su servicio. Me hará mucha...)
..."falta el día del Juicio". Y Anne experimentó una extraña sensación de consuelo al pensar que por ella el padre había creado esa belleza religiosa. Había seres —pensó— destinados a procurar el bien de los demás aún a costa del suyo.
Trine y Lars Frederick eran muy felices. Por aquellos días, cuando Anne dedicada a la casa y a la educación de Anne Bi, sentíase tranquila, sobrevino una tragedia. Oleson y Lindeman, embarcados en el *Jomfru*, no regresaron.
A cargo del segundo y de algunos marineros llegó el buque desmantelado, aunque a salvo casi todas las mercancías.
El desastre se explicó sencillamente: un golpe de mar había barrido a Anders y a Oleson en plena tormenta, cuando estaban quizá demasiados ebrios de aguardiente escocés. No fue posible hallarlos.
Anne creyó morir. Jamás pudo imaginar que aquellos dos hombres, menos fuertes que ella, le hubieran sido tan indispensables. El marido, con su rudeza bondadosa, el padre con su incurable bohemia. Los lloró amargamente, hasta sentirse agotada.
Vistió de luto severo como una anciana y empezó a exigirse más trabajo. Kari la reñía a veces: "Te pones imposible, Anne. Recuerda que no tienes treinta años."
Soy viuda, una huérfana...
Quedó inmensamente rica. Y lo hizo sentir como beneficio en la isla. Su posesión recordaba Gorsgstad, el dominio de su abuela Kileman. Y ella misma a veces se mostraba dura y exigente con los labradores y los campesinos.
Pero todos la respetaban y la querían. Pese a los esfuerzos de Kari no abandonaba el luto, lo cual la hacía parecer más joven, aunque no lo advirtiese.
Kari, enamorada de un marinero, le confesó que no quería casarse por no abandonarla. Entonces Anne rió por vez primera desde hacía casi tres años.
¡Mujer, si vale, quiero que te cases! Y también recibirás tu dote.
—¿Y vivir lejos de ti? —preguntó la fiel Kari llorando. Anne respondió casi con dureza: —Es ley de la vida.
¿Acaso no vive lejos mi propia hermana Trine?
"Es tan dichosa... que apenas me recuerda. Y ya ves qué poco viene aquí."
Kari recibió, pues, su buena dote y la señora le brindó una fiesta que hizo época, aunque ella no asistió, porque no iba a ninguna parte, sino al templo y a visitar sus pobres y sus enfermos.


Anne Bi le recordaba sus quince años, con el pelo color de trigo y la risa pronta y las bromas y juegos. Era inteligente. Hablaba francés e inglés a la perfección y tocaba el arpa como un ángel.
La adusta institutriz que había contratado para su hermana, fue encargada de llevarla a las fiestas de ese año en que la niña comenzaba a actuar.
El mismo sacerdote aconsejó a Anne que aliviara su viudez. Era malsano aquel empecinamiento de soledad y duelo. La joven sonrió y por vez primera se permitió confesarse a sí misma que llevaba también luto por su juventud sacrificada.
El sacerdote trató de hacer luz en aquella alma orgullosa. Pero fue en vano.—Tarde o temprano —dijo— Dios te humillará para que aceptes el dolor como debe aceptarse: con amor y humildad. Anne respondió con los labios apretados: —Ya he sufrido bastante, padre. No creo que deba conocer otro límite.
Probó una nueva inquietud cuando pudo adivinar que Anne Bi estaba enamorada. Sin duda en aquellas fiestas y reuniones había conocido a alguien que le había robado el corazón ¿Quién sería? ¿Alguien digno de ella? Interrogó a miss Nolstrom, la institutriz, y supo que un acaudalado extranjero festejaba a la niña.
Era un caballero muy gentil, muy cortés, un verdadero aristócrata. Vendría pronto a hablar con la señora. Por orgullo, Anne se abstuvo de interrogar a su hermanita. Pero no dejó de observarla; parecía vivir en un sueño.
Cuando el galán se anunció, Anne Lindeman creyó que iba a desvanecerse. Se trataba de Olson Largerfeldt. Volvió a verlo y le pareció mentira. El le besó la mano y se expresó con pocas y sinceras palabras. Al volver a Noruega y pasar por esa ciudad creyó que estaba soñando: —Anne Bi es igual a usted en...
..."aquellos años, y yo no he renunciado a casarme con alguien que se apoderó de mi corazón como esta niña lo ha hecho". Ambos guardaron silencio; ella, con íntimo desprecio pensaba en la poca resistencia que tenían los sentimientos en el alma de los hombres. Papá lloraba por su madre, sin dejar de embriagarse.
Olson, que pronto la olvidaba y la sustituía, a ella que creyó no poder olvidarlo nunca. Su endurecido corazón le permitió recobrarse. Llamó a Anne Bi, luego de conversar con Largerfeldt a propósito de la boda: —¡Ahí está tu novio!
La chica saltó a su cuello besándola en ambas mejillas. Anne recordó a Trine, el día que consiguió que Anders la dotara con esplendidez. Bien; había hecho lo posible por la familia Lindeman y ahora... se quedaba sola. Esa noche recordó con ternura al esposo: había sido el único ser que la amara con desinterés y generosidad.
Por la mañana, muy temprano, se dirigió a la Iglesia. —Vengo a encargar una lámpara de plata que arderá a perpetuidad en memoria de mi marido, padre. Miró al sacerdote con ojos llenos de dolor.
El templo estaba solitario y pudo dejarse caer de rodillas, sollozando, aunque íntimamente fortalecida por la convicción de que su vida ligada a un ser noble y fiel no había sido en realidad un sacrificio como su orgullo se lo hiciera creer tantos años.
FIN


EL HOMBRE TIGRE
Por MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ
DIBUJOS DE FERNAND
Nuestra intitutriz Ruth O'Neill era una mujer tierna y generosa. Tocaba el piano como consumada artista. Mi hermana, Mimita y yo la queríamos mucho.
¿Por qué no nos habla de Oriente, señorita? ¡Es tan interesante lo que cuenta!
Una tarde, en pequeña reunión, miss O'Neill hablaba de Oriente.
Allí todo es misterioso. Se habla mucho de magia y otras rarezas.
Con su voz un poquito ronca solía referirse a lo que había visto en las Indias Holandesas y a lo largo de la costa china, cuando le tocara acompañar a la anciana madre de un traficante de perlas.
Hay plantas cuyo aroma concentrado en cierta forma, despierta malas pasiones en el hombre. Yo he visto a los faquires caminar sobre el fuego encendi-
do, y abrirse el vientre con una espada al rojo.
Los comerciantes de Cantón empleaban agentes de policía, detectives particulares, con el fin de prevenir robos casi siempre instigados por individuos extraños, venidos a menos moral y físicamente por el uso de las drogas.


Hay hombres llamados "nats" que viven dentro de los árboles de Burma.
Oriente es un enigma, señores. Lo conozco bien cuando estaba con los...
..."señores Amayat. El era un poderoso comerciante en perlas, con unas gotas de sangre hindú, pese a su nacionalidad holandesa. Su mujer era muy linda. Y la anciana señora Amayat, a quien yo acompañaba, parecía una figura esculpida en marfil. Tenía la mala costumbre de fumar opio. El hijo me empleó para...
...que yo la cuidase. Era una labor delicada."
Temo que mi pobre madre muera a causa de sus excesos de fumadora.
La señora era muy amable. Una noche me puso en las manos una arquita de marfil con joyas. —De ninguna manera; ésto sería un robo, señora.
Por medio de la lectura, el relato de mis viajes y sobre todo la práctica de la religión, me...
...propuse modificar su tendencia. Hice las veces de catequista formal; le hablé de las penas que la esperaban en el otro mundo.
Tenemos un alma inmortal... ¡Hay que salvarla!
Tuve suerte. La dama se fue reformando, insensiblemente. La que menos pareció celebrar esta resurrección moral fue la linda esposa de Amayat. Era muy elegante y coqueta en sus reuniones con príncipes orientales y diplomáticos.
Hubiese parecido mejor que Paula —así se llamaba la señora— se mostrase menos enjoyada y más circunspecta. No estimaba a su suegra, y ésta no le perdía paso. En cuanto al señor Antonio Amayat era un amable anfitrion.
Una noche, la anciana me dijo, mientras la ayudaba a desvestirse: "¿Sabe usted cuál es una de las ventajas de envejecer? La principal es perder la vista para juzgar superficies y afinarla para ver lo profundo."
Hoy he visto entre esa gente que llenaban los salones de mi hijo, varias monas, un orangután y algunas hienas... muy bien vestidos todos.
Tranquilicé a la señora, que quizá echaba de menos su odiosa droga.
Nunca me consolaré de que mi hijo se haya casado con Paula.
Le pedí que no juzgase mal a la joven. Y comencé a leerle algo interesante. Sus ojos hundidos se dulcificaron "Es usted muy noble, Ruth."
Creo en que el hombre es bueno. Espero que los malos cambien.



La anciana se removió en su lecho cubierto de sábanas de seda.
No hay que fiarse de mucha gente, querida.
¡Prefiero equivocarme creyendo buenos a todos!
Movió la cabeza amargamente y luego trató de explicarme por qué había comparado a las personas con los animales que citara.
Mi nuera, a pesar de sus lindos ojos claros y de su cutis de lirio, tiene a veces hocico de hiena. ¡La viera usted cómo se reía cuando yo estaba como esclavizada por el opio!
No me crea usted loca. Una vez vi a un malayo transformarse en un furioso orangután.
Confieso que aquella noche dormí poco y mal. Era indudable que mi ama no se había repuesto bien de su intoxicación. Pude llegarme al pueblo y conversé con el sacerdote quien me prometió visitar a la señora Amayat.
Cuando volví a la casa, había como siempre una reunión en el jardín. Los sirvientes javaneses, tocados con turbantes, llevaban las bandejas de plata colmadas de copas de cristal y bocadillos. Me deslicé rumbo a mi cuarto para darme una ducha y vestirme. Está mal que lo diga pero en aquel tiempo...
...era yo joven; decían que muy bien parecida y bastante coqueta. Me puse un vestido simple de seda blanca y un collar de perlas; usaba el cabello largo en trenzas anudadas en torno de la cabeza. Después de perfumarme, bajé.
No fue idea mía; los ojos claros de Paula Amayat me miraron hostiles, oscuros. El hombre que la acompañaba era tan gallardo que resultaba imposible dejar de admirar su perfil aguileño, su tez dorada, su estampa señoril.
El señor Amayat se acercó a mí, afablemente, para decirme que estaba muy contento conmigo, la madre, repuesta y serena, estaba durmiendo y no tardaría en reunírsenos un rato antes de la cena. Luego me presentó al caballero que conversaba con su mujer: El maharajá de Landore, la señorita O'Neill.
Sentí mi mano aprisionada en aquella tan fina y sensible, mientras los ojos aterciopelados parecían acariciar mi rostro. Nunca he vuelto a ver un ser parecido a aquél. Fluía simpatía, encanto, dulzura, suavidad y a la vez fuerza y energía. Se inclinó ante mí como si yo fuera una reina.
Acepté una copa de jerez y luego bailé con el príncipe de Landore. Su dominio estaba en mitad de la India y él viajaba de incógnito —me dijo— para estudiar las condiciones de su tierra y distraerse un poco.


Yo nunca había experimentado especial atracción por un hombre, pero me sentí hechizada. Ustedes perdonen esta confidencia de una mujer casi vieja.
Y el maharajá —cosa increíble— me dedicó sus atenciones casi toda la noche.
La hermosa dueña de casa bailó entre sus invitados. Era tan pequeña que a veces la perdía de vista, pero sin embargo encontré por dos veces más sus ojos clava-
dos en los míos y aquello me produjo cierto malestar.
Bailé también con don Antonio Amayat, quien me elogió mucho. —Debería usted vestirse más a menudo como esta noche, señorita Ruth. Mi mujer y yo quisiéramos que se casara bien.
Paula la quiere a usted mucho, lo mismo que mi madre.
La anciana llegaba en ese momento a la reunión y pude verla en su traje de lamé plateado, fantásticamente enjoyada como un viejo ídolo, sosteniéndose muy erguida sobre el bastoncito de ébano y puño de marfil.
Su cabello de plata resplandecía y admiré en la dama una gracia majestuosa. El señor Amayat sonrió al advertir la mirada con que yo envolvía a su madre.
Es interesante, ¿verdad? Y tenga usted por seguro que lleva las...
...“más valiosas perlas que hay en esta reunión.” Bajó la voz para decir en tono de broma: —Quiero a mi madre con todo mi alma y se las regalé antes de conocer a Paula. En toda la costa son célebres las perlas que luce la vieja señora Amayat. De ahí que a veces mi esposa tenga sus celillos...
Miré a Paula; sonreía y pude comprobar algo que antes no advirtiera: uno de sus graciosos colmillos sonresalía apenas levantando el labio de coral.
Ruth, la esperaba a usted, pero la vi en amable compañía.
Me apresuré a verificar si la señora tenía su chal de Cachemir y a llevarle un jugo de frutas Nos sentamos juntas; ella, muy erguida, quizá orgullosa del triple largo sartal de perlas exquisitas. Vi como las acariciaba.
Luego mis ojos respondieron a la mirada de terciopelo del maharajá Su alta figura resplandecía entre los invitados cuando cruzó el jardín
¿Puedo bailar con usted, miss O'Neil?
Había luna y la miré ardosamente por entre las hojas. Un suave aroma a sándalo bajaba hasta mis labios desde la solapa del frac elegantísimo del príncipe de Landore. Esa misma noche me pidió que lo llamase por su nombre: Ananda. Llegué a mi dormitorio, ebria de ensueño y de ideal.
Thamar, la vieja sirvienta de la casa fue a buscarme de parte de la anciana Amayat que ya estaba en cama, erguida, con ojos de fiebre.
Ruth, quisiera una pipa de opio.
Se disipó mi embriaguez a impulsos de la inquietud. Y respondí, firme:
No, señora. Usted me dio su palabra de no fumar nunca más.


Los ojos rodeados de pliegues inumerables se llenaron de lágrimas."¿Cree usted de verdad en las promesas, Ruth."
"Sí, señora; cuando las formulan personas que tienen conciencia y amor a Dios."
La vi conmoverse y acarició mi rostro con su mano seca, amarilla. —Está bien, joven amiga, obedeceré su consejo. Pero prepárese usted a responder al mío cuando llegue la hora. No supe que responder. Entonces, la dama puso en mis manos el cofrecillo de marfil que una vez rehusara yo. —Son mis perlas...
Haga el favor de guardarlas bien. Siento que las acechan y le confieso que tengo miedo, mucho miedo. No hay en toda la costa un collar como el mío.
Hoy me lo dijo el señor Amayat.
¿Y no agregó nada acerca de la codicia de esa holandesa que tiene sangre judía? —No, señora, no. Por favor, no hable usted así. Es malo para todos.
Bien, guarde mis perlas y reserve este secreto; es una súplica.
Otra vez dormí muy mal con tantas emociones encontradas. Me consoló ver al padre Dougall al día siguiente; llegó para conversar largamente con la señora, después que los hube presentado. Entre tanto, yo salí al jardín.
Estaba junto al estanque donde crecían unas hermosas Victorias Regias.
De parte de su alteza el marajah de Landore, para la...
..."señorita Ruth O'Neill." Me sentí desfallecer cuando el servidor puso un ramo de flores rojas y exóticas en manos de uno de los criados que salió a recibirlo. Luego, cuando me las dieron, me escondí en mi dormitorio para ponerlas en agua y soñar; soñar largamente...
El padre Dougall y la señora Amayat conversaban cuando yo entré en el dormitorio de la dama. Estaban enterados del regalo; quizá oyeron por la ventana la voz del mandadero. El sacerdote me miró serenamente.
Ruth, Oriente es extraño; confío en su espíritu religioso.
En cuanto a la vieja señora, se echó a reir extrañamente y dijo algo raro:
El hermoso Ananda se ha enamorado como un niño...., de pronto.
Se trata de una simple atención. Es fácil que el maharajá quiera...
Reprimí un súbito deseo de llorar amargamente. ¿Cómo iba a explicarse nadie que un príncipe se fijase en la pobre Ruth O'Neill?
...lecciones de inglés o de literatura. Y salí de la habitación, abatida. Desde ese día comencé a vivir mi sueño. Ananda se mostró generoso, exquistio y enamorado de mí. Pero yo, aunque deslumbrada, oponía a aquel desborde mis principios religiosos y no permitía al príncipe que me hablase de amor.


La mano experimentada de las mujeres es hábil en ese juego de detener las palabras de una confesión cuando la teme. Y yo lograba contener aquella. Ibamos en grupos a fiestas, reuniones nocturnas, paseos por el río...
Ananda bailaba conmigo y pude ver que el señor Amayat parecía complacido hasta que le dije: —La amabilidad del maharajá de Landore es excesiva conmigo. No le doy ninguna importancia. Fue entonces cuando Paula dijo algo que me asombró: —Hace usted bien. Estos hindúes son muy complicados
Recuerdo una noche que he procurado alejar de mi memoria, una noche en que Ananda y yo tomábamos fresco en la veranda sobre las flores de pesados aromas. De pronto él me tomó en sus brazos y vi la brasa de sus ojos encendidos de amor; antes de poder zafarme ya me había besado apasionadamente.
Me retiré ofendida luego de increparle su falta de delicadeza. La fortuna y la sangre no lo autorizaban para burlarse de una muchacha que se ganaba el pan con su trabajo. Quiso decirme algo, pero huí.
Esa noche no pude dormir y salí al jardín; serían las tres de la mañana y la luna era tan clara que los senderos se veían nítidos. Me pareció que alguien lloraba en la sombra, lejos, y aunque en un primer momento pensé ver...
...de qué se trataba, de pronto sentí miedo y huí perseguida por el gemir extraño. Me costó trabajo conciliar el sueño. Muy temprano, me despertó un rumor desusado: pasos, voces...
Entre todas, distinguí la del señor Amayat.
Despierten a la señorita Ruth.
Acudí prontamente, inquieta; me requerían junto a la señora anciana.
Mi pobre madre parece muy enferma, delirante... loca.
-La llama a usted sin cesar, señorita Ruth. A mí no me reconoció... El dueño de casa estaba desesperado. Antes de entrar en la habitación de la anciana, pude ver a Paula en su bata de mañana; parecía desencajada...


La señora me tendió los brazos desde el lecho, como si de pronto le hubiesen caído veinte años más. Pidió que nos dejaran solas. El señor Amayat me miró con expresión suplicante cuando cerré la puerta
—Ruth —murmuró la anciana con ojos desorbitados.
—¡Tenga usted cuidado con el tigre! Anoche estuvo en esta habitación. Pude verlo perfectamente cuando se transformaba..., allí..., en mitad del cuadrado de luna..., al pie de la ventana.
Usé de toda mi energía y afecto para tranquilizar a la señora: llegó el médico y luego de auscultarla dijo que se trataba de un delirio natural causado por los anteriores excesos. Había que dejarla reposar. Indicó inyecciones y calmantes. Desde luego, yo era la indicada para cuidar a la enferma.
A intervalos sentía sus ojos febriles clavados en mí y me resultaba necesario, tranquilizarla.
Cierre bien las ventanas y las puertas. Puede volver.
Los sirvientes indígenas, portadores de bandejas con refrescos y medicinas miraban con aire azorado cuando traían algo a la habitación. Amy, un chico de trece años me dijo con acento casi tembloroso:
—Cuídese usted del "hombre - tigre", señorita Ruth. Dicen que asaltó a la vieja señora.
En un momento de lucidez, ella me pidió que me acercase y habló casi en secreto: "Esconda usted bien mis perlas, Ruth."
Están guardadas donde me dijo, en mi habitación, señora. No tema.
La anciana sonrió con aire astuto que la transformó:
—Allí no es fácil que las busquen mis enemigos: la zorra y el tigre. Entendí que otra vez deliraba. Después de administrarle el medicamento observé que dormía.
El señor Amayat y su esposa, vestidos para ir a una fiesta en la Legación Holandesa, me llamaron discretamente desde la puerta. Parecieron tranquilizarse cuando les dije que la enferma estaba mejor.
Lamentaban tener que cumplir con ese compromiso; dejaban todo a mi cuidado. Paula me sonrió con dulzura desusada en ella, quizá agradecida a mis esfuerzos en la atención de la anciana.
El dueño de casa agregó con cierto humor: —Procure que los sirvientes no le hablen de tonterías, miss Ruth. Thamar y su hijo Lim, afortunadamente, están europeizados y no creen en el "hombre-tigre". Estarán junto a usted mientras nosotros cumplimos con quienes nos invitaron.
Mientras dormía la anciana, me bañé y me vestí, dispuesta a pasar la noche junto al lecho hasta que volviesen los dueños de casa.
La señora duerme. Parece mejor. Traeré a usted su cena aquí, señorita.
La noche era maravillosa y cuando hube comido muy ligeramente, por cierto, pedí a la sirvienta que se mantuviese levantada por si la necesitaba.
Luego, apagué la lámpara de pie y el velador de alabastro para dejar entrar la luna.


Jamás he sido miedosa y además yo necesitaba soñar con Ananda a la lumbre poética y plateada que parecía despertar los aromas profundos del jardín. Luego de asegurar las puertas y dos de las ventanas, me acodé en la más grande, absorta en la contemplación del paisaje exótico y en la nostalgia de mi amor.
Estaba segura de que mi sentimiento no pasaría de un sueño. Primero porque él no me había hablado de matrimonio, y luego porque mi sangre inglesa y razonable jamás me consentiría semejante unión, segura yo de que sería transitoria. Sin embargo, ¿quién me impedía soñar? Y suspiré con íntima pena...
Ignoro cuanto tiempo permanecí de tal modo. La luna de Oriente es subyugadora. Por dos veces me acerqué a vigilar el sueño de la enferma. Era tranquilo. Faltaban dos horas para que le administrase su medicina y el médico había recomendado dejarla dormir.
La magia del aire fragante me transmitió de pronto un mensaje: —Ven, Ruth. Me asomé con anhelo para distinguir a Ananda, pero no lo vi. Sin embargo, me llamaba..., quizá, desde bajo la tupida enredadera. Imploraba: —Tengo que hablarte, Ruth. Tengo que pedirte perdón... ¡Ven un rato, querida!
La que les cuenta este episodio ha doblado la edad de aquella que lo vivió. Yo tenía poco más de veinte años. Acudí, temblando de emoción, de angustia... Era él, bajo la fronda, vestido de etiqueta con su turbante blanco; el broche de piedras ricas brilló como otra luna en la sombra.
Me tomó de la mano delicadamente y me llevó como a una niña por el camino largo del jardín, hablándome de un amor que se medía por la eternidad de los astros y por la pureza de las flores de loto dormidas sobre el agua.
Yo no sentía temor alguno pues él me trataba con infinito respeto: su mano, su voz, hasta el moreno de su rostro, eran suave como la felpa
Ruth, ¡perdóname el arrebato de la otra noche! Lo he lamentado mucho
Le dije que lo comprendía; en realidad hablé poco, ahogada por el sentimiento y por una intensa amargura, pues ni una vez él me habló de matrimonio. Pero parecía que la cinta del tiempo se había roto y que vivíamos en lo eterno.
Sin besarme, ahora me condujo otra vez por el camino de regreso a casa. Manifesté la inquietud de haber dejado sola a la anciana.
¿No me dijiste que dormía?
Luego, al despedirnos, se inclinó sobre mis manos, besándolas y el broche de su turbante volvió a fulgir: —¿Me has perdonado, Ruth?
Sí, Alteza; y espero que ya todo se aclaró entre nosotros. Adiós.


Huí con las lágrimas en la garganta, dispuesta a no conseguir que me hablara a solas nunca más. Su romance cursi con la institutriz había terminado. Me lavé la cara antes de acercarme al lecho de la señora Amayat.
Duerme profundamente. Quizá reaccione.
Creo que me dormí en la butaca por espacio de dos horas, hasta que llegaron Thamar y el dueño de casa.
¿No ha visto usted a mi esposa, señorita Ruth? Regresó con dolor de cabeza de la...
..."fiesta antes que yo; creí que le habría pedido a usted que la acompañara. No la encuentro en la casa." Salté de mi asiento para unirme a los que estaban dispuestos a buscar a Paula. Había regresado en automóvil. Deduje, prontamente.
Quizá se ha sentido mal y salió a tomar el aire puro.
—Tiene usted razón; vamos a buscarla— respondió Amayat. Amanecía, cuando la encontramos tendida sobre la hierba con signos visibles de haber sido agredida por la zarpa de una fiera.
—¡Muerta; está muerta! —gritó el esposo con un dolor que nos traspasó a todos. La tragedia comenzó en la casa de Amayat al rayar el alba y continuó, terrible, cuando Thamar, demudada, vino a decirnos que su ama estaba muerta.
Fui a llevar el desayuno a la anciana señora y... no despierta.
El doctor habló gravemente: —La enferma ha tomado una dosis excesiva de opio. Sentí la mirada profesional, acusadora, sobre mí.
¡Debe haber un error! ¡No es posible!
La gente llenaba el palacio de Amayat. Me pareció que todos sospechaban de mí, que se me evitaba como a una leprosa. Un dolor intolerable, mezcla de remordimiento y de espanto me dominó, entonces.
Mientras llegaban los médicos y los empleados policiales, no dejaba yo de torturarme. ¿Cuándo había muerto la madre de Amayat? ¿Cuando yo oía las palabras de amor de Ananda en el jardín? ¿Fue su muerte natural?
Amy, el chico, fue de todos el único ser que pareció comprender mi desgracia. Decidí rogarle que llevase unas líneas mías al maharajá de Landore.
Por favor, Amy, dile que necesito su presencia y su consejo.
El señor Amayat estaba invisible; advertí que la servidumbre, incluso Thamar, me rehuía. ¿Creerían que yo era la asesina de la anciana señora? ¿Yo? Pero..., ¿por qué? Y de súbito recordé las perlas que ella me diera a guardar, las "más ricas y codiciadas de la costa". ¿Cómo, cómo, justificar ahora el hecho de...
... que se encontrasen en mi poder? La policía aún no había registrado mis habitaciones. Además, yo las había puesto en un pequeño hueco disimulado en el muro detrás de una tapiz, lugar indicado por la anciana.


Thamar, a quien pregunté por el dueño de casa, me contestó que estaba casi loco de dolor y no recibiría a nadie. Me vi rodeada de gente oscura, extraña, hostil, con aquel tesoro que me condenaba sin remedio. Era una evidencia más, candente a medida que pasaban las horas...
La mirada aguda y luciente de Lim el hijo de Thamar, que ahora ayudaba a disponer las habitaciones fúnebres, con pie sigiloso, la irritable manera que me evitaba su madre, me hicieron concebir la rápida sopecha:
Ese nativo asesinó a Paula para robarla y quizá a la anciana señora para desvirtuar sopechas y distraer pesquisas. ¡Yo estaba perdida!
Amy vino con la respuesta: —Su Alteza el príncipe Ananda no podría venir aquel día... Los ojos suaves del niño me miraron con la única solidaridad humana que había visto en un ser desde horas antes. Pareció conmoverse al verme llorar y puso su mano oscura sobre la mía, como para consolarme.
Entonces me atreví audazmente a confiarle: —Vuela ver a su Alteza y dile que se trata de un tesoro que sólo puedo poner en sus manos. Luego miré al chico, siempre llorando: —En nombre de tu madre, Amy, no repitas a nadie lo que te he dicho. ¿Me lo prometes?
Me miró conmovido, al responder: —Madre está en la luz; por ella, Amy hará ese favor a la joven extranjera. Y partió corriendo. Me encerré en mi habitación.
Nadie vino a traerme ni un vaso de agua. Cuando salí a procurármelo, vi deslizarse la sombra alta y delgada del hijo de Thamar.
(Quizá busca matarme también ¡Dios mío, protégeme!)
Mientras la casa estuviese colmada de gente que entraba y salía con motivo del duelo, quizá estaba yo a salvo, pero después... Huir, era condenarme.
(Si Ananda no viene, procuraré entregar a la policía el collar, aunque me condenen.)
"No tardará en hacerse justicia. Tengo mi conciencia tranquila". Amy llegó con otra expresión más alegre: —Su Alteza vendrá a verla esta noche.
Gracias, Amy, gracias... ¡No sabes cuánto te agradezco lo que haces por mí!
Su rostro expresó algo indefinible. Luego, inclinándose, me dijo: —Amy desea suerte a la señorita extranjera. Y se fue. Hice unas unas cuantas visitas a la sala mortuoria, llena de gente de la colonia holandesa y de nativos.
Pude pasar inadvertida, procuraba descubrir la alta silueta de Ananda. No llegaba. Volví a mi habitación. Era una noche semejante a la anterior, cuando asomándome a la ventana lamenté mi suerte extraña, adversa.
(Nunca debí dejar mi país.)



En eso oí la voz de Ananda, llamándome y la alegría inundó mi corazón. Me asomé para nombrarlo en voz baja: —Estoy en mi cuarto, venga usted, se trata de algo muy grave e importante. Pareció deslizarse hasta quedar como una sombra entre la luna y yo frente a la ventana.
Le hablé casi al oído, sintiendo el anhelo desesperado e imposible de apoyar su cabeza en su pecho y de llorar:
—La señora fue envenenada mientras yo hablaba con usted anoche; todos sospechan de mí... ignoro por qué..
—Pero hay algo terrible, escuche: ella me había confiado su collar de perlas, la codicia de toda la gente de la costa, el orgullo de su hijo el traficante poderoso. Ella confiaba en mí, pero... tengo miedo. Sólo poniéndolo en sus manos, el señor Amayat creerá esta historia cuando usted se lo devuelva.
Las manos de Ananda encerraron las mías y sentí en la sien su hálito de fuego, mientras susurraba: —"¡Oh, gacela, pobrecita, entiendo lo que sufres!"... Con un movimiento esbeltísimo, como de bailarín insigne, saltó el rastel y lo tuve frente a mí, iluminado por la luna. El amor hizo desfallecer mi corazón.
—Voy a darle esa joya —murmuré, para huir a su hechizo, pues me angustiaba el temor de responder a sus besos y a su abrazo, si intentaba acariciarme. Levanté el tapiz y saqué el riquísimo estuche. Lo puse en sus manos.
Cosa extraña... En ese instante, bajo la luna clara como el día, vi aguzarse el perfil de Ananda y hacerse más finos y curvos los dedos con que tomó el estuche. Abriéndolo, hizo oscilar suavemente la sarta maravillosa.
Luego desapareció aquella luz nacarada en su bolsillo y los ojos como aristas de fuego se clavaron en mí. Retrocedí con miedo a su pasión.
Sonrió descubriendo sus dientes de nácar en el rostro oscuro.
—Descuide, gacela.
—¡Y ahora, márchese usted, por favor!
¡Adios, príncipe! Entregue usted la joya, si es posible, esta misma noche al señor Amayat. ¡Explíquele...!
¡Con qué ligereza traspuso la ventana, luego de besar mis manos! Seguí con la vista su figura inconfundible. Entonces, de pronto, alguien saltó desde la oscuridad sobre Ananda. Oí una especie de rugido, y grité, fuera de mí:
¡Ananda, vuélvase! ¡El hombre tigre!
Medio loca encendí las luces. Abrí las puertas, las ventanas, gritando. Allí abajo los dos hombres rodaban en su lucha. Yo estaba cierta de que el agresor era el hijo de Thamar. Pude verlo, erguirse, con el puñal en la mano, mientras la otra figura yacía a sus pies. Gritando, me desmayé...

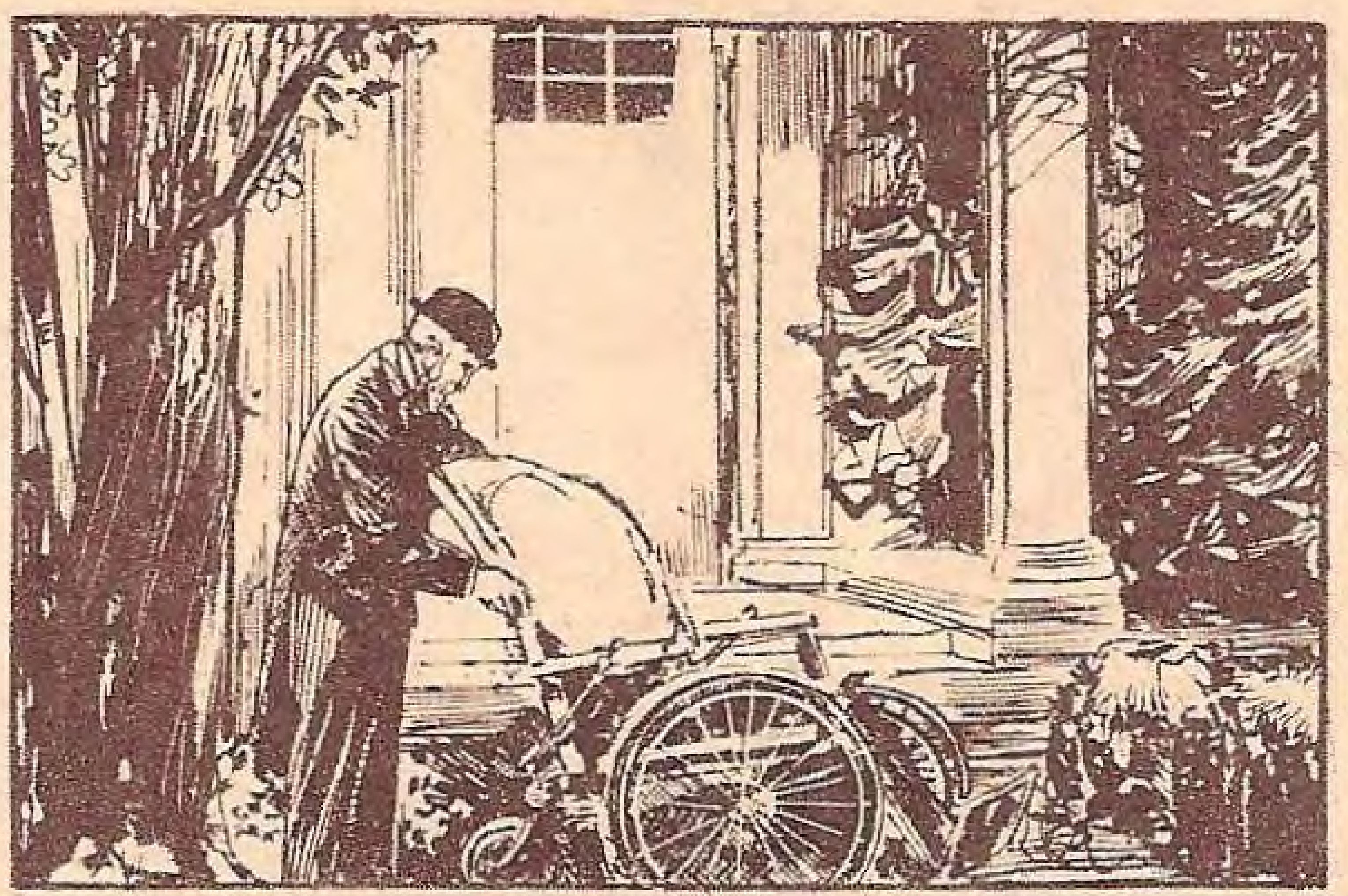

Todo resultó difícil para mí. La fiebre que sobrevino, la debilidad en que me sumí luego, la sicosis del señor Amayat. En aquella circunstancia, mi apoyo fue el padre Dougall que vino a buscarme.
Se alojará usted en el convento de las Misioneras de María hasta que todo se aclare.
Quise preguntarle muchas cosas, pero se puso un índice expresivo en la boca. Y yo volví a caer en la fiebre y en la insconsciencia.
Mis pesadillas estaban colmadas de asesinos, collares de perlas, mujeres muertas que caminaban por un jardín sin límites. Fue una época aciaga. Cuando convalescía francamente, el padre Dougall vino a visitarme con el señor Amayat que parecía un anciano. Y ellos me contaron todo: –Nunca hubo tal...
..."maharajá de Landore; se trataba de un hábil impostor, asesino y ladrón internacional. Vino a radicarse temporariamente cerca del comerciante de perlas más famoso del Oriente. Persiguió con su galantería a la señora Amayat, que sin embargo, no autorizó sus esperanzas nunca." Ella era coqueta por...
..."naturaleza —explicó su esposo— pero irreprochable. Aquel infame procuraba seducirla para lograr el famoso collar, ignorando que pertenecía a mi madre. Cuando lo supo, buscó otros medios. La noche que envenenó a la señora Amayat, Paula lo halló al saltar de la ventana. Era el instante en que yo había ido a bañarme y a cambiarme de vestido. Entonces asesinó a la dama...
Luego procuró distraerme con su fingido amor para que atribuyesen a mi descuido la muerte de la señora que habría ingerido opio en cantidad excesiva de acuerdo con su hábito.
Le resultó magnífico saber que usted guardaba el collar.
Pero lo vigilaban estrictamente. El hijo de Thamar es policía de Burma. El recelo que la rodeaba a usted era provocado por la desconfianza, ya que el bandido parecía estar enamorado de la institutriz de los Amayat.
Ignoro cómo pude escuchar todo aquello sin emoción ninguna. ¿Es que el daño físico había atrofiado en mí todo lo relativo al sentimiento? ¿O es que en lo más profundo de mi alma *yo sabía* que Ananda era un ser malvado?


¡Pobre Paula, a quien juzgara mal! ¡Pensar que quizá agonizara mientras yo oía las palabras de amor de un asesino! ¡Pobre anciana señora Amayat, que incoscientemente tomó su pócima trágica de manos de aquél infame!
Cuando estuve sana y dispuesta a regresar a Inglaterra, el señor Amayat me hizo un regalo espléndido: un valioso collar de perlas y un cheque por dos mil libras esterlinas. Sin embargo, recuerdo con mayor emoción a Amy, el buen chiquillo, cuando vino a despedirme con un ramito sencillo.
Tuve que oirlo, estupefacta: —Yo sabía que Ananda era el "hombre-tigre." Aquella noche de luna oí cómo gruñía, mirando las ventanas de la señora Paula. Por eso avisé a Lim, el hijo de Thamar y él lo vigilaba...
"Cuando lucharon vi que se convertía en un tigre: los ojos enrojecidos, el hocico, las garras, el rugido. Era un "hombre-tigre." Hay muchos". De pronto recordé la sensación que tuve cuando Ananda recibió el estuche con las perlas.
Tienes razón, ese asesino era un "hombre-tigre." sin duda alguna.
FIN


VIAJE FANTASTICO EN UN SUPER-SUBMARINO NUCLEAR!
20 th CENTURY-FOX
la producción de
IRWIN ALLEN
LA MAS SORPRENDENTE AVENTURA DE LA ERA ATOMICA... EN LA TIERRA... EN EL ESPACIO... Y EN EL FONDO DEL MAR!
"VIAJE AL FONDO DEL MAR"
(VOYAGE TO THE BOTTOM OF THE SEA)
20 CENTURY-FOX
Inconv. Menores 14 años
FRANKIE AVALON
cantando:
"VIAJE AL FONDO DEL MAR"
CON
WALTER PIDGEON · JOAN FONTAINE · BARBARA EDEN · PETER LORRE
ROBERT STERLING · MICHAEL ANSARA y FRANKIE AVALON
PRODUCIDA Y DIRIGIDA POR
IRWIN ALLEN
GUION DE
IRWIN ALLEN y CHARLES BENNETT
CINEMASCOPE

Alejandro

Por GUY DE MAUPASSANT



Igual que todos los días, a las dieciséis, llevó Alejandro frente a la puerta del matrimonio Maramballe el carrito de tres ruedas en el que, por prescripción del médico, paseaba hasta las dieciocho a su anciana e imposibilitada señora.



Después de colocar el vehículo al pie de la escalerilla, el criado entró en la casa. Pronto se oyó en el interior una voz furiosa que profería juramentos: era la voz del amo, el capitán de infantería retirado José Maramballe. A los juramentos siguieron portazos y ruido de sillas derribadas.

Poco después apareció Alejandro en la puerta de calle,sosteniendo a la señora de Maramballe, que había quedado extenuada por el esfuerzo de bajar las escaleras. Instalada en el cochecito, el criado se colocó a sus espaldas y comenzó a empujar el vehículo hacia la costa del río.



Diariamente cruzaban de ese modo la pequeña población, en medio de los saludos respetuosos de la gente, saludos que acaso estuviesen dirigidos al criado tanto como a su señora, porque si ésta era querida y respetada por todos, consideraban a Alejandro, aquel viejo veterano de barba blanca, como a un modelo de servidores.



El sol caía brutalmente sobre la calle. Cuando llegaron a la avenida de los tilos, la señora de Maramballe, que habíase dormido al amparo de su sombrilla, despertó y dijo con voz amable:



El río Navette corría ahora próximo a ellos, desgranando a lo largo de aquel paseo una dulce canción de agua y un frescor de aire húmedo. Después de respirar largamente, saboreando el encanto del lugar, la señora comentó:



Alejandro llevaba treinta y cinco años al servicio de aquel matrimonio, primero en calidad de ordenanza del oficial y después como simple criado que no quiere apartarse de sus amos; desde hacía seis empujaba la silla de la señora. De aquellos largos años de servicio abnegado había nacido entre la señora anciana y el viejo servidor una especie de familiaridad, afectuosa por parte de ella, respetuosa por parte de Alejandro.



Alejandro completó el pensamiento de su ama: —La señora podría decir que se levanta de malas todos los días, cosa que le ocurría desde mucho antes de haber pedido la baja en el ejército.



El criado, con gran respeto, explicó que la culpa la tenía él, pues sus jefes no lo habían considerado por haberse mostrado siempre duro con ellos.



La señora reflexionaba. De pronto dijo: —Detengámonos un instante, mi pobre Alejandro, y descanse usted en su banco. Era un banquito de madera situado en un recodo del camino, donde se paraban diariamente. La señora Maramballe prosiguió:




—Así es —continuó ella—. Lo he pensado con frecuencia. Cuando yo me casé con él, era usted ordenanza y no tenía más remedio que soportarlo. Pero ¿cómo es que se quedó con nosotros, que le pagamos tan poco y lo tratamos tan mal? Hubiera podido establecerse, casarse, tener hijos, crear una familia.
El caso mío es distinto, señora.
Y calló, pero tiraba de su blanca barba como si tirase de una campana que resonara en su pecho y él quisiese arrancar, y al mismo tiempo miraba a todas partes, igual que un hombre que se ve en un aprieto.
Usted no es un campesino. Tiene cierta instrucción.
Y ¿por qué se quedó a nuestro lado y echó a perder su porvenir?
Ya lo ve, señora... La culpa es de mi manera de ser... Cuando le tomo afecto a una persona...
¿Pretenderá, acaso, hacerme creer que las maneras de Maramballe han hecho que le tome afecto para toda la vida?
Alejandro se movía nervioso. Al fin farfulló: —No es a él... ¡Es a usted! La anciana se revolvió dentro del cochecito. Contempló a su criado con sorpresa y preguntó:
¿A mí? ¿Cómo es eso, Alejandro?
Este miró primero a lo alto, después a los lados, luego a lo lejos. Por último, con la bravura de un veterano al que se manda ir a la línea de fuego, manifestó: —La primera vez que le llevé a la señora, cuando era soltera, una carta de mi teniente, y la señora me sonrió, quedó decidida mi suerte.
Veamos. Explíquese mejor.
Entonces, Alejandro, con el temor del miserable que confiesa un crimen, dejó escapar estas palabras:
Me enamoré de la señora. Eso ocurrió.
Ella no le contestó. Dejó de mirarlo, bajó la cabeza y se puso a reflexionar. Era una mujer buena, llena de rectitud, dulzura, raciocinio y sensibilidad. Midió en un segundo la inmensa abnegación de aquel pobre ser que había renunciado a todo por vivir junto a ella, sin abrir jamás la boca. Y sintió ganas de llorar. Después, adoptando una expresión algo seria, pero amable, dijo:
Regresemos.
Alejandro se levantó; colocóse tras la silla y empezó a empujar. Cuando se acercaban a la casa distinguieron al capitán Maramballe, que se dirigía hacia ellos. Así que se puso a la par, preguntó a su mujer:
¿Qué tenemos para comer?
Un pollito con fréjoles.
¡Todos los días lo mismo! ¡Todos!
Pero, querido, ya sabes que eso es lo que te ordenó el médico.
Entonces el capitán se plantó ante el criado, furioso. —¡La culpa de que me haya estropeado el estómago —vociferó— la tiene este animal!
¡Lleva treinta y cinco años envenenándome con sus guisos!
Alejandro bajó la cabeza, y, mientras se colocaba a un costado del cochecillo, su tímida mirada buscó la de la señora, donde encontró la comprensión que necesitaba.
FIN

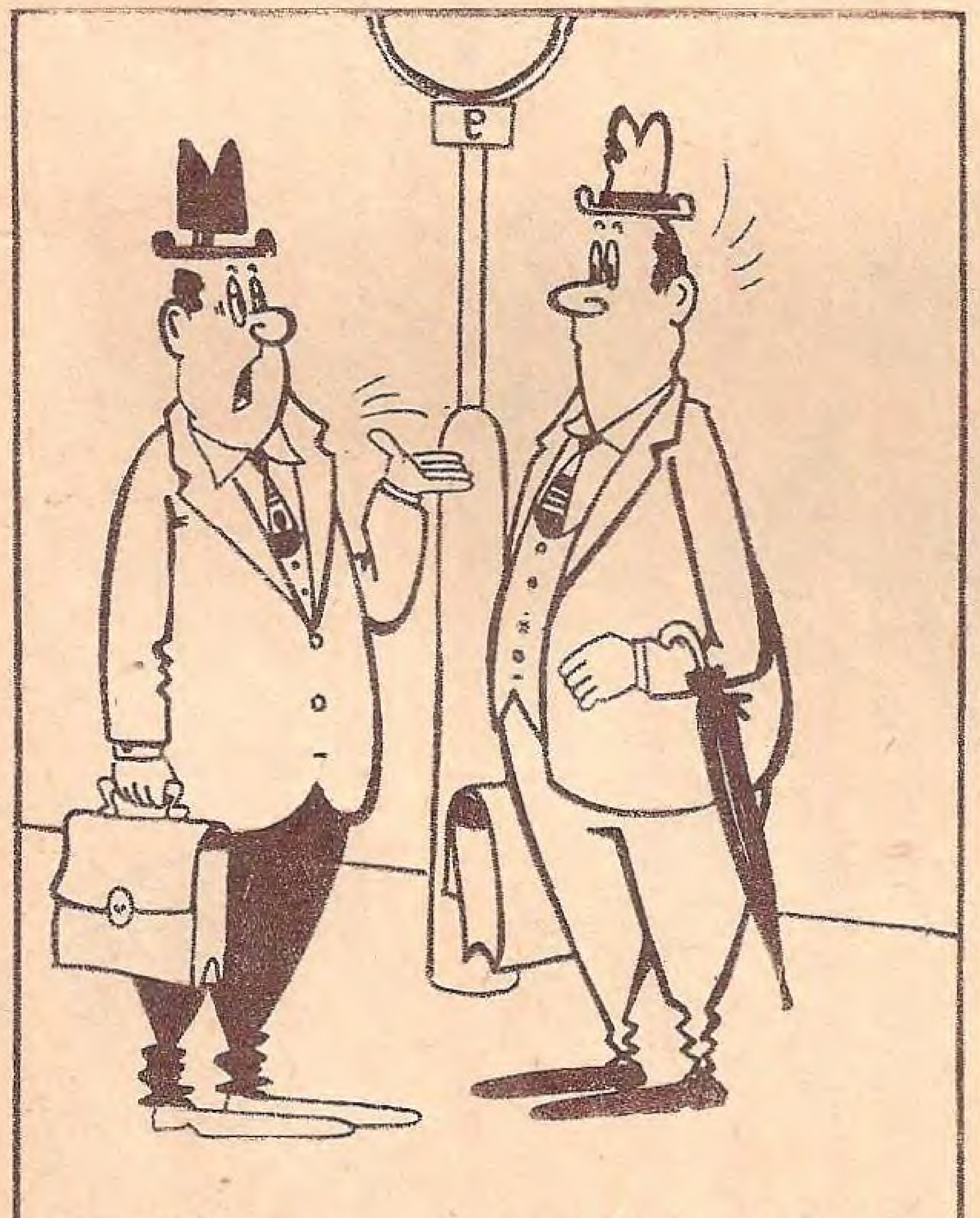
RINCON ALEGRE



—Así es, todos tenemos nuestros pequeños defectos. Por ejemplo, yo tengo muy poca vista.



—Te ruego que dejes de gritar, Armando; estás llamando mucho la atención.



—Mi jefe es muy justo; si llego tarde me reduce el sueldo, y si llego temprano lo carga a mi cuenta.

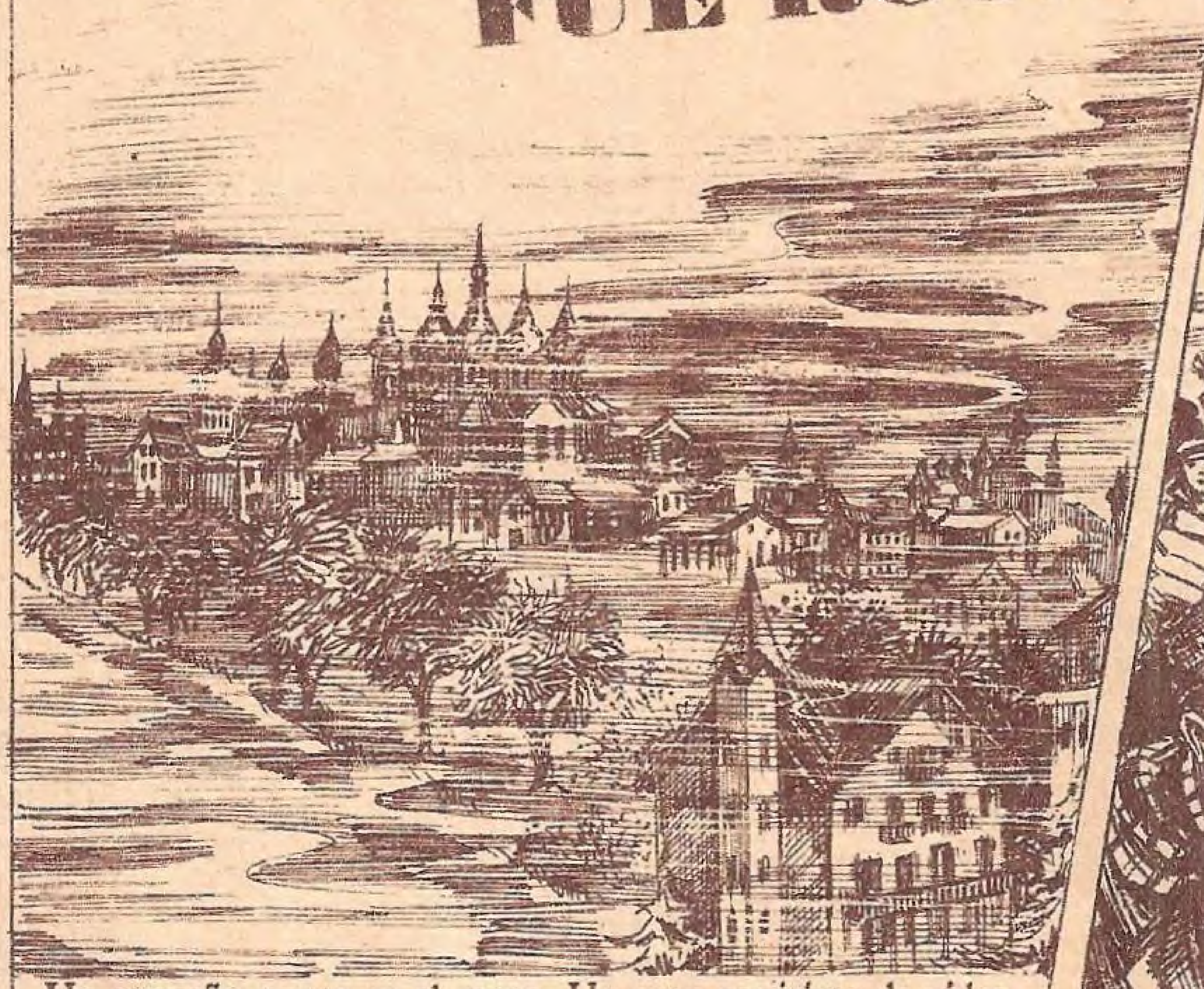


—Ya sé que le regalamos el disfraz de piel roja para Navidad, pero, ¿me puedes decir de donde sacó ese cuero cabelludo?

LA NIEVE TAMBIÉN FUE ROJA

por INA DHAL

DIBUJOS DE DAVID COOPER



Un pequeño punto en el mapa. Un gran conjunto de vidas enlazadas por una palabra, símbolo de tragedia: *REVOLUCION*. Eso era en 1922 Petrogrado, ciudad envuelta en bruma roja, sometida a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El hombre se había vuelto contra el hombre. Un día creyó descubrir que la burguesía era una enfermedad que encerraba todos los gérmenes malignos y quiso exterminarla. La hoz y el martillo fue su símbolo, el rojo su color, y así la sangre pudo derramarse sin medida.





El proletariado hizo nacer un nuevo Petrogado. Pero el material humano no se pudo renovar completamente y si bien se aniquilaron las últimas fuerzas del Ejército Blanco, en muchas miradas enfermas de dolor, seguía brillando una luz de esperanza, que les ayudaba a soportar su dura existencia.



Entre esa muchedumbre anónima estaban incluidos los Ivanovitch, que trataban de permanecer ignorados y subsistir. El triunfo de la Revolución había implantado el terror, el hambre, la miseria. Boris Ivanovitch, dueño antes de importantes fábricas, vendía jabón por por las calles o cualquier otra clase de mercancía.

Vendía poco. Cada día era más difícil conseguirlo. Sólo de tarde en tarde, alguien se apercibía de su presencia y se iniciaba un horrible regateo al que le era sumamente difícil acostumbrarse. Tenía, pues, muchas horas para pensar y ese era su mayor tormento.



Pensaba en Katia Petrovna su esposa. Pertenecía a una raza tenida por indigna: la nobleza. Había sido bella y admirada en los salones, una mujer encantadora y Boris sentía dolor por su presente, viendo su cuerpo enflaquecido, sus manos agrietadas por el agua fría, su cabello gris y sus ojos suplicantes.




Pensaba en Sergio, su hijo, arrancado del lugar al que pertenecía, desposeído de cuanto tuviera. Pero Sergio era inteligente y ambicioso. Cursaba estudios de ingeniero en el Instituto de Tecnología y a sus 23 años tenía toda una vida por delante. Estaba seguro de que sacaría provecho de ello.
Y pensaba mucho en Ana Petrovna, su hija, estudiante de química, que a los 20 años, no sabía sonreír. ¿Qué escondía en su mente? ¿Qué llevaba en su mente? ¿Qué llevaba en su corazón? Sus ojos serenos y su rostro impasible eran una infranqueable barrera. Le asustaba lo que pudiera reservarle el porvenir...
...por sus reacciones insospechadas, ya que él sabía cuanto fuego ardía en su interior. La recordaba en Crimea, lugar donde se habían refugiado durante los primeros años de lucha. Entonces Ana demostraba entusiasmo, vitalidad, fe...
Boris amaba a su familia y sufría por no poder hacer por ella otra cosa que permanecer en la calle, pasivo ante el frío y la indiferencia. Aquél día, regresó antes de lo habitual.
¿Mucho trabajo, Katia? ¿Puedo ayudarte en algo?
–Gracias, Boris. Ya tengo preparada la comida. Como de costumbre, tuve que hacer sopa de mijo y cebollas fritas con aceite de linaza.
No sufras por ello, querida. ¿Consiguió pan Sergio?
–Sólo el que le dan con su cartilla de estudiante. Pero Ana se olvidó. Come tan poco, que nunca piensa en las cosas que puede traer. Es muy distraída además.
Su indiferencia puede ser motivada por sus preocupaciones.
No puede tener tantas, Boris.
Lleva también el peso de las nuestras. Pero me inquieta que no cuide su salud. La vi pasar a pie al Instituto, sin usar el pasaje gratuito, y su rostro evidenciaba cansancio.
Un cansancio abrumador era en efecto lo que sentía Ana en aquel instante, al descender las escaleras del Instituto, mientras apretaba los libros contra su pecho, con ansias de calor.
No escuchaba las interpelaciones de sus compañeros ni los comentarios que se hacían acerca de las conferencias a las que habían sido obligados a asistir y se estremeció al sentir la presión de una mano en su brazo.
¡Ana!...
Me asustaste, Irina.
–Discúlpame, necesitaba hablarte. Debes saber por Sergio lo ocurrido..., pero quiero decirte que aunque él y yo no seamos novios, quiero conservar tu amistad. Te aprecio mucho.
Sergio habla poco de sus cosas. Por supuesto, nos dijo algo y no puedo comprender cómo ha llegado a eso.
Posiblemente no he sabido retenerlo. No puedo culparlo porque haya dejado de quererme.
¿No puedes luchar, Irina?
¿Crees qué servirá de algo?


No, de nada serviría, porque Sergio era duro y firme... Ana se despidió de Irina con tristeza. Cuando llegó a la casa, comenzaban a cenar y participar de esa cena silenciosa. Más tarde, su hermano anunció que esperaba una visita.
¿Un compañero de estudios?
-No. Es ingeniero ya y profesor de una materia que estoy cursando. Le admiro mucho y estoy seguro de que su amistad puede favorecerme. Temía que no aceptara mi invitación, pero su respuesta fue espontánea.
-Si posee ese cargo debe de ser un miembro importante del partido.
Lo es. Importantísimo.
Nadie tuvo tiempo de hacer un comentario. Nicolai Tieff había entrado en la habitación, encontrando la puerta abierta, pero sintió sobre él la mirada helada de Boris, de Katia, de Ana.
Era un ruso rojo. Un miembro de la Nueva Rusia. Boris sintió al verlo allí la sensación de que su hijo le había abofeteado. Correcto y severo, hizo una inclinación y se retiró al dormitorio, siguiéndole Katia asustada y llorosa. Ana, indiferente, tras un saludo glacial, tomó un libro de estudio.
Sergio, violento, trataba de destruir el mal efecto.
Voy a servirte algo caliente.
No te molestes, camarada. Quizá fui inoportuno...
-¡De ninguna manera! Ocurre que mi padre es viejo y a estas horas está cansado. Espero puedas disculparlo.
Por supuesto. ¿Prepara un exámen tu hermana?
No, camarada Tieff. Pero en estos momentos no tengo nada más interesante que hacer, aparte de estudiar.
Admirable. El estudio contribuirá al engrandecimiento de la Nueva Rusia.
-Lamento defraudarle. Estudio para engrandecer mis propios conocimientos, y en nada tiene que ver mi individualidad con la Nueva Rusia.
-Demuestran su valentía y ésta, puesta al servicio de la "Causa" puede dar magníficos frutos.
¡Ana! Espero que el camarada Tieff no interprete mal tus palabras.
La velada resultó un fracaso, pese a los esfuerzos de Sergio. Una vez que se hubo retirado Nicolai, increpó a su hermana.
-Sigue hablando así y verás dónde terminas. Lo tuyo no es valentía, sino estupidez.



Días más tarde, Ana tuvo que asistir a una conferencia del Partido y regresaba a su casa tarde. Hacía frío y una bruma helada la envolvía. De pronto, una voz metálica resonó detrás de ella.
Buenas noches, camarada Ana.
Buenas noches, camarada Tieff. ¿No le da miedo que lo vean junto a una rusa blanca?
Hay desafío en sus palabras. Y yo no soy su enemigo. Deseaba verla, simplemente.
¿Pueden ser sus deseos antepuestos a su deber?
Nunca. Pero ahora no me veda verla ni me obliga a olvidar que soy hombre.
—¿Existe el individuo? Tenía entendido que se lo había anulado ya. Que la "Causa" sólo se preocupaba de muchos y el ser solitario sufriera hambre, dolor, miedo o simplemente amara, no tenía valor más que para su exterminio...
Bruscamente, Nicolai puso sus manos en los frágiles hombros de Ana, con una fuerza que dolía.
¡Cuidado, Ana! Sus palabras son peligrosas. Si alguien de la G. P. U. * la oyera...
* G. P. U., Policía Secreta.
Gracias por su aviso, camarada Tieff. Pero quizá no tema expresar mis ideas.
En ese caso lamentará lo que pueda ocurrirle. Sin que ello reporte beneficio a nadie. Como usted bien dice, un individuo, por sí solo, vale poco ante la causa.
Siguieron caminando en silencio. La niebla era cada vez más espesa e intenso el frío. De pronto, Nicolai se detuvo.
Quisiera llevarla a una pequeña fiesta, Ana.
¿Pese a todo?
Pese a todo. Hay un abismo entre su mente y la mía, lo sé, pero un sentimiento de amistad puede tender un puente sobre ese abismo, para que uno de nosotros pueda cruzarlo.
Me imagino que usted espera que sea yo quien cruce ese puente.


Nada prometió esa noche Ana, pero cuando días más tarde fue a buscarla Nicolai, a la puerta de su casa, a la hora convenida, la encontró esperando.
A la misma hora, un hombre aguardaba en otra calle. Su rostro pálido se destacaba en la sombra. Irina Volochim, al verle, se detuvo.
Hola, Iván. Hoy no ha venido Ana al Instituto.
Te acompaño hasta su casa. Podrías subir y preguntar si se encuentra bien.
Lo siento, Iván. Hace unas semanas que Sergio dejó de ser mi novio y sería violento para mí.
Eso demuestra que aún lo quieres. Me extraña, Irina. Ahora el amor no existe. Es algo en lo cual no cree la Nueva Rusia.
Nosotros creemos en el amor, Iván. Y estamos involucrados en la Nueva Rusia.
¿Por cuánto tiempo, Irina?
Sí, ¿por cuánto tiempo? Era una pregunta inquietante. Y más teniendo en cuenta que Iván Galanov, descendiente de una de las mejores familias, era el único que había escapado hasta ese momento a la *depuración*.
Ana había dado vuelta un viejo vestido verde y tenía la sensación de llevar algo nuevo. No obstante, cuando vio ante ella a la camarada Sonia Biedney, en cuya casa se celebraba la fiesta, se sintió humillada. Sonia lucía un modelo extranjero y llevaba auténtico perfume francés...
He venido a tu fiesta acompañado para que no te preocupes de buscarme pareja. La camarada Ana Ivanovitch, es una estudiante también.
La preocupación es contener a tantas que quieren ser tu pareja, Nicolai. Pero me alegra que hayas traído a la camarada Ana. Deseaba conocerla.
¿Te han hablado de mí?
Muchas veces. Pero no pienso despejar ahora la incógnita. Espero que les resulte divertida la fiesta. Discúlpenme.
El salón al que Nicolai la introdujo, era grande y estaba lleno de chicas y muchachos. Los muebles eran variados, productos de distintas requisas, y en la chimenea ardían varios troncos. Ana pensó que es su casa debían contentarse con el calor del Primus muchas noches.
No hubo presentaciones. Cada uno seguía su impulso de bailar, distraerse, conversar amigablemente o discutir. Ana bailó un rato con Nicolai, observando complacida que sus pasos se ajustaban. Después, ambos se acercaron a Sonia, que hablaba animadamente a un grupo de muchachos.


Tenemos que demostrar el error de las antiguas ideas imponiendo las nuestras. Creo que todos estarán de acuerdo conmigo, camaradas.
Por supuesto. Pero en base al razonamiento.
—Prefiero la fuerza, camarada Nicolai. La fuerza domina muchedumbres. Los razonamientos son para una minoría. Y creo que repito palabras tuyas...
Tienes buena memoria. Pero no olvides que en esa minoría puede haber algo que nos impulse a atraerla.
Por supuesto. Y en tal caso, es mejor la persuasión que la imposición... He aquí la causa de que la camarada Ivanovitch te acompañe esta noche. Ya su hermano pertenece de lleno al partido, espero que tengas igual éxito con ella. Sergio no me resultó muy difícil...
Perdón, camarada Sonia. ¿Puedo saber qué método has empleado con mi hermano?
Por supuesto que no, querida. Llámale persuasión. Pero el camarada Nicolai puede instruirte.
Una risa general hizo enrojecer a Ana. Nicolai, muy pálido, puso una mano en su hombro, como protegiéndola.
Tus bromas son muy sutiles, camarada Sonia.
—Y evidentemente, escapan a mi percepción.
—Espero que mis hechos sean más comprensibles. Y uno de ellos te concierne, Ana Ivanovitch, porque pronto voy a casarme con tu hermano. Dentro de unos minutos podrá confirmártelo él mismo.
Lamento no esperarle, pero me siento oprimida en este ambiente y voy a retirarme.
Cuantos habían escuchado, siguieron con la mirada a Ana y Nicolai, mientras cruzaban el salón. Pero el dolor de ella era demasiado profundo para darse cuenta. Había perdido a su hermano. Pensó en sus padres y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.
El frío de la calle le hizo bien. Nicolai, dulcemente, se inclinó hacia ella.
Lamento lo ocurrido, Ana. Ignoraba que entre Sonia y Sergio hubiera un compromiso. De haberlo sabido...
Lo creo.
Permítame insistir, no obstante, en que cuide sus palabras. Es por su propio bien, Ana.
No se preocupe por mí, camarada Tieff. Y gracias por haberme acompañado, pese que al hacerlo, se ha comprometido. Creo conveniente que no nos veamos más.
Espero decidir yo sobre esta cuestión.
Esa noche Ana pasó muchas horas despierta. Pensaba en su hermano, del que tanto esperaba su padre; en Sonia, exponente femenino de la Rusia Roja; en su novio, el único hombre que había amado y amaba y del que se separara tres años atrás.


Alexander, su novio, había quedado en Crimea. Al despedirse, habían experimentado ambos el dolor de una separación que podía ser definitiva. Y la vieja herida, al abrirse, hacía sangrar su corazón.
Ana decidió no decir nada a sus padres en lo referente a Sergio. Tampoco quiso hablar de ello con su hermano, pero Iván Galanov fue su confidente, prestándole el consuelo de su comprensión.
Debes aceptar los hechos, Ana. Ocurre en numerosas familias.
Trata de no hacer preguntas.
La pasividad nos va hundiendo, Iván. Cada vez somos menos.
Simples hojas arrancadas a un árbol cuyas raíces cortaron... Hojas secas que crujen bajo las botas de una muchedumbre que las convierte en polvo.
Es demasiado cruel. Algo podrá hacerse...
¿Te das cuenta, Ana? *Nada.* Y es ahora cuando esta sola palabra adquiere un significado tan terrible.
Hacía frío en la plaza, único lugar donde podían hablar y se hacía tarde. Emprendieron silenciosos el camino hacia el Instituto. Iván, que había sido ya detenido un par de veces, asistía con irregularidad a las clases, sólo para justificar su vida y la posesión de su cartilla de racionamiento.
Cerca de la puerta, en la que había grupos de estudiantes...
¿Entras hoy?
No. Te esperaré. Creo que si no pudiera hablar contigo, no tendría el mínimo interés en continuar viviendo.
Antes de entrar en el Instituto; Ana se dio cuenta de que Sonia Biedney los había estado observando. Posiblemente sacaría de su amistad con Iván, algunas sabrosas conclusiones, pero le era indiferente.
A muchos centenares de kilómetros de Petrogado, hombres y mujeres se afanaban por conseguir un lugar en los escasos trenes que circulaban. A veces era preciso esperar semanas enteras en las estaciones, durmiendo sobre bancos o mantas, en las calles sucias, malolientes y repletas.


Entre esa heterogénea muchedumbre se encontraba Alexander Milenkaia, que pudo considerarse afortunado cuando tras pocos días de espera, consiguió subir a un vagón repleto. Se sentía mortalmente cansado pero lleno de esperanza...
El tren paraba en cada estación y siempre algunos pasajeros eran obligados a descender, porque su documentación despertaba sospechas o porque se les descubría como especuladores. La comida escaseaba en las ciudades y la gente llevaba allí comestibles para obtener un buen precio.
Alexander Milenkaia sentía que su corazón latía al compás de aquél tren que le acercaba a Petrogradó. El sueño estaba pronto a convertirse en realidad: ese sueño alimentado durante tantas noches interminables.
Mientras ese tren acortaba distancias, Ana vivía sus horas con la monotonía habitual. Pocas veces pueden preveerse los acontecimientos, los cambios, las sorpresas. Ese día, al encontrarse con Iván...
Quisiera que me acompañaras a ver a Irina.
Encontraron a la muchacha en la cama, con fiebre y una tos impresionante.
¿Qué te ha ocurrido?
Me mojé mucho una noche al salir del Instituto. El médico dice que debo cuidarme, pero ya saben que no es fácil.
¿Puedo hacer algo por tí?
Gracias, Ana. Papá me atiende y limpia la casa. Han sido muy buenos al venir a verme. ¿Sabe Sergio que estoy enferma?
No. Por supuesto hubiera venido a verte. Estoy segura que te recuerda y se arrepiente de lo ocurrido entre ustedes.
No, Ana. No trates de engañarme. Sonia vino a verme y me dijo que van a casarse...
Cuando dejaron a Irina, Ana ardía de indignación.
Ha sido una maldad imperdonable, Iván. ¡Cómo odio a Sonia!
Procura no exteriorizar tu odio. Dicen que es implacable. Piensa sólo que es una cuenta más para saldar.


¡Pero son tantas, Iván! Toda una vida no bastaría. Me dá pena Irina. Todavía quiere a Sergio.
Evidentemente. Me parece que su estado es muy grave. Tendrían que internarla en algún sanatorio, pero ya sabes que se lo reservan para ellos.
Mañana volveré a verla. Le traeré un poco de azúcar que mamá guarda.
Yo no necesito el pan que me den en la Cooperativa, así que se lo daré. Eso es todo lo que podemos hacer por ella.
Cruzaba el tren extensiones inmensas desnudas y yertas bajo la capa de nieve. Detenía su marcha fatigante en estaciones mal iluminadas, sucias, en las que se apretujaban seres de dantesca expresión. Los miembros de la G. P. U. pisoteaban con sus botas a todos.
Y cada vez que ascendían al vagón, Alexander oprimía contra el pecho su documento falso...
Había sido difícil conseguir esos papeles y la seguridad que ellos podían reportarle. Era tal vez de días, de horas... Alexander, fija la mirada y tensos los músculos, medía los kilómetros que iban quedando atrás.
El pesimismo de Iván llenaba de sombras el alma de Ana, pero su amistad era un consuelo, del que no hubiera podido prescindir. Terminaba de despedirse de él, cuando Nicolai la tomó de un brazo.
¡Ana! ¿Puedo hablar con usted?
Se estremeció al verle, intuyendo algo.
Por supuesto.
No es conveniente que frecuente la compañía de una persona sospechosa; ya sabe a quién me refiero.
La indignación hizo enrojecer a Ana.
Sus palabras me demuestran que se me vigila. Pero ni me importa ni me asusta. No pienso dejar la amistad de "esa persona" y le agradecería que no se preocupase tanto por mí, camarada Nicolai.
Lo tendré en cuenta, camarada Ana. Y tal vez nunca volvamos a vernos.
Y Ana siguió su camino, muy erguida, dejando a Nicolai sin una frase de despedida. El permaneció mucho rato inmóvil, pálido el rostro, surcada la frente por profundas arrugas. Se había atrevido a soñar un imposible.
Petrogrado dormía. Sus calles silenciosas sólo despertaban de tarde en tarde por las pisadas de los milicianos efectuando sus rondas. Era peligroso aventurarse en ese silencio y oscuridad, propicio para quienes intentaban huir y quienes acechaban. Petrogrado dormía su sueño de angustia.
Una sombra apenas visible entre las sombras se destacó. Era un hombre. Furtivamente cruzó una calle, luego otra y de pronto buscó refugio en el hueco de un portal.
Tres milicianos habían aparecido por la esquina. El hombre que permanecía escondido, contuvo su aliento. Dentro de un minuto, quizá...


Pensó que todo estaba perdido. Los milicianos iban hacia él.
Pasaron a pocos pasos sin verle. Un suspiro se escapó de su garganta. Esperó unos minutos más y luego reanudó su penoso camino.
Encontró la casa. La escalera estaba completamente a oscuras pero distinguió en el primer piso tres puertas. Un error podía ser fatal. Suponiendo que la dirección fuera exacta y que todavía vivieran allí aquellos que buscaba, dos puertas significaban la cárcel, la otra...
No era prudente continuar allí mucho tiempo. Se dejó guiar por el instinto y llamó a una de las puertas. La tensión de la espera se hizo angustiosa. El destino, encarnado en una voz, contestaría su muda pregunta.
Ana oyó ese llamado inquietante en la noche que tanto podía significar. Su hermano, más lejos, dormía profundamente igual que sus padres que ocupaban la otra habitación.
La llamada se repitió débilmente. Ana, impulsiva se levantó, cubrió sus hombros con un chal y encendió una vela. Luego se acercó a la puerta. No era prudente abrir sin antes asegurarse. Quedamente, formuló una pregunta.
¿Quién es?
Del otro lado de la puerta, el hombre vaciló. La emoción enronqueció su voz e hizo que sus manos se crisparan, destacándose exangües los nudillos.
Soy yo, Ana.
No dijo su nombre. ¿Para qué? Era suficiente entre ellos, decir ese simple "SOY YO", porque la breve frase resumía un mundo de recuerdos, un mundo de esperanzas. La puerta se abrió y durante segundos que parecieron eternos, se miraron.


La camarada Ana Ivanovitch, impasible, fría fue simplemnte una mujer. El ciudadano Alexander Milenkaia, cuya dureza le había permitido soportar tanto y subsistir. fue un hombre. Y nunca un beso simbolizó tantas cosas y entre ellas, su puro amor que tantas pruebas había resistido.
Más tarde. Boris y Katia fueron despertados por Ana. Sergio, con rostro impasible. tomaba un té caliente preparado por la muchacha. Y Alexander comenzó el relato de lo acaecido en aquellos tres largos años de separación.
El rosa de un nuevo amanecer iluminó la habitación, embelleciendo los semblantes demacrados y pálidos de frío. Alexander había dejado atrás todo el horror de esos años.y en sus palabras refulgían cual gemas las ilusiones para un futuro en el que los Ivanovitch ya ni creían.
De pronto, la voz de Sergio rompió el hechizo.
Resumamos. Estás aquí mediante documentos falsos. Piensas partir, pero mientras debes permanecer oculto. La situación es grave.
Así es. Comprendo que piensas en el peligro que representa ocultar a alguien. Pero sólo se trata de dos días...
Es imposible.
¡No podemos negar protección a Alexander!
Lo siento. No podemos poner en peligro nuestras vidas por él. Y por otra parte, no quiero ayudarle a huir.
Se hizo evidente que Sergio era un enemigo para ellos. El silencio se prolongó mientras las miradas trataban de penetrar en el fondo de las almas. Boris Ivanovitch apoyándose en la mesa, se levantó con lentitud. Había recibido un duro choque.
No puedo negarte Alexander el amparo de este techo. Eres un hijo para mí. Un hombre que comparte mis ideas y tiene el suficiente valor para rebelarse, para no sucumbir. Esta casa es mía y te autorizo a quedarte. Juntos correremos el riesgo.
Sergio tomó sus libros y salió dando un portazo. Ana besó la frente de su padre y Alexander inclinó su cabeza para ocultar su turbación. La escena penosa había pasado. Aquella tarde, la muchacha no pudo faltar al Instituto y a la salida...
¿Qué te ocurre. Ana? No eres la misma.
Y ella explicó al amigo las emociones vividas durante las últimas horas.
Hoy es el día más feliz y más triste de mi vida. La felicidad proviene de esa prueba de amistad que me has dado: La tristeza. Tú eres lo último que me queda, ¿comprendes? Deseo que se realicen tus deseos. Más allá de nuestras fronteras existe todavía un mundo en el que vale la pena vivir.

¿Nos veremos mañana, Iván?
Sí, como todos los días hasta hoy. Después...
Esa noche, tras la cena a la que no asistió Sergio...
La familia de mi amigo tiene su granja cerca de la frontera de Lituania. Han hecho pasar a algunos y llevo suficiente dinero para tres personas. Por ello, si ustedes reunen algo más...
—Tendremos que tomar un tren, transbordar y luego seguir el camino a pie. Una vez en la granja, los padres de mi amigo nos indicarán la manera de llegar a la frontera. Es arriesgado y difícil, pero es nuestra última solución.
Por un instante, Katia y Boris soñaron con esa libertad, más allá de los límites de la Nueva Rusia. Después volvieron a la realidad de su presente.
No tenemos dinero ni fuerzas, Alexander.
Y mi hijo no vendría con nosotros. Pero no debemos ser un obstáculo para Ana y para tí...
En ese instante, dos golpes secos sonaron en la puerta.
¡Pasa a la otra pieza, Alexander! Lee este diario, papá. Yo abriré.
Serena, abrió Ana la puerta.
¡Iván!
Era mañana nuestra última cita. Pero me ha sido forzoso adelantarla.
La muchacha hizo entrar a Iván, le presentó a Alexander y cuando hubo servido una taza de té...
Frente a mi casa ví a hombres de la G. P. U. Una vecina me avisó de lejos y supe luego que me buscan. Este es el fin, Ana. Y he venido a decirte adiós.
¡Tienes qué hacer algo, Iván!
¿Crees que se los pueda rehuir por mucho tiempo?
Un momento.
—Dios es bueno y condujo sus pasos aquí. En este momento tomábamos una decisión. Confiaba mi hija a Alexander, seguro de que una vez cruzada la frontera ha de hacerla su esposa. Pues bien, puedo pedirle que el lugar que destinaba a mi hijo, lo ocupes tú, Iván Galanov.
No puedo pretender...
¿Por qué no, Iván?
Por supuesto, acepto. Pero, ¿qué harán ustedes?
—Somos viejos y estamos cansados. Rusia sigue siendo Rusia para nosotros que vivimos de recuerdos. Allí donde se pasa una vida se debe morir. Y nosotros queremos descansar aquí, Alexander, donde fuimos felices. ¿Estás conforme, Katia?


Lo estoy, Boris. Y además, tenemos una dura tarea: salvar a nuestro hijo.
Temo que eso sea ya imposible, pero juntos lo soportaremos.
Febrilmente, se ultimaron los detalles. Iván dijo poder pasar la noche en casa de un amigo. Quedaron en reunirse la tarde siguiente, en la estación. No llevarían equipaje, sino algunos comestibles, para en caso de ser detenidos, pasar por ficantes.
Esa noche fue larga y penosa. Nadie pudo dormir y la mañana trajo una dolorosa noticia para Ana, comunicada por el propio Sergio que apareció unos minutos antes de hacer una visita que había sido largamente esperada.
Un hombre al verlo, se levantó.
Demasiado tarde, Sergio Ivanovitch.
Lo sé, camarada Volochim. Y lo lamento. Yo...
La calma de aquel padre desesperado era imponente.
–Usted no tuvo piedad para sus últimos días. No vino a verla ni una sola vez pero consintió que lo hiciera esa mujer con la cual va a unirse. ¡Es usted un miserable, Sergio Ivanovitch! ¡Váyase de mi casa!
La muerte de la dulce Irina fue para Ana un golpe terrible. Sollozando, se rebelaba ante el destino trágico de la joven.
Ana, debes ser fuerte. Irina está libre de sus sufrimientos. Sin duda es feliz ahora. La muerte es piadosa para quienes no pueden obtener lo que anhelan, para quienes sufren.
Mucho más tarde, Ana trataba de recordar los pormenores de la partida, la dolorosa separación de sus padres; el pesar de irse sin poder dar un abrazo al hermano que ignoraba su marcha, el viaje en tren, el largo camino a pie y no lo conseguía. Todo estaba envuelto en bruma, excepto a partir de la llegada a la granja de los Vasili.
El frío había entumecido sus miembros. Sentados ante el fuego, escucharon las instrucciones de Vasili.
Antes de medianoche los conduciré a la hondonada. Después tendrán que seguir solos más de un kilómetro parte del cual será preciso hacer arrastrándose.
Es un camino difícil. Muy peligroso por los centinelas que prenden potentes reflectores a la menor sospecha. Procuren ir dispersados, no hacer ruido y llegar antes del alba.
Escucharon en silencio las instrucciones. Más tarde les fue servido un potaje de legumbres, queso y vodka. El cansancio de las duras jornadas que dejaran atrás, pesaba sobre ellos. Era bueno estar allí, al abrigo del intenso frío, del peligro...
Como Vasili dijera, iniciaron la marcha a medianoche. No había luna, pero las estrellas iluminaban la blanca extensión y las colinas parecían fantasmas amenazadores. La mano de Alexander en su brazo, daba a Ana valor y fe.



Caminaron en silencio durante horas, jadeando por el esfuerzo. De pronto Vasili se detuvo. Señaló hacia adelante y sin una palabra, emprendió el camino de regreso. A partir de allí, debían seguir solos.
Iban a penetrar en la zona peligrosa. Alexander abrazó a Ana con una fuerza que dolía. Iván palideció, apartando su mirada de ellos. Era demasiado doloroso, por cuanto, desde el primer día amaba a la joven.
Ten valor, querida mía. Debemos ir a veinte metros cada uno de distancia, según dijo Vasili. Y recuerda, hay que seguir adelante, pase lo que pasare.
Sí, Alexander. Pero tengo miedo. ¡Te quiero tanto!
Acercándose a Iván, Ana puso una mano sobre su brazo.
Mi buen amigo, espero que lleguemos todos. Pero quiero decirte en este momento que has representado mucho en mi vida y deseo que nunca nos separemos.
Gracias, Ana.
La marcha era penosa. La nívea blancura de la extensión sin fin, hacía irreales las cosas. Ana se arrastraba siguiendo las huellas de Iván y volviendo la cabeza para ver a Alexander. Cada vez faltaba menos. Unos abetos marcaban el límite según Vasili, y los abetos estaban próximos.
El corazón de Ana latía con fuerza. Era lo único vivo en su cuerpo helado. Su mente repetía unas palabras. *"TENEMOS QUE LOGRARLO"*. De pronto, muy cerca, sonaron los primeros disparos. Era un ruido metálico, claro, simple...
Y comenzó el principio del fin. Mientras, en Petrogrado, una dolorosa escena se desarrollaba. Sergio había estado tres días sin aparecer por su casa, pero aquella noche...
...cansado y abatido, penetró en la habitación, ansioso de dormir y olvidar.
La revelación de su madre lo sumió en la desesperación.
¡No puede ser, madre! ¡Ana no puede haberse ido! ¡Sería horrible!
—Sergio, hijo... Ella amaba a Alexander, quiso seguirle y no pude impedirlo. También Iván se fue con ellos. Tú conoces sus ideas. Aquí no podían seguir.
El padre se había levantado y apareció en la habitación. "Algo" le hacía temblar.
¿Por qué esa actitud, Sergio?
¡Porque yo denuncié a Alexander! ¡Luché antes, lo juro! Pero ayer... Sí, dije que pasaría la frontera por Lituania y se ordenó refuerzo de guardia. ¡Dios mío!


Los sollozos quebraron la voz de Sergio. Estaba arrepentido. Al escuchar en sus labios, después de años, el nombre de Dios, la madre, con el corazón destrozado, puso una mano sobre la cabeza del hijo. Tal vez un milagro...
Alexander estaba tendido cual un muñeco roto. Ana, despreciando el peligro corrió hacia él, y estrechó contra el suyo su cuerpo. Momentos después Iván estaba junto a ellos. Los disparos seguían sonando...
La sangre brotaba de la boca de Alexander.
Recordad... nuestro pacto . . Deben seguir . Hay... que llegar... Ana, Ana... te quiero...
Luego, un estertor y una extraña fijeza en las pupilas. Iván comprendió que debía obrar con rapidez. Levantó a Ana y rogó ayuda a Dios. La joven, dócil, se dejó tomar de la mano, aunque seguía mirando la sangre que brotaba sin cesar de la boca de Alexander.
Ana, debemos intentarlo... Por él, por todos...
Sí, Iván. Por él y por todos.
Y Ana miró al hombre que estaba a sus pies y estrujó en sus manos un puñado de tierra y nieve. Nunca había estado más hermosa que en ese instante. Con una belleza irreal. Sin un gemido, siguió a Iván.
Por encima de su amor, por encima de su dolor, Ana tenía una misión que cumplir. Cruzar esa frontera para enseñar a los pueblos la VERDAD de la Nueva Rusia. El trabajo sería duro, pero tendría fuerzas para llenar su deber.
Quedaba atrás el clamor de los que sufrían. Quedaban los que como Nicolai Tieff vivían engañados y eran ideales a una causa que no merecía lealtad. Quedaban también los miles de muertos. Tomados de la mano, Ana e Iván corrieron ciegamente esos 100 metros que los separaba de la frontera, entre descargas de ametralladora y haces de luz..
Siguieron corriendo después de pasar los abetos. Iban hacia la libertad, dejando a su espalda la tierra que había encerrado esa palabra, desvirtuando su sentido. Ya, muy atrás, quedó la tierra que tanto amaban. Una bandera roja tremolaba en el aire y la nieve fue roja una vez más por la sangre de un hombre que yacía inmóvil bajo las estrellas.
FIN



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

UN POCO DE BUEN HUMOR



—¿No es gracioso? Nuestra garantía de fábrica terminó ayer.



—Apagaré la luz no bien termine este libro, querida.



—Le diré su futuro por cinco dólares, y su pasado por el sólo placer de hacerlo.

MIRANDO AL HORIZONTE

por FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE MARTHA BARNES




–Lo sé. Vinimos para eso; para cumplir lo que esa mujer nos ha pedido. Decir al mundo toda la verdad sobre Budapest, sobre esta lucha desigual entre un pueblo y los tanques enemigos, entre gentes que defienden su libertad y su patria contra quienes pretenden imponer sus cadenas, sus ideas. No, ya no podré dormirme de nuevo, Javier.
Si regresamos... ¿No es *un poco* escalofriante la incógnita que abre esa simple frase?
El auto seguía vanzando, trepando, hundiéndose en los pozos de agua, llevando hacia su destino a Javier Aguirre, español radicado en Francia, a Robert Dumont y a Dina Aubert, tres periodistas.
Dina suspiró recostándose en el mullido respaldo. Había sido sincera en sus frases anteriores, pero había silenciado algo. Lo que le diera impulso para realizar ese viaje arriesgado y unirse a sus compañeros.
Dina no era hermosa. Podía pasar inadvertida, hasta que se aprendía a admirar la dulzura de su expresión algo lejana, la suavidad de sus movimientos, la armonía de su figura y el enorme atractivo de sus pupilas color violeta con chispitas de oro.
Sin duda, por ser una de las pocas muchachas que se dedicaban de lleno al estudio y por estar siempre sola, Sandor Sziner, que como ella, seguía en la Sorbona un curso de Filosofía y Letras, se decidió a buscar su compañía. Y pronto descubrieron ambos la similitud de sus caracteres.
Poseía un alma rica en matices. Era tan violento como suave, tan apasionado y vehemente, como frío y reflexivo. En suma, su personalidad era atrayente y su clara inteligencia le permitía asimilar hechos e ideas dispares. En ese instante, mientras el auto avanzaba hacia Budapest, Dina rememoró el día en que por vez primera le hablara Sandor de su patria.
Habían estado contemplando en silencio las aguas rosadas del Sena, en un atardecer clásico de París, lleno de pálidos verdi-azules.
Muchas veces estuve mirando así el Danubio, sobre el puente que une Buda con Pest.
–Hungría es hermosa. Su belleza nos habla de una paz que nunca pudo durar mucho. Siglos atrás, tuvimos que contener las tribus bárbaras que amenazaban arrasar Europa. Un país tan pequeño, poseyó las fuerzas de un titán, porque nuestras almas no admiten cadenas. Hacemos un culto a la libertad humana.
¡Esa libertad que siempre nos es arrebatada! La República Popular está minada por los comunistas. El poder de Rusia, inmensa máquina devoradora de hombres, está pronta para triturarnos hasta los huesos.
Háblame pues de Hungría, Sandor. Quiero aprender a amar a tu pueblo, conociéndolo a través de tus relatos. Quiero saber de todas vuestras inquietudes y anhelos.
Está bien, Dina. Te complaceré.


El había cumplido su palabra. Día a día la trasladaba al influjo de sus palabras, al país lejano que comenzó a admirar. Y una tarde...
—Deseo que guardes esto.
—¿Algunos apuntes?
—No. Son algunos poemas míos en los que he tratado de expresar cuanto hay en mi alma. Por supuesto, no comprenderás los que están escritos en húngaro, pero hay muchos en francés.
Ella oprimió el cuaderno contra su pecho, y siguieron paseando. Sandor evocó una vez más la plaza Koter, donde en una antigua casona vivieran varias generaciones de Sziner. El puente Lancschi, que unía la ciudad antigua de Pest con la moderna y hermosa Buda. ¡Y tantos y tantos lugares unidos a su pasado!
Esa noche, hasta hora muy avanzada, Dina estuvo leyendo las hermosas poesías donde vibraba el alma de Sandor Sziner. Casi todas, naturalmente, estaban dedicadas a Hungría, a la hermosa libertad soñada, a la belleza y la paz, anhelo de la juventud torturada, pero algunas otras las habían inspirado ella.
Dina penetró en el mundo de Sandor. Y sintió todo el peso de una soledad aterradora, cuando terminado el curso regresó él a su Patria. Hacía algunos años de ello, pero no habían sido suficientes para olvidarle y para que su recuerdo la impulsara a realizar el arriesgado viaje.
Una patrulla de mujeres y jovenzuelos, todos armados, los detuvo. De nuevo Javier mostró los documentos y dio una somera explicación. Un muchacho estrechó sus manos.
¡Gracias, hermanos! Espero que gracias a vosotros el mundo sepa las horas amargas que vivimos.
Una mujer ordenó, concisa.
Tomad este atajo. Daréis un rodeo, pero es preciso que la carretera quede libre, esperamos medicamentos y tanques desde la frontera... ¡Buena suerte!
Había empezado a llover.
Deseo que tengan suerte. ¡Pobres diablos! Algunos de ellos tan jóvenes y entusiastas... Bueno, espero que no digan lo mismo de nosotros el día de mañana en la redacción, como epitafio...
Fueron detenidos un par de veces más y ya de noche entraron en Budapest. Las calles estaban llenas de escombros; las casas mantenían cerradas sus puertas y ventanas. Las gentes circulaban temerosas, pegadas a la pared, porque había sonado el toque de queda.
Dina trató de sonreir. En verdad no experimentaba temor alguno de la muerte que podía acecharle en cualquier calle de Budapest. Allí, en su portafolios, estaba el cuaderno guardado celosamente, en cuya primera página Sandor le había escrito algo hermoso.
En la residencia particular de uno de los miembros de la Embajada Francesa, para quien Robert tenía una carta, fueron recibidos con sorpresa y censura.
Permitan que les diga que esto es una locura. Me han encontrado por casualidad. ¡Aquí no se puede continuar ni un día más!


Bueno, no estamos de vacaciones. Así que nos iremos tan pronto como terminemos nuestro trabajo.
Necesitamos un salvoconducto oficial aparte de los que tenemos, y un lugar donde alojarnos.
—Trataré de conseguir las autorizaciones. En cuanto a albergue, tengo una familia amiga, cuyos hijos están combatiendo y los recibirán con placer. Voy a enviarles una nota. Esperen un momento.
Calculen al minuto su tiempo. Temo que no puedan regresar a Francia. La situación está muy mal. En una guerra civil no hay un frente propiamente dicho. En unas y otras casas combaten entre sí. Muchos miembros de la AVH continúan escondidos.
La gente ha soportado tantas crueldades de esa organización que el odio se ha desbordado. Se matan los unos a los otros, con saña, con ferocidad. El pueblo húngaro ha sido brutalmente maltratado, y su sed de justicia lo ahoga. Sus vidas están en peligro, piensen en ello, especialmente usted, señorita.
La noche era oscura, sin estrellas y el silencio aplastante era agujereado por el seco estampido de los tiros. En la dirección que el secretario les diera, fueron recibidos por una señora anciana, abrumada por la angustia que estaban viviendo.
Pese al cansancio, durmieron poco. En el lívido amanecer otoñal, se reunieron en la cocina para tomar un café caliente, y resultaba evidente que la señora de la casa no se había acostado. Hacía tres días que nada sabía de sus hijos.
—Le ruego, señora, que disculpe las molestias que le ocasionamos.
Provistos de sus máquinas fotográficas salieron a la calle. El aspecto de la ciudad era más desolado que en la noche anterior. En la calle Rakosi, Javier se paró.
Tendríamos que dividirnos. Tú, Dina, vienes conmigo. Robert puede ir solo. Es la única manera de conseguir más notas y distintas fotografías.
Dina, con su tono de voz más firme, que en ocasiones parecía cortante, aprobó:
Me parece bien, pero yo también quiero ir sola. Cada uno debe seguir su propio instinto. Por la noche, al toque de queda, nos encontramos en la casa. Suerte.
Comenzó a andar decidida. El cielo gris parecía en lontananza casi negro. El estampido seco de los disparos llegaba a hacerse obsesionante. Una vez más Dina repasó en su mente un nombre y una dirección, aún y sabiendo lo absurdo de su esperanza. De pronto, dos jovenzuelos la detuvieron.
¡Deténgase! ¿Adónde va?
Lleva una máquina. Debe de ser una espía. ¡Ven con nosotros!
Pero, ¿cómo es posible que vosotros?... ¡Oh, no teman, no soy vuestra enemiga! Soy periodista francesa y he venido para que el mundo vea a través de mis fotografías todo lo que sucede.
Uno de los niños continuaba mirándola con ferocidad. El otro, comprendió a medias su explicación. Sin duda sabía algo de francés y a trompicones, se excusó:
¿Periodista? ¿Sacarás fotografías de nosotros? ¿Vas a decir todo?
Sí, sí, por supuesto. Pero, ¿por qué llevas ese revólver?



Era de mi padre... Lo mataron en la plaza, frente al Parlamento, cuando se disponía a hablar al pueblo. Unos espías lo denunciaron. Hay mucha gente emboscada en la AVH. Yo voy a buscar al que mató a mi padre, ¿sabes? ¡Y he de encontrarlo!
¡Cuán doloroso era aquello! Dina. acarició el cabello del muchachito.
—Tira esta pistola. Eres demasiado joven y puro para manchar tus manos y tu alma. Ve al lado de tu madre y tus hermanos, si los tienes, y reza con ellos para que tu padre descanse en paz, para que Hungría se salve. Yo daré a conocer al mundo tu dolor.
Tomó unas fotografías y siguió su camino. En la Plaza Koter, que un tiempo estuvo llena de niños jugando, de ancianos con sonrisas luminosas, de trinos de pájaros, encontró desolación, escombros, gentes armadas. En los rostros fatigados y pálidos estaba impresa la tragedia.
Miró las casas. Alguna sería la de él. No podía recordar el número. El corazón de Dina palpitaba de emoción. Una mujer la detuvo.
¿Quién eres y qué quieres? ¿Para quién son esas fotografías?
Para mi periódico. Soy periodista francesa. Aquí tienes mis documentos.
Todos esperamos que nos ayuden y por ello es bueno que sepan lo que pasamos aquí, antes que vuelvan los rusos. Voy a llamar a Sárika, ella te contará muchas cosas.
Sárika era bella como una estatua griega y sus ojos verdes subyugaban. Pero era dura como el metal.
Sí, puedo contarte muchas cosas, para que puedas revelar cosas escalofriantes sobre seres humanos torturados hasta el límite, convertidos en despojos.
Puedo decirte algo sobre ancianos que debieron presenciar la ejecución de sus hijos y de hijos que fueron obligados a matar a sus propios padres. Podrás escribir muchos artículos pero no creo que eso nos sirva.
Dina se sintió avergonzada. ¡Brindaban tan poco a ese pueblo que se desgarraba en sangrantes heridas!
Tienes razón, pero es lo único que yo puedo hacer por ustedes. Yo diré estas cosas y las generaciones futuras no podrán olvidarlo.
Había tanta emoción en la voz de Dina que Sárika volvió el rostro.
¡Nadie debía ver lágrimas en sus ojos!
Si fuera posible, yo quisiera encontrar a Sandor Sziner. Vivía en esta plaza.
¿Sandor Sziner? ¿Tú lo conoces?
Estudiamos juntos un curso en París, en la Sorbona. Eramos amigos.
—En ese caso eres mi amiga también. Sandor es el alma de nuestro grupo. El nos ayuda a ser fuertes, a luchar, a soportarlo todo. Yo te llevaré a él.


Cruzaron la plaza. Una ráfaga de balas que salía de un palacete donde había atrincherados un centenar de hombres la AVH, según explicó Sárika, abatió a un grupo de insurrectos. Las dos muchachas se ocultaron tras un árbol.
¡Ven! ¡Esto se pone mal!
Las balas silbaban entre los bancos, se incrustaban en las paredes, mordían la carne. Dina, con riesgo de su vida, tomó varias fotografías. Unos tanques irrumpieron en la plaza. Sárika, mientras cargaba el arma, preguntó a un hombre al-
go y luego...
Dina sentía miedo y a la vez un afán incontenible de gritar allí mismo que todo aquello era injusto. Su cámara captó muchas veces la muerte. Mujeres, niños, jovenzuelos... Todos caían, refle-
jando el dolor en sus ojos, por el terrible destino de su patria.
Noviembre de 1956. Mediodía... El tiempo no contaba, había perdido su significado. De pronto, una granada desgajó un árbol; un hombre cayó muerto. Miró implorante a Sárika pero una bruma gris borró su figura.
En aquel grupo de allí está Itsvan, mi jefe. Sígueme en zig-zag para no ofrecer un blanco seguro.
También Javier se sentía moralmente deshecho. En ese instante, vio avanzar hacia él a dos hombres que conducían a un herido y a una muchacha cuyo hermoso rostro estaba mojado por las lágrimas.
Una vez más, se dispuso a hacer funcionar su máquina, pero de un salto, la joven se abalanzó hacia él y detuvo su mano.
¿Qué quiere usted? ¿Cómo puede estar pensando en sacar fotografías?
Es lo único que puedo hacer por ustedes. Dar a conocer al mundo esta masacre. Los relatos carecen de la fuerza de la imagen.
La muchacha inclinó la cabeza y dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo.
—Le ruego me disculpe. Mi hermano se muere. Mi padre murió ayer. ¿Le importará de verdad eso al mundo?
Ha de importarle, señorita...
Uno de los hombres que llevaban al herido, jadeaba. Javier observó que en su hombro había una mancha de sangre.
Permítame. Déjeme ocupar su lugar.
Los ojos azules de la muchacha leyeron en las pupilas negras de Javier la sinceridad del sentimiento humano que le forzaba a prestar su ayuda. Y entonces, con voz trémula y humilde, dijo algo que despertó en él una intensa emoción.
Gracias. Entonces, tenemos amigos...



La labor de los tanques había sido eficaz. El silencio se hizo bruscamente en la plaza, y del palacio comenzaron a salir los hombres de la AVH con los brazos en alto. Pero la dictadura había cavado odios profundos y los insurrectos pronunciaban su sentencia con rapidez y la ejecutaban inmediatamente allí mismo.
Al abrir los ojos, Dina vio un rostro de hombre inclinado sobre ella. Era un rostro interesante, viril, duro, pero con ojos dorados extrañamente dulces.
No tiene más que un rasguño. La bala rozó el hombro pero no interesó el hueso.
Pronto estará bien. Me alegro. Fue difícil sacarte de allí. Itsvan me ayudó yo corrí en busca de... Bueno, aquí está él.
¡Dina!
Los años de separación y los terribles momentos que vivían, fundieron todo el hielo del silencio. Sandor abrazó a Dina y sus labios besaron su frente.
—¡Al fin vine a tu patria! ¡No me atrevía a creer en el milagro de verte pero el milagro se ha realizado...!
¡Yo también le pedí a Dios verte nuevamente!
—Nunca dejé de pensar en tí.
Para mí no ha habido otra mujer. No te escribí porque estaba oculto, organizando el movimiento de resistencia.
¿Y ahora, Sandor? ¿Qué será de nosotros?
No sé. Mis sueños de ver libre del yugo comunista a mi patria, están comenzando a realizarse, pero con enemigos así nunca se puede estar seguro. No sé el tiempo que podré tenerte a mi lado.
El destino quiso que inmediatamente los temores de Sandor se vieran cumplidos.
Itsvan, seguido de Sárika, penetró en la habitación.—Lo siento, Sandor. Del Cuartel General quieren hablarte. Parece que pese a lo que Imre Nagy prometió, las tropas no han sido retiradas y soldados rusos avanzan nuevamente hacia la ciudad...
Los ojos de Sandor se oscurecieron y su boca se frunció con un rictus amargo.
Y bien, pequeña, debo dejarte en seguida. Iré a verte esta noche al lugar donde te alojas. ¡Qué la acompañe alguien, Itsvan!
Delante de todos, volvió a besarla, y Dina observó que Sárika enrojecía y desviaba su mirada en la que había podido leer turbación y dolor. Comprendió que Sandor se debía a muchos; que era el alma de centenares de personas y que por lo mismo, tenía que dejarle partir sin una queja, sin hacer un gesto de retención.



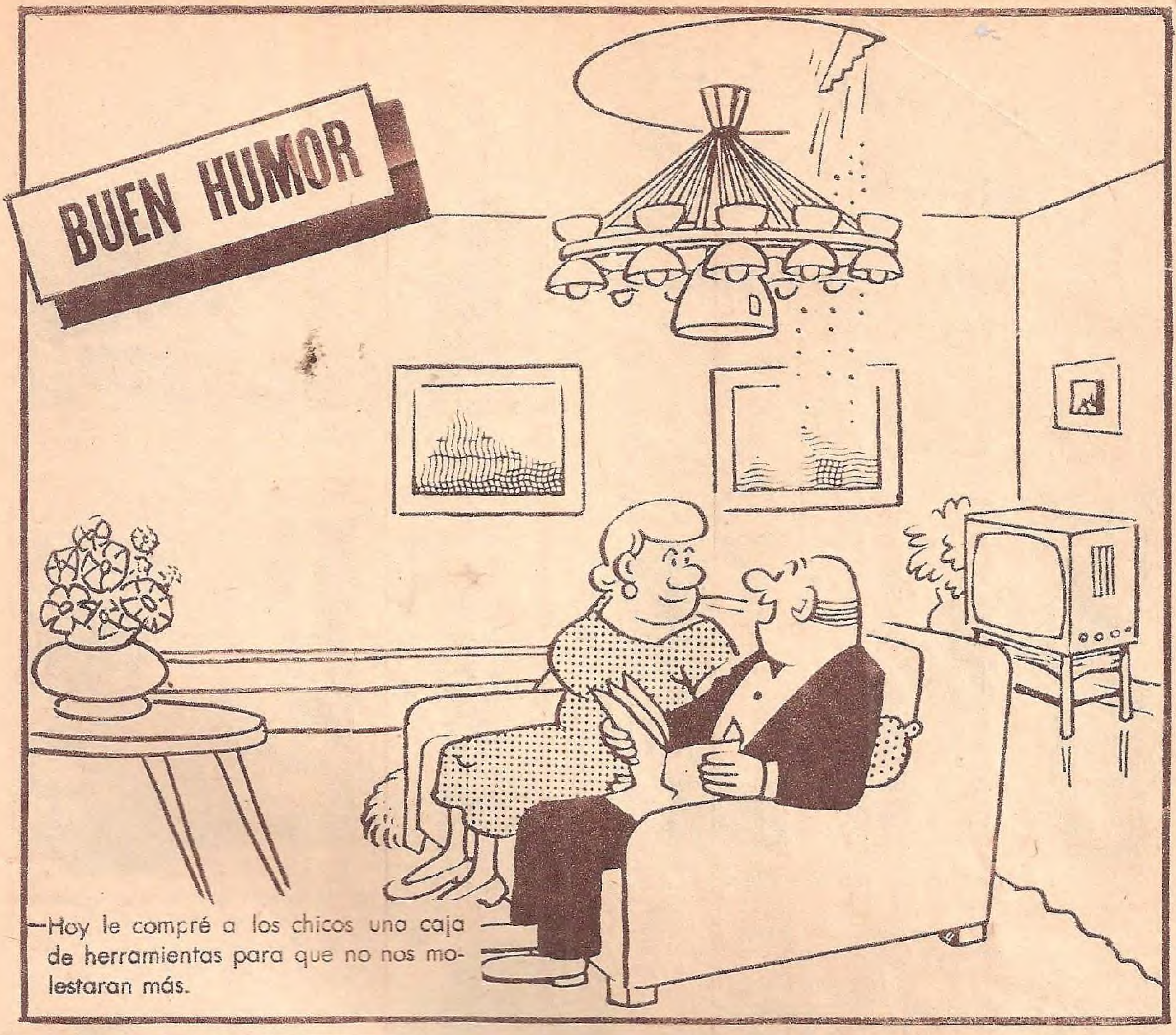
Bruscamente, Itsvan la tomó del brazo.
¡Venga! La acompañaré yo mismo.
No quisiera ocasionarle molestias.
El hombre no contestó. Salieron a la calle, ya envuelta en las sombras del crepúsculo. Los disparos seguían resonando lúgubremente. Itsvan caminaba con rapidez, a grandes zancadas, y resultaba difícil seguirle. Dolida por su silencio, Dina se excusó.
Lamento que se haya sentido obligado a acompañarme usted mismo, por ser amiga de Sandor.
¿Amiga? Creí que era otro vínculo el que la unía a Sandor Sziner. Y sepa que jamás hago algo obligado.
Bien, entonces le agradezco su gentileza.
—Me contó Sárika quién es usted. El objeto de encontrarse en Budapest, ustedes, los periodistas, pueden ayudarnos mucho. Pueden hacer llegar a los corazones de esas gentes que viven en países libres, nuestros gritos de angustia. Si no muero, espero leer sus artículos, Dina.
Los leerá, Itsvan. Y también verá estas fotografías donde han quedado aprisionados los trágicos momentos que vivimos.
Quiero creer que nuestra lucha desesperada servirá de mucho. Que las naciones se defenderán del comunismo, que sabrán detener a tiempo el monstruo de hierro que tiende sus garras cada vez un poco más allá.
En el amplio zaguán, Dina tendió su mano.
Estamos alojados aquí, en casa de los señores Scheachik. Y tendré mucho gusto en verle nuevamente. Esta noche, si quiere usted volver con Sandor...
Nos veremos, Dina. No lo dude.
Cuando Dina entró en el salón, en su rostro pálido se insinuaba una sonrisa dulce y una nueva luz brillaba en sus ojos. Robert saltó del sillón que ocupaba y se adelantó.
—He estado inquieto por ti. ¡No comprendo cómo podemos estar vivos después del día de hoy! ¡Jamás he pasado tanto miedo! ¿Buenas tomas, Dina?
—Teniendo encuenta que en nuestra jerga, *BUENAS*, significa HORRIPILANTES, te diré que sí...
En aquel anochecer, un hombre y una mujer contemplaban el lento deslizar del Danubio.
Le agradezco lo que ha hecho por mi hermano...
En momentos así no cabe el agradecimiento. Todos tenemos el deber de ayudarnos. Espero que Dios lo salvará para usted.
Hubo un silencio tenso. Las sombras cubrían ya la tierra y las aguas del río se tornaban tenebrosas.
¿Podré verla mañana, Karina?
¿Mañana? No sé. No puedo permitirme el lujo de cuidar a mi hermano. Debo cumplir órdenes.
—Quizá le vea. O puede que esté en la carretera, junto a mis compañeros, intentando evitar que los tanques enemigos avancen. Seremos muchos allí, pero me temo que no los suficientes.
La noche hizo más intensa la inquietud, más profundo el miedo, más larga la espera. ¿Quién pudo dormir en Budapest, aparte de algunos exhaustos combatientes y de muchos moribundos?

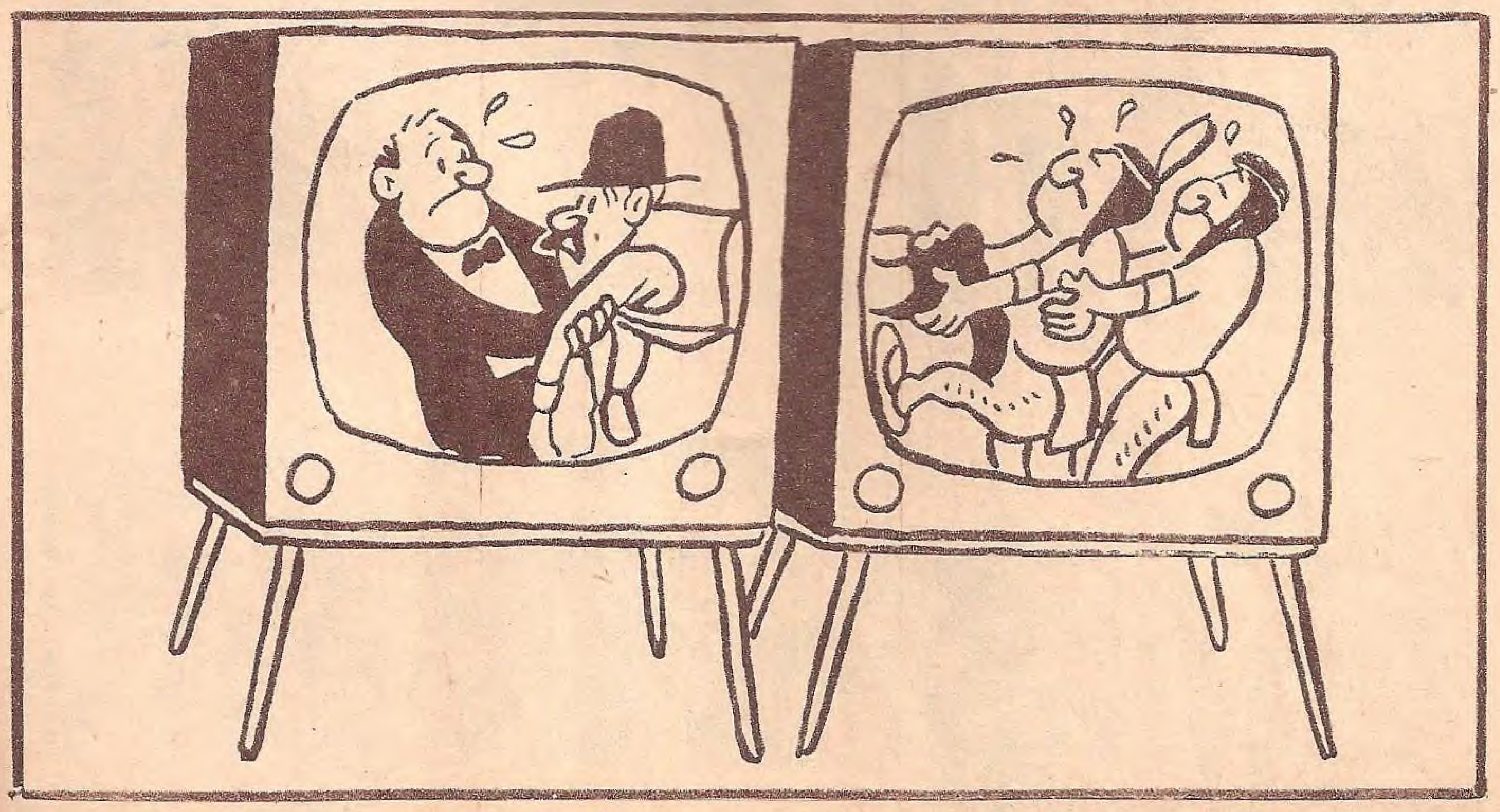

Karina permaneció hasta el alba junto al hermano que agonizaba y así pudo cerrar sus ojos. Sárika luchó junto a Itsvan y Sandor.
Dina había encontrado a Sandor y comprobado que era el mismo para ella, pero a esa dicha infinita se unía la inquietud de las horas trágicas y la visión de un rostro de mujer que había reflejado los sentimientos íntimos cuando Sandor la besara a ella.
Sí, Dina había comprendido que Sárika amaba a Sandor Sziner y la torturaba pensar que estaba a su lado, que le ayudaba, que compartía sus inquietudes. Robert, obsesionado por todo lo visto, demasiado cansado para dormir, escribía febrilmente y en cuanto a Javier, pensaba en la valerosa muchacha de los ojos azules, a la que quizá no volvería a ver.
Al amanecer, se intensificó el tableteo de las ametralladoras. Un llamado perentorio en la puerta de la casa, inquietó a todos, que respiraron al ver a Dina saludar al hombre.
¿Ha ocurrido algo, Itsvan?
–Han ocurrido muchas cosas, por supuesto. Me envía Sandor y el le ordena partir inmediatamente junto con sus amigos, que imagino son estos señores. El peligro es real e inminente y teme que no puedan alcanzar la frontera.
¿Dónde está él
–Acompañó al Carlenal Mindszenty al arzobispado de Buda, a donde se reintegra después de haber sido puesto en libertad. Luego debía entrevistarse con José Dudas, el jefe de las fuerzas revolucionarias...
¿Dónde debe celebrarse la entrevista?
En la redacción del diario comunista "SZABAD NEP" ¿Qué quiere usted hacer, Dina?
Por favor, reflexiona... Creo que es una sana medida regresar cuanto antes a nuestra patria. Por otra parte, cuanto antes aparezcan los artículos y las fotografías...
Supongo que tiene razón, pero quiero verle una vez más. Nunca les hablé de Sandor Sziner, pero quisiera que ahora comprendieran sin palabras.
¿Es preciso comprender a veces?
Se vistió apresuradamente y corrió hacia el encuentro con Sandor, no queriendo fijarse en el gesto duro de Itsvan. En las calles, casi desiertas, tropezaban con las patrullas. Los disparos seguían escuchándose. Cerca de la redacción se entabló un intenso tiroteo contra unos tanques rusos...
Los cañones de los tanques disparaban sin interrupción. El suelo temblaba por la trepidación de las potentes máquinas. Los rusos no habían cumplido su palabra de retirarse de aquella ciudad que quería ser libre. Dina, de pronto, vio a Sandor.
–¡Sandor !


Se abrazaron con una fuerza que hablaba de la intensidad de sus sentimientos.
Debiste obedecer, Dina. Es preciso que partas. La situación empeora porque ellos no cumplen su palabra y a la retirada estratégica, seguirá el avance en masa, que ya se anuncia...
¡No puede ser cierto! ¡No puede suceder una cosa tan horrible!
Por ello quiero que te vayas, que regreses a París, que desde allí trates de encontrar palabras para que el mundo sepa esto y nos ayude.
Sabes cuánto sufro por mi patria. Nuestro amor que triunfó del silencio de años, de la separación, triunfará si es preciso, de la muerte Yo sabré encontrarte si es necesario.
Era una confesión de su amor. Luego, lentamente la dejó libre de sus brazos.
Ahora, Itsvan, amigo... acompáñala de nuevo. Solventa cualquier dificultad que pueda tener, y luego, cuida de Sárika, oblígala a descansar. Yo debo conversar largamente con José Dudas. Adiós, Dina.
Dina inclinó la cabeza para ocultar sus lágrimas. Le dolía separarse de su lado y que él, en aquel momento, hubiera pensado en la mujer que quedaba a su lado, en la que le ayudaría hasta el fin. Indiferente al peligro, sin percibir el fragor de los cañonazos, se dejó conducir por Itsvan.
Javier había salido tras Dina e Itsvan. En el dispensario donde dejara la noche antes a Karina, le informaron que el hermano había muerto y ella no estaba allí. Obsesionado por su afán de encontrarla, siguió buscando. De pronto...
¡Karina!
Los ojos de la muchacha parecían más grandes y azules, en el rostro blanquísimo.
No creía verle otra vez.
Yo estaba seguro de encontrarla. ¿Qué hace aquí?
Impulsivamente, tomó sus manos.
—Debajo de estas maderas hay un foso lleno de materia explosiva. Si los tanques rusos llegan hasta aquí, cuando están pasando por encima, prenderé la mecha. En otros lugares harán lo mismo. Es nuestro último recurso. Pero es peligroso, así que le ruego se vaya...
...porque es peligroso y no quiero dejarle sola. Me quedaré a su lado todo el tiempo que sea necesario. Luego, si podemos, huiremos juntos. Debo cuidarle, pequeña Karina. Es como si su hermano me lo hubiera pedido, aunque quizá lo hizo en el fondo de su corazón.
La protesta murió en los labios de ella antes de nacer, cuando sus ojos sintieron el fuego de aquellos que se fundían en los suyos. Temblaron sus manos entre las del hombre y ambos tuvieron plena conciencia del amor que unía sus corazones.


Javier recordó a sus compañeros que tal vez lo esperarían para partir.
¿Cuánto cree que tardarán en llegar los tanques rusos?
La espera será tal vez larga. Luego, pasarán por encima de estas maderas, creyendo que debajo hay tierra. ¡Entonces será el momento!
Consiso, dijo tan solo: "Regreso en seguida" y rápidamente corrió hacia la casa. En ese instante, llegaba Dina con Itsvan y le alarmó la palidez del rostro de la muchacha. Oprimiendo su brazo con afecto, trató de sonreir.
-¡Animo, Dina! Conserva tu valor hasta el fin. Voy a poner en tus manos todo el material fotográfico obtenido. Porque yo me quedo.
¿Ha reflexionado seriamente?
¡Oh, Javier !¿Cómo puedes pensar eso siquiera?
Robert, al escuchar sus voces, había salido de la habitación.
Está presente aún en mi memoria la guerra civil de mi patria. Por ello no puedo partir. Quiero estar junto a este pueblo valiente, quiero...
Siempre pensé que los españoles son locos. Sentimentales e impulsivos, llega a ser en ustedes un defecto.
Es posible. Pero además me quedo porque hay alguien a quien debo ayudar; alguien que tampoco partiría en estos momentos.
Hubo un breve silencio. Dina le envidiaba por su maravillosa decisión. Hubiera querido hacer igual, pero Sandor confiaba en ella, en la ayuda que pudiera brindar a su pueblo desde afuera. Podría decirle muchas cosas en nombre de mis hermanos. Sólo le diré una, que es usted uno de los nuestros...
Robert comprendió que ya era inútil insistir. En muda aceptación del destino, miró a su amigo, sintiéndolo ya muy lejano Itsvan, práctico, reaccionó el primero.
Si usted se queda, su salvoconducto puede servir para otro. ¿Tiene inconveniente?
¡Por supuesto que no! Y ahora, amigos, ¡adiós y buena suerte!
Mientras Dina recogía sus papeles y enfundaban la cámara, pensaba en las palabras de Itsvan al despedirse minutos antes. Debían aguardar un par de horas a partir y esperar luego, junto al primer puesto de guardia apostado a la salida de la ciudad, en la carretera que iba hacia la frontera... ¿Habría decidido partir él?
El brazo protegía el frágil cuerpo, brindándole su calor, su protección. Juntos, dispuestos a afrontar el peligro, quizá la muerte, Karina y Javier eran felices.
¿No te arrepientas de tu decisión?
¿Cómo podría hacerlo? Te quiero.
Pueden ocurrir muchas cosas. Caer prisioneros, ser separados, torturados...
-Esa separación no dependerá ya de mi voluntad y ambos sabríamos soportarla. Y también puede suceder, que si somos aniquilados, te decidas a seguirme hacia un país libre, desde el cual ambos podamos luchar en favor de Hungría. No pensemos en el futuro, Karina. Este presente es nuestro.


Oscurecía. El jeep se detuvo; de él descendió un hombre, luego una mujer y ambos ayudaron a otro hombre herido. Dina, al verlos desde el auto estacionado en la carretera, lanzó un grito:
¡Son ellos, Robert! ¡Son ellos!
Sí, allí estaban. Itsvan y Sárika, sucias y destrozadas las ropas, trataban de mantener en pie a Sandor, pálido, evidentemente herido...
¿Adónde me llevan? ¡Todavía puedo seguir luchando!
Inmutable como siempre, Itsvan, ayudado por Sárika, condujo a Sandor hacia el auto. Luego, mirando a Dina...
Pensé en seguida que él debía usar el salvoconducto de Javier. Me desesperaba por encontrar la forma de obligarle a salir de aquí, pero el destino vino en mi ayuda al herirle.
Sandor Sziner no puede morir. Vale demasiado para nosotros. Junto a usted, en ese mundo libre, será una voz poderosa que tal vez destruya las fronteras de la indiferencia, que son las que hoy nos separan de tantos millones de hombres que saben de nuestra agonía.
Durante años, Sandor fue para Dina el símbolo de la Hungría valiente, noble, apasionada y sensible. En ese instante, también veía en Itsvan la grandeza de un pueblo. Y supo que nunca le olvidaría. En sus lágrimas había emoción sincera, y por ello no se avergonzó.
¡Oh, Itsvan! ¡Cuánto le admiro!
Sandor, por la perdida de sangre, se había desmayado. Sárika lo arropó con ternura.
¿Por qué no vienes con nosotros? Hasta la frontera, por lo menos...
Imposible. ¿No es cierto, Sárika?
Itsvan y yo sólo sabemos empuñar las armas. Sandor era nuestro espíritu y por ello no puede ser destruído.
Dina admiró a la mujer, que amando al mismo hombre, se lo entregaba para salvarlo. Comprendió que nada de cuanto dijera las desuadiría de su decisión.
Hungría puede ser nuevamente sojuzgada por el más fuerte. Pero no morirá nunca, porque ustedes son fuertes, valientes, patriotas...
—Gracias por sus palabras, Dina. Son hermosas e infunden fe para el futuro.
Es hora de volver allá, Itsvan... ¡Suerte, amigos!
Nunca les olvidaré. Y por favor, Sárika, quiero que sepa que me siento muy inferior a usted.
El auto se deslizaba por la carretera. En sentido inverso, recorría el mismo camino de días atrás. Dina secaba el sudor de la frente de Sandor, que comenzaba a recuperar el sentido. Robert conducía con los músculos tensos. Nuevas patrullas. Otros grupos de guerrilleros y el éxodo de gente que huía.
¡Dina, no es posible! ¡Debo volver!
No mires ahora hacia atrás, Sandor. Mira el horizonte, donde aún queda luz, de donde puede venir la salvación de tu patria.
Sí, allá a lo lejos donde el cielo se confundía con la Tierra, había una franja luminosa, cuando ya, a su alrededor, todo era tiniebla. Era forzoso mirar al horizonte, que simbolizaba el futuro y la esperanza, para no caer vencido. Y Sandor llenó sus ojos de esa luz.
FIN


BUEN HUMOR
—Hoy le compré a los chicos una caja de herramientas para que no nos molestaran más.




EL ROMANCE DE CIRIACO PONCE
por
ALBERTO VACAREZZA
ADAPTACION • DIBUJOS DE EYRÉ
En los papeles de aquel gurí decía: "Ciriaco Ponce, nacido en Dolores, e hijo de don Clemente Ponce y doña Máxima Ordoñez".
Pero soy huérfano, señor...
Ya de chiquito era un gusto verlo a Ciriaco.
¡Tenés el cuerpo formao como estatua e bronce, muchachito!
Ciriaco Ponce era tan buen mozo como trabajador y reservado. Y justo.
¡No levante su rebenque, Belisario, contra ese viejo! ¡No lo levante!
Generalmente allá iba el puño del serio mozo...
Si le pegó Ciriaco, sería por merecerlo este gran sotreta.
Era caudillo sin abrir la boca más de lo debido. Era un hombre de ley.
Serás capatáz de mis campos, Ciriaco Ponce. Y con doble sueldo...
Gracias, don Robles.
A los veintitres años tenía unos ojos mansos, dulces: y unas manos como para cortar adobes.
"Algunos, en cuanto a capataces, se olvidan que fueron peones".
Pero de esos no es Ciriaco Ponce. ¡Es un Ponce de fierro, como su tata!
Desde el día en que mejoró en sus funciones fue más condolido y servicial con los pobres.
¡Nadie iba a verlo al apestao Purita! ¡Y Ciriaco Ponce jue, ahijuna! ¡Y sin que lo llamase el pobre!
Una vez, en la pulpería del Zorro...
¡Náides se alborote, pero van a devolverles a estos hombres los dineros mal perdidos! ¡Y sin que les falte un cobre!
¡Ja, ja, ja! ¡Con Ciriaco no habrá ni ganadores ni perdedores!


Un revólver asomó, ¡y mejor lo hubiera guardado pronto!
¡Ay, me madrugastes, maldición!
¡Y vos me ibas a matar como a una oveja inocente, mandria!
Alguno dijo después: "Fue Ciriaco Ponce".
Y le llegó la citación al gaucho.
(Me manda llamar el comisario López.)
Aquel tallador fullero "era de la mejor amistad del comisario". Y ocurrió lo imaginado...
¡Sáquenle rebenque, facón y plata! ¡Y al calabozo!
Ponce, el Quijote de las pampas, "tuito favor que hacía se lo premiaban a golpes". Pero él se dio por conforme.
¡Te voy a tener un tiempo a la sombra de los ladrillos!
¡Qué triste quedaste, estancia, desde que lo viste irse a Ponce en su moro patas blancas!
¡No le hace! ¡La vida es una, y en la vida todo pasa!
En la celda lo pusieron junto a un hombre de mal aspecto llamado Juan Toribio Corrales.
¡El salvador de mis patacones! ¡Dios bendito! ¡Quisiera abrazarlo!
Corrales había sido otra de las víctimas del tramposo. Y otro de los beneficiados por la viril conducta de Ponce. Juan Toribio Corrales abrazó al gaucho, y ahí nomás contó su historia. Un asunto largo y algo añejo, con una madre anciana allá en Maipú, y un triste recuerdo de amor, por los mismos pagos. Se llamaba Feliciana.
"¡Era coqueta, mi Dios, y tuve que peliar por ella, sin querer hacerlo!
¡Por ella conocí la cárcel!"
Toribio agregó con palabras de payada: "De preso uno no se puede dir, hasta que el juez no lo larga. ¡Y siempre lo larga el juez, cuando a él le da la gana!"
¡Dos años me costó aquella puñalada! ¡Y puñaladas mejores las he visto más baratas!
"Cuando salí, corrí a buscarla, pero de su rancho solamente quedaban pajas desparramadas. Sentí el frío del viento, dentrándome por las carnes."
¡Feliciana, Feliciana!
¿Qué había pasado?
¡Tuito al ñudo! ¡Nunca más volví a encontrarla!


Toribio Corrales enjugó una lágrima traidora.
¡Maldito aquel año del 90! Perdí mi amor, y también una hermana, la pobrecita Ana Inés, que nos dejó una hijita.
¡Todos con la mama vieja, allá en la tapera de Maipú! ¡Qué vida! ¿Y de la suya, amigazo, qué me cuenta?
"Mi vida yo na la cuento. Mi vida no vale nada. Lo que yo quiero es vivirla, conforme a lo que Dios manda. Después, que la cuenten a su modo, los que hallen gusto en contarla".
En ese momento apareció un sargento.
Pa' usted, Corrales. Visita...
Era una moza de ojazos tristones; rubia oro y con unas abundantes trenzas muy bien peinadas.
¡Mire, amigo, mi sobrina! ¡Es Margarita!
La visita fue muy corta, pero suficiente.
¡Basta, moza; tiene que irse! ¡Están incomunicaos!
Cuando Margarita tomó el sendero del regreso...
¿Le ha gustao, amigazo? Pues a saludarla por entre los fierros.
Ponce aplastó su cara contra las rejas, sacó una mano. Ya lejos, se dio vuelta la muchacha. Y otra vez se entreveraron los flecos de sus miradas.
Aquella noche...
¿Quién anda ahí? ¡Hable!
Se despertó en el momento que el sargento daba a Corrales una botella de caña. Ambos bebieron del frasco de la amistad.
¡Tome, tome, mi amigo! ¡Me cuesta cara esta bebida —¡condenado sargento!— pero sin caña no puedo vivir!
Apenas tenía treinta años Corrales, pero su aspecto era de cuarenta largos.
¡Me mató el alma aquella mujer! ¡Juan Toribio Corrales murió por 1890!
No lo puede permitir. ¿Es así tan flojo el hombre?
Se hicieron grandes amigos. Pasaron los días. Una ponchada más...
¡Me ha olvidao don Robles! ¡Es raro! ¡Un patrón tan güenazo!


¡Estaba lejos de la verdad, Ciriaco Ponce!
¿Qué se le ofrece, don Robles?
Nada pudo hacer el patrón de Ciriaco ante la maldad del tal López.
No puedo creer que lo cometido por mi capataz sea tan grave...
¡Lo es, lo es, don Robles! ¡Y si es por mí, cumplirá!
Al comisario le convenía tener entre rejas al hombre apreciado por todos.
(¡Así, mientras tanto, Valdéz me arrea patacones de zonzos!)
Don Robles vio a un doctor Camargo —que era caudillo muy fuerte— y trajo de la visita una carta para el comisario López. ¡Cómo se ablandó el "mala Ley"! ¡Y menudearon los agasajos!
¡Ordenaré al sargento que libere a Ciriaco Ponce! ¡No faltaba más!
Y así fue que al poco rato, en aquel calabozo, se quedó solo Toribio.
Machúqueme la mano, mozo. ¡Usted pa mi es un hermano!
Ya sabe donde encontrarme, pero búsqueme cuando esté fresco...
Don Robles le dijo al gaucho...
Agradecele al doctor Buenaventura Camargo...
Ponce se quedó pensando.
(¿Buenaventura Camargo? ¿Acaso no lo nombraba mi padre?...)
Le trajo el sargento sus cosas, le arrimaron el caballo, y patrón y capataz a un mismo tiempo estribaron.
¡Decile adios para siempre a las rejas de la cárcel! ¡Ja, ja, ja!
No lejos de allí esperaba el trabajo. Y para el trabajo era Ciriaco más seguidor que los bueyes. ¡Para hallar un hombre igual habría que hacerlo de encargo! Sin embargo, Ciriaco Ponce no era un gaucho alegre.
(¡Aquel pobre a quien he dejao tan solo!)
Y de cuando en cuando, el recuerdo de Margarita le hacía mirar a lo lejos.
(¡Era como una rosa por abrir!)
Por la noche habló al patrón.
Tenés mi permiso. Andá, Ciriaco, andá...


Misterioso como siempre, el gaucho ensilló sus "patas blancas". Y también un "colorao". Amanecía cuando abandonó la estancia "Los Paraísos".
(Qué Ciriaco! Muchacho lleno e virtudes y misterio! ¡Dios lo ayude!)
Llegó al poblado. Le dio un pulpero las señas.
Aquella casa con aldabón de bronce, paisano.
La casa del doctor Buenaventura Camargo.
Pase. El doctor está en su dispacho.
Y de esta laya le habló el gaucho al doctor...
No quiero recordarle nada que tenga que ver con el pasado. ¡Mi padre me lo reprocharía desde su tumba!
El doctor Camargo sonrió.
¡Clemante Ponce fue uno de mis hombres más queridos! ¡Le debo mi existencia a su bravura!
Cosas de antaño. Una mano armada y traidora, y un hombre jugándose "por su dotor". ¡Cosa del ayer nacional, lejano, hermoso, florido y bravío!
¡En qué puedo servirte, hijito? ¡Mi casa es tuya!
En ese mediodía quedó sellada la libertad de Toribio Corrales.
Lo recuerdo a mi tata, doctor Camargo: decía: "¡Güenazo como el dotor, naides, naides!"
¡Le da la libertad a un verdadero amigo; a un hombre que priecisa lo alienten! Gracias, dotor Camargo.
Juan Toribio salió de preso con los ojos agrandados.
¿Quién se comidió a sacarme? ¿Qué alma güena. . .?
"¡Aquí estoy!", le dijo Ponce. Y ya Toribio se tiró en sus brazos.
El "Colorao" era un pingo excepcional. Toribio lo tomó emocionado.
¡Y es poco pago, amigo, pa lo mucho que ha sabido entretenerme!
¡Priéndasele a las caronas y vamos!
Insisti: ¡es mucho pingo pa un pobre como yo!
Corrales se enhorquetó de un salto.
¡Y eso que estoy algo olvidao de antiguas domas! ¿Pa' donde vamos?
¡A Los Paraísos!


Allá, Ciriaco Ponce ordenó: "Como es aún amigo mío, y anda medio enfermo, ordeno que naides lo invite al trago". Cenaron, y no hubo vino. Toribio pensó.
(¡Muy cumplidos, sí, pero agasajos con agua, pa mí no son agasajos!)
En el silencio de la noche, Juan Toribio se sintió muy solo...
(¡En la soledá vuelven los caranchos de la muerte! ¡Y vienen vestidos de blanco!)
"Hasta que de pronto vide, tuita vestida de blanco, venir volando una moza." "¡Feliciana!", gimió. "¡Cristo bendito". Y se persignó.
"Cuando al varón se le priende ese abrojo, ni los años pueden curarlo del todo. ¡Siempre le queda un resabio!"
(¡Mala noche! ¡Noche negra! ¡Y el alba viene rayando!)
Ciriaco Ponce llegó a buscar a su amigo Corrales.
¡Está durmiendo! ¡Y qué cara de tristeza tiene el pobre!
¡Roncaba tan juerte aquel bendito cristiano, que Ponce le echó otra manta encima y salió pa sus trabajos!
(¡Pobrecito Juan Toribio! ¡Y yo que te he negao un trago!)
No se sabe como, pero Toribio se agenció una botella, y a eso de la media tarde andaba borracho, cayéndose, y buscando pelea...
¡Mamao e' porra! ¡El protegido del capatáz!
¡Pardo e' porra, que me disafió a peliar!
Ciriaco Ponce le dio un grito a su amigo. Era como un grito de fiera. Y Toribio lo miró a los ojos. Y comprendió las bondadez del gaucho que así lo consideraba. Y se vido tan achicao, y le dentró tal vergüenza, que jue al corral, y allí ensilló su caballo.
(¡Tengo la vergüenza de conocerme borracho! ¡Perdoname, Diocito lindo!)
Llegó la noche. Ni Toribio, ni su pingo, se vieron por "Los Paraísos". Ciriaco Ponce, apagado, decía a sus oyentes: "Se jue porque lo he mandao a hacer una diligencia". Y así pasó un día, y otro día...
En la estancia hubo una fiesta.
Al azulejo de Ramayón voy a oponerle el flete de Ciriaco Ponce.
Ramayón era uno de los "fuertes" del lugar. Hombre acostumbrado "a que le escucharan sus gritos con la cola entre las patas", llegaba a la fiesta del pago con un azulejo brioso, ligero como el pampero, y que correría un peón.
Vos, Luciano, conseguirás el premio pa' mis colores.


Y sucedió que un patas blancas derrotó al azulejo.
¡Sotreta! ¡Te has dejado ganar por ese felón de Ciriaco Ponce!
¡Los güesos te viá romper!
El "fuerte" se sacó el gusto. El talero golpeó las costillas del peoncito hasta que una mano, toda hechita de fierro, lo frenó a Ramayón.
¿Eh? ¿Quién se atreve a...? ¿Usté? ¡Maldición!
Ciriaco Ponce dijo cuatro palabras: "Suéltelo a su muchacho". Y Ramayón aflojó, tomó distancia, y mostró el brillo de su arma. El pleito se produjo.
¡Dios sabe que yo no quise peliar!
Tampoco iba matar. Apenas un tajo, una mejilla averiada, y el paisanaje cordial gritándole al capataz: "¡Juya, Ciriaco! ¡Juya, juya, viene la autoridá". En esas ocasiones, no acierta —en su aturdimiento— el hombre a reflexionar...
¡Juya, Ciriaco Ponce !¡El sargento!
La multitud se abrió en abanico para que el gaucho escapara. Detrás de Ponce, el sargento. Y más atrás, un par de boleadoras volando.
El pampa overo del sargento, maneadas las patas, rodó...
Ciriaco Ponce ganó campo hacia la inmensidad de la pampa. El sargento tiró un tiro...
BANG!
...pero la bala no llegó hasta el criollo. Y un patas blancas, y un colorado, se perdieron en el horizonte.
¡Juan Toribio!
¡Asujete, amigo Ponce! ¡Soy el mesmo! ¿Me riconoce?
Y cuando los amigos cayeron, uno en brazo del otro, con su hocico el patas blancas, buscaba el del colorado.
¡Mírelos, Ciriaco! ¡Y dicen que son bestias!
¡Sabe Dios si agradecido, el pingo de Ciriaco Ponce no quería darle un beso al flete de Toribio Corrales!
¿Y ahora, Toribio Corrales?
¿Usté no tenía un dotor muy amigo pa'arreglar los entuertos?
Así lo hizo Ciriaco. Y el bueno del doctor Camargo, lo volvió a proteger.
Por un tiempito, unos dias, no aparezcas por la estancia. Yo haré lo que corresponda, muchacho.
La huella los condujo hasta la mama vieja de Corrales: ¡Y vieran qué linda estaba, sentadita, contra la puerta del rancho, aguardando que golviera
¡El hijo de mis cariños! ¡Juan Toribio!
¡Mama vieja! Y vea...¡el que le hablé, ¿ricuerda?


"¿Tiene mama?", preguntó la anciana, y Ciriaco Ponce dijo: "No".
¡La ha perdío! ¡Qué gran disgracia! ¡Entonces hará de cuenta que aquí la ha güelto a encontrar!
El gaucho sintió que le picaban los ojos y no le había entrado tierra. Entonces del lado del rancho —más que rancho era tapera— se vio celestear una cuidada pollera. "¡Margarita!", dijo Ponce. Sí, era ella...
...y otra vez se rilumbraron, de sus miradas las flechas...
Venimos a... a comprar una hacienda de parte del patrón de él.
Y así pasó el otro día, y otro más de igual manera. Ella, más suave que el pelo de las nutrias, y más tierna que el pan que nos da el Señor, solamente le sonreíba cuando lo encontraba a tiro.
(En el momento en que nace el querer, hay una juerza que nos añuda el resuello.)
¿Pa qué? ¿Pa qué? ¡Si en los ojos había mayor comprendencia!
(La quiero... la quiero... la quiero...)
Y ni siquiera se besaron, pero eran novios, sin duda. Y el momento de la partida llegó.
¡Ciriaco! ¡A su honradez y a su juerza le pido que ayude a mi hijo!
El gaucho besó a la mama vieja de Juan Toribio Corrales. El beso era su respuesta, su palabra, su sello. Y así se marcharon. Y cuando se iban distanciando, se dieron vuelta, y vieron que muy juntas estaban abuela y nieta, saludándolos. Y Toribio revoleó su manta; y Ponce levantó el poncho. Lo mismo que una bandera.
Ciriaco Ponce era joven. Pero siempre había sido hombre. El mismo se lo decía. Y así se lo dijo a Corrales cuando el hijo de la mama vieja se retobó.
¿Usté será como mi padre? ¡Padre de la edá del hijo que no vide nunca!
Por los años, solamente, se apartan los animales...
¿Y de áhi...?
¡Yo nunca he sido ternero! ¡Ni en las ubres de mi madre!
Hubo un corto tiempo de paz... ¡felicidad de los pobres! Y una mañana, en los umbrales del frío, llegó un tape a la estancia.
¡Juan Toribio Corrales, su mama se está muriendo!


Ponce tuvo que apurar a su veloz patas blancas para alcanzar al flete jineteado por Corrales. ¡Parecía empujado por el viento!
¡Toribio! ¡Amigo Corrales!
Lágrimas, lágrimas a balde había en la curtida cara de aquel hombre envejecido. "Y no llegaré ni pal beso del adiós!", gemía. Una majada grande de nubes color ceniza, pastoriaba por los aires. Quitaban el brillo del sol, pa que su luz no estorbase, la otra que se apagaba, en los ojos de una madre.
"¡Dame juerzas, corazón, pa guapiarle a esta desdicha!", decía el pobre Juan Toribio, ante su yerta mama vieja, más blanca que los vellones, y como la escarcha helada. ¡Pocas veces los valientes saben romper las vasijas de su llanto! ¡Hay que rispetar sus cuitas, dejarlos rugir a solas, como el puma en su guarida!
Ponce se persignó lentamente. Pensó en la vida, pensó en la muerte. Dijo de cada rezo, el pedazo que sabía.
Después, Ciriaco Ponce no abandonó a Margarita. Y Juan Toribo comprendió.
(¡Ansina es! ¡Vida que acaba, es pa que empiece otra vida!)
Y cuando se aparearon los dos fletes en la huella sobre las ancas del flete de Ponce, las anchas polleras negras de Margarita, colgaban como un cortinado de penas. Y en silencio galoparon leguas, leguas, y más leguas...
(¿Pánde vamos, Virgen Santa? ¡Cosa grande es la Tierra!)
Margarita tuvo un sitio en la estancia de los Robles. Y Ciriaco Ponce le entregó su poncho de días patrios. ¡El invierno se venía! Ella levantó hasta su cara aquel poncho como seda, y besándole los flecos se los anudó en las trenzas.
¡Ah, mozo lindo y pintor! ¿Quién dueño de aquella estampa no tendría como trabajo rejuntar los corazones de las mozas de su pago? Pero Ciriaco Ponce no era de esos. A la vista de Margarita, su vida ya estaba hecha. Y su corazón saltaba cuando la mano de ella sintió palpitar como paloma torcaza.
¿Y Toribio? Reseriando, metido en sus penas negras...
(¡No lo puedo arrancar! ¡Se me enrosca más y más como una víbora lenta! ¡Recuerdo maula!)
En su risa había otro acento, y otra luz en su mirada. De aquel mozo alegrador, sólo el ricuerdo quedaba. Juan Toribio era bueno. El a nadie lo envidiaba. Pero Toribio ya no era el hombre que con sus gracia hacía reyir a los piones, y andaba robando caña...
Toribio, le voy a encomendar toda la hacienda flaca.


¡Trabajador y de los buenos! Y ansí suele acontecerle al que padece de holganza, que, en dándose a trabajar, no hay quien lo siga en la cancha.
¡Vamos! ¡Abra, abra, abra! ¡No se me quede, pionada!
Con guitarras y con versos, Ciriaco Ponce dijo a su amor, lo que las frías palabras no le querían prestar. Y fijó fecha para su enlace. Y en la estancia todos se prepararon para una semana de ruido.
Una tarde, al lugar, llegó un hombre. No era más que un comprador de vacas. ¡Era el destino del hombre! ¡La huella hacia Feliciana!
¿De manera que usted se casó con la hermana mayor de Feliciana? ¿Y ella? ¿Qué es de ella?
¡Envejeciendo de pena, de dolor, de remordimiento, la pobre! ¡Caprichos que tiene el alma! ¡Y nada se sabe!
Ponce trabajó a las tanteadas; más fino que policía. Arregló con el hombre, para preparar la cosa. Y juntos se largaron. Doce leguas de jineteada.
¡Allá la tiene! Feliciana...
El corazón de Ponce, grande como la tierra gaucha, habló a la pobre mujer. Ella explicó sus errores, le contó sus desgracias. Ella agachó la cabeza, como escondiendo la cara, y Ponce le vido cáir, un lagrimón en la bata. Y el gaucho dijo con calma: "¡Juan Toribio, mi amigazo! ¡Lo que ha padecido su alma! ¡Más yo daré el rimedio...
...que pa vivir hace falta! Me va a acompañar, ¿verdad, moza?
Cuando buscaron a Feliciana, la mujer ya no estaba. Corría sobre un pingo al encuentro de sus sueños. Y la hermana mayor se hizo cruces.
¡Cuando Ramayón sepa que se ha quedado sin novia!
Los vieron en la escapada a Feliciana y al gaucho. ¡Y pensaron lo peor! Y como alguaciles nunca faltan, uno visitó a Ramayón.
¡Otra vez ese Ponce! ¡Otra vez! ¡Es maldición!
Y con la mano crispada, se tocaba el surco que en la cara le hiciera el filoso cuchillo de Ciriaco Ponce, aquella tarde.
"¡Juan Toribio, vida mía!" "¡Válgame Dios, Feliciana!" Y ya los brazos macizos, como si fueran dos grampas, se llevaron contra el pecho a aquella mujer amada.
¡Tuita una vida, por vos hubiera esperado!
Al aflojar Juan Toribio el cuerpo de Feliciana, se dio vuelta y miró a Ciriaco Ponce, el amigo. Y lo vio como a una estampa sagrada.
¡Siempre vos, Ciriaco Ponce! ¡El alma de mí felicidá!





intervalo ALBUM

AÑO XIII — Nº 49

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889 — Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 679.577 de la Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar Concesión Nº 372

Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

intervalo ALBUM

AÑO XIII

Nº 49

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 879.577 de la Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B.

Franqueo a Pagar Concesión Nº 372

Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

262

ROSSO S.A.I.C.I.
Doblas 955